

NATALIA

A. Gómez Rufo

PRIMERA PARTE

Pude verla durante apenas unos instantes pero supe que ya no podría olvidarla en toda la eternidad. Cruzó por delante de mí, en el parque, sin mirarme siquiera: caminaba lentamente, altiva, vestida de blanco y sin hacer ningún movimiento que no fuera tan natural como el deslizamiento de las olas sobre el mar. En realidad no caminaba; más bien se desplazaba levitando sobre una tierra que, de rozarla, podría mancillar su pureza. Y llevaba el pelo recogido en un moño, mostrando impúdicamente una nuca blanca, transparente y cristalina como si el marfil hubiese tomado de ella el modelo de su esencia.

La miré durante unos segundos hasta que desapareció por allí, al otro lado de la arboleda, y me quedé tan paralizado que no pude concretar si había pasado ante mí o tan sólo por delante de mi imaginación. Sea como fuere, de pronto, toda la fealdad del mundo se iluminó de repente: quizá fuese porque en ese momento también encendieron las farolas del parque; pero el caso es que yo lo vi todo más claro, más nítido, más bello, más sublime.

¿Existía aquella belleza, aquella perfección, aquella levedad, aquella sombra blanca? ¿Podía existir semejante ofensa a la naturaleza y a los demás seres humanos? ¿Es posible la perfección perfecta? Aun más: ¿es posible que la perfección sea tan perfecta que la perfección parezca imperfecta frente a aquella perfección? En estas reflexiones anduve durante segundos, minutos, horas quizás. Luego pasé la noche meditando, elaborando mis propias reflexiones, buscando en los terrenos de la perfectibilidad y de la objetividad sublimada la verdad, la divinidad y la nimiedad de la perfección imperfecta; repasé las teorías de D'Helvetius sobre el espíritu y repetí una tras otra las consideraciones tomistas de las cinco vías para demostrar la existencia de Dios, hasta que, por fin, me entró hambre y, como no podía ponerme a cocinar en aquellos momentos sublimes de mi existencia, abrí una lata de fabada Litoral y me la comí mojando pan en la grasa.

Volví todas las tardes al parque para verla. Me sentaba en el mismo banco, a las seis de la tarde, y aguardaba impaciente hasta que las farolas resucitaban y me avisaban parpadeando lastimosamente de que aquel día tampoco pasaría.

Los días se sucedieron con la mayor lentitud que imaginarse pueda. Uno, dos, tres... Las horas de la noche y de la mañana se entorpecían estúpidas, interponiéndose entre ellas, para caminar aún más despacio. Luego, a media

tarde, la ansiedad se apoderaba de mí y me revolvía todo el organismo. El corazón se me aceleraba, las tripas se me revolvían y, a fuerza de removerse, me obligaban a expulsar gases sonoros como redobles, con lo que se alejaban los ancianos de mi banco y huían los niños que revoloteaban por los alrededores. No cabe duda de que tal explosión de júbilo de mis intestinos tenía sus ventajas: en primer lugar, se me serenaba el vientre y recobraba la normalidad perdida; y en segundo lugar me quedaba solo en el banco del parque disfrutando por completo de mi ansiedad privada, íntima e inconfesable.

¿Quién ha dicho que el amor es bello? El amor es angustia, impaciencia, sufrimiento. Proporcionalmente, comparando el tiempo que se disfruta con el tiempo que se sufre, el amor es aún menos aconsejable que el alcohol, el tabaco o el automóvil. Pero el caso es que a veces llega el amor y no hay, frente a su ineludible presencia, razonamiento lógico que valga.

Por entonces, como ya decía, pasaban los días con la frialdad matemática que marca el calendario: viernes, sábado, domingo... Hasta el séptimo día, jueves otra vez, en el que los pájaros cantaron más fuerte, los niños jugaron en silencio, los columpios dejaron de chirriar, las palomas volaron más despacio y el polvo apenas se elevó del suelo. Aquel jueves apareció ella y cruzó junto a mí, oh maravilla, sin mirarme, sin el más leve gesto, como si otra vez levitara sobre el bien, el mal y el regular. Lo primero que se me ocurrió pensar (y luego confirmé que mi preclara inteligencia no me había defraudado) es que por ahí pasaría todos los jueves. Después pensé que, en efecto, la deseaba sobre todas las cosas, que me había enamorado de ella sin remedio. Por último pensé que como no saliera corriendo se me volvería a escapar, pues tan alelado estaba que ya se había ocultado tras la arboleda mientras yo seguía ahí, inútilmente, valorando la frecuencia de sus visitas y mis descargas de adrenalina.

Corrí como un gamo, pero ya había desaparecido: se había disipado, esfumado en el aire como cualquiera de las cosas que se esfuman en el aire.

¿Qué reflexión podía hacer en aquel momento que tuviera algo que ver con lo que me había ocurrido? ¿Algo relacionado con *La cena de las cenizas*, de Giordano Bruno? ¿Acaso con *El viaje de los Argonautas*, de Apolonio de Rodas? ¿Tal vez con la filosofía de Sade o con *Los libertadores del amor*, de Alexandrian? Estuve tanto tiempo buscando un punto de referencia para una reflexión apropiada que terminé por fatigarme y decidí volver a casa, caminando despacio. Por el camino, lo que son las cosas, se me ocurrió una frase genial: "Un hombre nunca podrá entrar dos veces en el mismo río." A mí me parece una tontería, pero lo dijo Heráclito.

Dicen que soy un poco contradictorio. No sé. Me conozco bastante bien, según creo poder afirmar, y lo mismo que declaro mi inevitable tendencia a ser perfecto, puedo asegurar que poseo una personalidad, una lucidez y un sentido común envidiables, sin mencionar mi capacidad para la reflexión, el análisis y la resolución. Soy resolutivo, como mi tía Josefina. Ambos nos parecemos en una cosa: en el amor por lo ajeno, aunque ella lo quiso siempre para tener problemas y yo para dejar de tenerlos. Aunque esa es otra historia.

Pero ahora de quien quiero hablar es de Natalia. ¡Ah! Sólo con respirarlo, su nombre me anonada, me embriaga, me derrite. Por los meandros de mi cerebro su nombre se desliza como si practicara esquí acuático, y su inicial se inyecta hasta mi sangre, recorre mis venas vertiginosamente y juguetea por arterias y venillas hasta detenerse en mi corazón, probablemente en el ventrículo superior derecho, si no me confundo. Natalia. Siete letras distintas y un solo nombre verdadero.

¿Sabe, abuelo?: lo que mejor conozco de Natalia es un instante de su vida, precisamente el instante que quedó impreso en una fotografía que conservo sobre mi mesa de trabajo. Es lo mejor que conozco de la vida de Natalia y, sin embargo, podría describir sus diecinueve años, uno tras otro, día a día, como mi propia vida. O aún mejor, porque sus días puedo inventármelos, como sus gestos y sus palabras, y muchos de los míos no conseguiría recordarlos por mucho que me lo propusiera.

Aunque en realidad no sé de qué serviría que me inventara la vida completa de una fotografía. De una fotografía, además, que representa a una muchacha que ni siquiera me consta que exista, o que haya existido alguna vez. ¿Existe lo que ya no es? ¿Ha existido lo que ha dejado de existir? ¿Si ha dejado de existir es porque alguna vez ha existido? Preguntas y más preguntas... Preguntas sin respuesta o, por lo menos, sin que ahora desee responderlas. Lo único que sé es que tampoco estoy seguro de que se llame Natalia, y a lo mejor ni siquiera tiene diecinueve años.

Lo cierto, lo rigurosamente cierto, es que tengo una fotografía de ella sobre mi mesa de trabajo. Una mesa, por lo demás, en la que no trabajo nunca, pero a la que desde siempre llamo así. Desde siempre no, claro: desde que la traje a mi casa (que no es mi casa, sólo vivo en ella alquilado) hace más o menos seis años. Antes la mesa perteneció a mi tía Josefina, la hermanastra de mi madre, que vivía en un piso enorme de la calle Goya y que se deshizo de ella (de la mesa) cuando reformó el piso y se decidió a renovar el vetusto mobiliario. Me dijo: “¿La quieres?”, y yo, que aún tenía por amueblar algunas habitaciones, arramblé con ella, con seis sillas de tapicería variada, con un mueble que

todavía no sé para lo que sirve y con un perchero que está junto a la puerta de la calle, por dentro.

Yo soy habitualmente de poco salir, abuelo, pero en estos días no salgo de casa nada más que para venir aquí. Estoy muy triste y mi situación me recuerda aquellos viejos tiempos de la Universidad, cuando me invitaron con cierta amabilidad, no exenta de firmeza, a que abandonara los claustros de la Facultad de Económicas después de algunos años de intentar que se me hiciera justicia y me aprobaran alguna asignatura. Siempre he creído que aquello fue una falta de respeto considerable, porque eso no se le puede hacer a un señor de treinta y ocho años, aún más si se tenían en cuenta los antecedentes de mi expediente académico, en el que figuraba, con toda claridad, la calificación brillante obtenida en mi examen de ingreso para mayores de veinticinco años, antes de agotar la primera decena de intentos. Fue una falta de tacto que el equipo docente de aquella Universidad no supo impedir, abuelo, probablemente debido a que el mundo se ha vuelto del revés, ¿verdad que sí?, perdiendo los modales, la cultura y la buena educación en la larga marcha hacia la barbarie en la que nos estamos introduciendo y de la que ya empiezan a percibirse los primeros síntomas. Si no fuera porque me sobra paciencia, una paciencia que se derrama desbordándose infinitamente, me molestaría en detener mi mente en alguna reflexión sublime que comparara la Universidad actual con algún concurso de cualquier cadena de televisión. Sobre todo ahora...

Porque ahora estoy triste. Más triste, pensándolo bien, que cuando aquel incidente con la Universidad. Entonces, al menos, me consolé pensando que las Ciencias Económicas no me interesaban lo más mínimo y que seis años de universitario era más de lo que figura en los brillantes currículum de los sabios reconocidos, que en cinco años desaparecen con su título debajo del sobaco. Yo he sido más universitario que nadie y por eso puedo ir con la cabeza muy alta.

Además, como complemento a mi educación, he viajado mucho. Conozco Ceuta, Algeciras y Benidorm. Y Palma de Mallorca, se me olvidaba. Tengo una cierta cultura que, si bien no me atrevería a calificar de extensa debido a mi reconocida modestia, sí puedo definir, sin rubor, de amplísima. Es una pena que Natalia no haya sido capaz de apreciarla en toda su extensión.

Natalia. ¡Ay, Natalia! Estoy triste porque estoy enamorado. ¿Quién dijo que enamorarse no es triste? Porque yo estoy tan, pero tan enamorado...

Tengo cuarenta y tres años recién cumplidos y aún me quedan siete para cumplir los cincuenta, la mitad de una vida centenaria. Lo recalco porque yo pienso vivir cien años, que es a lo que más o menos aspira todo el mundo, aunque a la vista está que pocos son los que alcanzan semejante meta. Y todo radica en que no se cuidan nada: la gente bebe alcohol, fuma, se droga, trasnocha, viaja en coche y no hace ningún ejercicio físico. Se matan lentamente, o de golpe, y luego se quejan. Yo, en cambio, no trasnocho nunca: jamás me acuesto después de las once. Apenas bebo, y casi no fumo. Como es fácilmente comprensible para cualquiera, así no preciso hacer ningún ejercicio físico para ir cumpliendo año tras año hasta el centenar, y luego ya veremos. Ahora, a mi edad, carezco de cualquier tipo de enfermedad crónica, si exceptuamos una ligera bronquitis sin importancia, las varices, que no cuentan, y la tensión baja, herencia de mi bisabuelo paterno que se murió, el pobrecito, de una lipotimia hipertensa, o por decirlo claramente, al desmayarse mientras robaba peras en lo alto de un peral y caer de bruces sobre los hilos de alta tensión de la finca de su hermano Jacinto, quedándose negro, chamuscado y, al decir del médico forense, totalmente cadáver.

El secreto de mi inmejorable salud está en que jamás me he expuesto a los traicioneros rayos del sol: nunca he ido a la playa (y no sólo porque comprendo que sería una provocación para las mujeres, con mi torso desnudo, mi bañador ajustado, las referencias explícitas a mi intimidad...), ni al campo, ni a ninguna pocilga de esas que llaman piscina y que ha mí siempre me han parecido charcos llenos de *pis* y de *cina*, género de plantas gramíneas de nulo valor nutritivo. Puede que de ahí venga su ajustado nombre. Yo prefiero quedarme en casita, con mi buena calefacción en invierno y una limonada bien fresquita en verano, respirando cada día un ratito del aire denso del coñac: eso es la vida.

Dormir mucho y bien, ese es mi segundo secreto. Dormir solo, claro, nada de mujeres. Las mujeres son el objeto transmisor por excelencia de todo tipo de enfermedades, desde una gripe si están acatarradas hasta las más horripilantes y espeluznantes enfermedades. Y comer cerdo, mucho cerdo. El cerdo es el animal más completo que hay. Del cerdo se aprovecha todo, hasta el nombre, que sirve para insultar. Este es mi tercer gran secreto para conservarme en plena forma. Porque, a pesar de mi realidad biográfica, nadie

me calcularía más de treinta años. Cuando me contemplo extasiado ante el espejo, descubro un tipo alto, fuerte, bien parecido y con una dentadura perfecta, absolutamente perfecta. Quizá tenga tendencia a engordar, lo reconozco, pero la causa es la buena vida; por eso me indigna tanto que don Roberto, el sastre de mi padre, que me hace siempre el traje a medida, me llame, entre bromas y veras, saco de sebo sin sal. Sastre tenía que ser.

Sólo he ido al dentista una vez, hace doce años, para sacarme toda la boca. Me hizo una dentadura blanquísima (por cierto: ahora recuerdo que tengo que pasar a pagarle un día de éstos) con los dientes todos iguales. Por las noches deposito la dentadura en un vaso con coca-cola, que se encarga de pudrir y disolver los restos de comida, y unos cubitos de hielo para que por la mañana esté limpia y fresca. Hay que ver lo que han adelantado las ciencias en general y la odontología en particular: mi padre, el pobre, se murió hace muchos años con más muelas en la boca que piedras en la vesícula, y tenía muchas, según el informe de la autopsia sobre la que se estudió concienzudamente su muerte.

Por eso no es verdad lo que dicen de mí de que me huele el aliento.

Ahora le quiero contar una historia. ¿Le he dicho ya que estoy enamorado de Natalia? Pues así es. O fue, para no engañar. ¿Fue o es? Aún no lo sé. Quizá si se lo cuento...

Pero antes quiero dejar bien sentadas un par de cosas: yo no soy ningún mentiroso. Quede bien claro desde el principio que si alguna vez tengo tendencia a embellecer la realidad de los relatos no es por mala intención: son mentirijillas piadosas. No es verdad lo que se decía en el colegio de mí. Y después, lo del accidente de mi padre, lo he contado ya mil veces, las cien primeras a la policía, y aunque reconozco que no siempre di la misma versión, lo hacía para divertirme. La prueba es que al final me dejaron en libertad, sin fianza. El juez no quiso creerse más versiones que las variadas y diferentes que yo le di.

Y otra cosa: de mis relaciones con Natalia el único que sabe toda la verdad soy yo. Natalia, en cambio, no podría contar lo que ha sido de nuestro amor porque no se ha enterado de nada. Diga lo que diga. Y, además, el niño de Natalia, si es de alguien, desde luego no es mío. Yo creo que puede ser del bailarín.

Un día le escribí una larga y sentida carta que deposité, mientras se me desgarraba el corazón, en el buzón rojo de urgencias de la esquina. Un anónimo, por supuesto.

Mi queridísima Natalia:

No puedes imaginarte el trabajo que me cuesta dar el paso que doy. Si te lo imaginaras, como es lógico, no lo daría, pues ello supondría que eras capaz de entender lo que es un amor como el mío. Y alguien que puede entender tal catarata de sentimientos, semejante riada de emociones y tan desmesurado torrente de ilusiones, es digna de seguir siendo amada, aunque sea en el secreto más insondable de la complejidad de los meandros de las fibras cerebrales.

Pero lo nuestro no puede continuar por más tiempo; no puede ni debe llegar más lejos; es imposible que dure un solo minuto más. No es que haya dejado de amarte, ni que haya perdido mi deseo por ti, ni tan siquiera que mi enamoramiento se haya desmayado como una rosa temprana de la rosaleda del parque del Retiro. Simplemente es que no puedo soportar tu lejanía, tu desdén, tu displicencia, tu apatía, tu ausencia de miradas, de sonrisas y de afectos. Ni tu preñez, aunque eso sea lo de menos.

Con todo quiero que sepas que esperaré tu cambio de actitud el tiempo que sea preciso. Si me buscas, aunque yo esté en la latitud más lejana, en 34° 23' 52" NE, por ejemplo, me encontrarás.

Desgarradamente tuyo.

AMBROSIO.

Es posible que usted se sorprenda de que me acuerde tan bien del vendaval de expresiones que arrasaron la página en blanco de la carta, y aún más de la latitud empleada como ejemplo, que la puse al azar y sin saber siquiera si tal latitud existe. Pero la explicación es bien fácil: ya le he dicho que la carta la envié en forma de anónimo. El sobre, con el nombre de Natalia por delante y con mi remite al dorso, según pide Correos en los matasellos, lo eché al buzón, en la confianza de que se encargaría el cartero de buscar las señas de Natalia. Pero el cuerpo de Correos debe de estar formado por una partida de haraganes, vagos, indocumentados e ineptos. Yo creo que fue por eso por lo

que encontré días después la carta en el buzón de mi casa. Todavía la conservo en el aparador. La he leído tantas veces que me la sé de memoria.

Mejor así. Natalia nunca sabrá que la dejo, lo mismo que ignora cuándo la empecé a amar. Lo único que merece una frialdad como la suya es la eterna condena a la ignorancia. Dios no castiga con cuchillo ni palo.

Después de escribir aquella carta y echarla al buzón, me tendí plácidamente en mi sillón verde a leer. Para ambientar el tenue rincón del cuarto de estar, en el que una lámpara de 60w alumbraba sobre la mesa camilla, puse en el tocadiscos *Así habló Zaratustra*, de Straus, Opus 30, por la Orquesta Sinfónica de Saint Louis dirigida por Walter Suskind, de la que escuché el primer movimiento diez o doce veces seguidas. Siempre lo hago así porque este primer movimiento me eleva muchísimo la moral; es como una inyección de energía, hace que me sienta más fuerte, capaz de todos los portentos y de todas las hazañas. Lo único que ocurre es que como leo al mismo tiempo (aquel día empecé la *Guía Turística de Ciudad Real*, Diputación provincial, Ciudad Real, 1985) y tengo que interrumpir tantas veces la lectura para poner el brazo del tocadiscos otra vez al principio, después no recuerdo lo que he leído y tengo que empezar de nuevo, con lo que nunca paso de la primera página y me aburro. Así que, sin leer ni disfrutar de la música, pasan los minutos hasta que no lo soporto más y me voy a la cocina a comer chocolate.

Recuerdo a la perfección, porque todavía me quedan restos de granos llenos de pus, que aquel día me comí tres tabletas de chocolate blanco, que es el que más me gusta. Pero ahora me gustaría hacer una reflexión a propósito: ¿Por qué me gusta más el chocolate blanco? ¿Será una subconsciente inclinación al racismo? ¿Tan sólo una originalidad producto de mi excepcional personalidad? ¿Snobismo? Y en tal caso, ¿por qué? ¿Usted qué cree, abuelo?

Mi reflexión me hace concluir, tras largos segundos de profundos análisis, que me gusta más el chocolate blanco porque es el que tengo en la nevera, regalo del supermercado que, en una promoción especial de productos de cacao, sorteó cien tabletas y me tocaron a mí.

Mi nombre, que aún no se lo he dicho, es Ambrosio Orejuela y Oriola de Bustarviejo, de los Orejuela de toda la vida, que ya en el siglo XVII viajaron a América para domar salvajes y para enseñarles la verdad de las cosas. Mi antepasado Juan de Orejuela, de los Orejuela y Salinas, tuvo una eficaz pero poco edificante historia de amor con una india del Perú, bautizada María de los Desamparados Pilar Covadonga Candelaria, con quien tuvo diez hijos, uno por cada viaje que realizó a tierras americanas. Don Juan de Orejuela nos enseñó, desde entonces, generación tras generación, algo que muy pocos saben: una larga estirpe es la mejor garantía de ser recordado por los siglos de los siglos.

Pero yo, a pesar de ello, prefiero mi cualificación actual de hombre culto y refinado; un sibarita, en fin. Por eso no me gustan ni los lujos ni las miserias, ni los excesos ni las carencias. Tan sólo una vez me compré un coche, pero fue por un único motivo: en algún sitio leí que aquel coche tenía la suspensión delantera del tipo MacPherson. ¿Es posible encontrar una razón mejor y más convincente para concluir que es necesario poseer un coche así? ¡Nada menos que del tipo MacPherson! Repita, repita como suena: MacPherson... En fin, tuve el coche aparcado delante del portal seis o siete meses, no lo recuerdo con exactitud. Cada domingo por la mañana reunía limpiacristales, cubo con agua, bayeta, periódicos y plumero y bajaba a dejarlo reluciente e impecable, hermoso, sin motas de suciedad ni revestimientos artificiales de polución, polvo y barrillo. Luego, día tras día, me asomaba al balcón y me pasaba las horas muertas contemplando su belleza, su empaque y su distinción.

Intenté dos o tres veces sentarme al volante y lo hice con cierta facilidad, porque pronto comprendí el complicado mecanismo de abrir y cerrar la portezuela. Pero lo que me desesperaba era que, allí sentado, no lograba deducir, utilizando los caminos de la lógica, cómo se ponía en marcha aquel maldito cacharro. Observaba con atención botones, palancas y pulsadores, manecillas que se movían, palitroques que subían y bajaban, interruptores cuadrados que permanecían en posiciones distintas según las apretara en una dirección u otra, como las llaves de la luz. Pero allí ni se encendía ni se apagaba nada, ni mucho menos se oía ese ruido tan característico de los motores de los coches cuando se ponen a funcionar. Abajo, junto al suelo, mi coche tenía tres sitios para apoyar los pies, pero debían de estar estropeados porque cuando me apoyaba en ellos se hundían. Así es que me cansé de pensar en sus misterios

(sobre todo en el de los tres puntos de apoyatura cuando sólo tenemos dos pies) y durante dos o tres meses más me limité a limpiarlo, lavarlo, cuidarlo y mimarlo.

Pero un domingo de abril, lo recuerdo perfectamente, se puso a llover en el momento justo en que yo acababa de limpiarlo y el coche volvió a ensuciarse. Me dio tanta rabia, me dolió tanto el esfuerzo baldío realizado, que decidí deshacerme de tan ingrato utensilio. En el tiempo que lo había tenido no me había servido para nada. Para nada. Porque, ¿querrá creer que en los meses que tuve el coche bajo mi propiedad, aparcado junto al portal, nadie volvió la cabeza para mirarme cuando caminaba por las aceras del barrio? Nadie me admiraba, nadie me envidiaba por tener aquella joya con la suspensión delantera del tipo MacPherson. Cierto que por las calles circulaban muchos coches del mismo modelo que el mío, de distintos colores, pero ¿cuántos tenían la suspensión delantera del tipo MacPherson? Estoy seguro de que ninguno. Y todo el barrio, y sus alrededores, tenía que saber que yo me había comprado ese coche, de ese tipo, y que estaba aparcado justo delante de mi casa. Pues nada, como si fuera lo más natural del mundo.

Así es que al lunes siguiente llamé a la agencia que me lo vendió y les dije que podían venir a buscarlo al mismo sitio en el que lo habían dejado. Los empleados, al verlo, se extrañaron un poco de que no lo hubiese puesto ni siquiera en marcha y, en el colmo de la desfachatez, me querían dar menos dinero del que yo había pagado por él. Me dijeron no sé qué de la depreciación, de las segundas manos, de unas historias rarísimas que no entendía en absoluto. Y lo peor de todo, encima, es que me iban a descontar el precio de cargar la batería (como si yo la hubiese tocado para algo) y otras zarandajas referentes al impuesto de circulación, cuando yo no había circulado, y multas del Ayuntamiento por no sé qué numerito que debía tener (recuerdo que entretanto me preguntaban insistentemente la hora, pero no con la fórmula usual, sino con otra más rara) y cientos de multas que por lo visto había acumulado a razón de una diaria. Al final, me querían dar cuatro pesetas y me negué a cogerlas. Será el juez quien resuelva cómo acaba todo esto porque yo denuncié a la Agencia, al Ayuntamiento por poner papeles en el parabrisas de mi coche sin mi permiso y a la fábrica por hacer coches que no funcionan. A su vez, el Ayuntamiento me ha denunciado a mí porque me quería embargar y yo golpeé suavemente al agente que vino a casa a llevarse mis cosas. La Dirección General de Tráfico también me ha denunciado, no sé por qué: dicen que carezco de un permiso que hace falta para que le den a uno coches que circulen. Y la Agencia me ha denunciado a su vez porque el estómago de uno de sus empleados tropezó con mi codo. ¡Cómo para fiarse de las Agencias!

Tenía seis denuncias en total, tres y tres. Quiero decir que tres puestas por mí y otras tres puestas contra mí. Yo le propuse al juez que, como había empate, quedáramos en tablas y nos olvidáramos de todo, devolviéndome el

dinero que pagué por el coche, eso sí; pero el juez me preguntó si debía entender que retiraba mis denuncias. Yo le dije, dándole una palmadita en el pescuezo:

-¿Retira usted las suyas?

-Yo no le he demandado, señor mío. No tengo legitimidad activa –replicó algo sorprendido.

-¿Y si le regalo cinco mil pesetas?

Y me denunció por desacato a la autoridad judicial, por intento de soborno y por no sé qué más. Como iba perdiendo cuatro a tres tenía que resarcirme: fui y demandé al Ayuntamiento porque la contaminación ensuciaba mi coche.

Mire, abuelo: yo soy muy mío. Y no me mire así porque es verdad. Un ejemplo: yo, un ser de tal refinamiento cultural, de semejante capacidad de entrega a sí mismo, no puede andar por ahí despilfarrando su organismo entregándose a prácticas sexuales para casi exclusiva satisfacción de otras personas. Si, es un decir, yo hubiese sido tan vulgar de mantener una relación con una mujer al mes, durante los últimos veinticinco años, hubiera regalado a las mujeres un total de trescientas satisfacciones, trescientos momentos sublimes de placer, más sublimes aún si consideramos mis cualidades personales y mi atractivo general. En cambio, siguiendo con el ejemplo, si yo hubiese cobrado por darles tal placer, aunque fuese con la cantidad simbólica de diez euros (lo cual es tan barato que ofende, que me ofende quiero decir) ahora podría tener ahorradas mis buenos tres mil euros, más los intereses correspondientes. ¿Por qué iba a renunciar a ese capitalito? Ese fue mi planteamiento hace veinte años y así se lo hice saber a las chicas que iba conociendo. Remedio de santo: nunca más tuve problemas con ellas.

Pero Natalia ha sido la excepción más importante de mi vida. Durante días, durante meses, sólo he sabido vivir para ella. Abuelo: estoy enamorado de Natalia todo entero, todo yo, todo. Mis pies están enamorados de Natalia, como cada uno de sus dedos, sus uñas, sus pelos y sus plantas planas y regordetas; mis tobillos, mis piernas, mis rodillas y mis muslos están enamorados de Natalia, como sus pelos, sus verrugas, sus venas, sus tibias y peronés, sus fémures y sus meniscos; mi cintura, mis caderas, mi tripa, mi estómago y mi espalda no pueden encontrar el sosiego sin estar enamorados de Natalia; y no digamos mis manos, mis brazos, mis hombros, mi cuello y mi cabeza, que están tan enamorados de Natalia como mi hígado, mi páncreas, mis riñones y mi corazón, lo cual es más normal, claro. Pero que lo estén también mis pulmones, mi maxilar inferior, mi vesícula y mi esternocleidomastoideo es la prueba definitiva de que mi enamoramiento es total. Los pelos bravíos de mi espalda lo gritan de continuo; mi sangre y mi bilis también; de Natalia están enamoradas mis lágrimas; también lo están mis mocos, mis escupitajos y mi orina; hasta mis heces cantan su nombre; no hay paz en mi vida porque el pus de mis granos y el sudor de mis axilas aman en silencio a Natalia; no hay, no puede haber amor como el mío; les pregunto a mis legañas y me dicen que aman a Natalia; consulto con el negro de mis uñas y suspiran de amor por Natalia;

interrogo a las pelotillas que perviven entre los dedos de mis pies y rasgan su pudor invocando el nombre de Natalia; hasta el aroma de mis ventosidades huele a Natalia; mis eructos saben a Natalia; cuando poto, los restos en el retrete forman la imagen de Natalia. Yo creo que no me equivoco: estoy enamorado de Natalia.

La cita que a veces rebusco como punto de referencia para una reflexión acertada surge de mi magnífica biblioteca. Tengo una colección de libros breve, pero exquisita. A un hombre también se le conoce por los libros que posee y en los que aprende el fundamento de las cosas. Por eso, abuelo, voy a detallarle mi posición bibliográfica, que no por escueta es menos interesante: yo diría que le ocurre precisamente todo lo contrario.

Ya conoce que dispongo de la *Guía Turística de Ciudad Real*, de *El viaje de los Argonautas*, de *Los libertadores del amor*, de *La Filosofía* de Sade, de la *Filosofía* de Heráclito y de *La cena de las cenizas*. Pues tengo más: *El espacio culinario*, de Miguel Espinet; el *Recetario natural de belleza*, de Dolores Peno; *¿Quién mató al embajador?*, de Vázquez-Figueroa; *La música en Soria*, de Francisco García Redondo; *Las once mil vergas*, de Apollinaire (qué barbaridad, ¿verdad?); *Los bandos del Alcalde*; *Memoria del año judicial*, 1978; *Eusebio*, de Pedro de Montengon; y *El Quijote*. Tengo también folletos varios que no enumero para no fatigarle. Y la colección completa de Astèrix.

Si a mí me hicieran la famosa pregunta de qué libro salvaría de mi biblioteca si se incendiara mi casa (que no es mi casa, sólo vivo en ella alquilado) no dudaría en mi respuesta: la colección completa de Astèrix.

Natalia volvió a pasar el jueves siguiente por aquí y esta vez no se me podía escapar. Me había acostumbrado a la inquietud de la espera y a la sorpresa del encuentro, e iba bien protegido para que no me deslumbrara como en las ocasiones anteriores: cuando la viera –premedité-, no me fijaría en su belleza, en su perfección, en sus movimientos; sólo miraría sus zapatos e intentaría saber si estaban limpios o sucios. Con este pequeño truco, mi mente se distraería del objeto principal que me sobrecogía.

Así lo hice y el resultado fue espléndido: llevaba los zapatos sucios, recubiertos del polvo del parque que se había pegado a la piel al cruzarlo. Debo decir que me desagradó, porque no podía imaginar que en ella hubiese algo sucio, pero la realidad hay que aceptarla tal y como es y yo, un ser pragmático como pocos, lo acepté para que aquel detalle no menoscabara mi pasión. Había conseguido, pues, no quedarme colgado de su aparición y, decidido y arrogante, como los hombres españoles sabemos y lo hemos demostrado en tantos hechos heroicos de la historia de nuestra patria, me levanté, me ajusté los pantalones, que se me habían deslizado levemente por efecto de la postura, y la seguí a una distancia prudencial para conocer sus pasos, su dirección y su destino. Todo por cariño.

En efecto: entró en la alameda y casi inmediatamente giró a la derecha, enfiló el estanquillo de los dos patos y salió por la puerta de la calle de Ibiza. Crucé junto a ella por el paso de cebra y me retrasé unos metros para que no reparara en mí y, al verme, mi rostro se le hiciera inolvidable. Había que dar tiempo al tiempo.

Instantes después, en el segundo portal, entró y se perdió entre sus sombras. Pasé por delante disimulando, como sin mirar, y ya no la vi: el portal semioscuro estaba desierto.

¿Viviría allí? ¿Iría a visitar a alguna amiga? ¿Tal vez a algún pariente? De repente, como si una tormenta de cipreses revolotearan ante mí haciendo aspavientos con sus ramas acostumbradas a mancillar tumbas y panteones, se me nublaron los ojos de rabia y el cerebro se me bloqueó unos instantes: ¿a su amante?

No, no podía ser. Sólo un hombre en el mundo podía poseer semejante maravilla; sólo uno podría hacer feliz a aquel ángel nacido de las brumas del parque; sólo uno tenía derecho a ser mirado por ella, a disfrutar su amor, a

sentirse bañado por su sudor, a embriagarse con la melodía de sus risas, a beber las perlas de sus lágrimas. Sólo un hombre tenía ese derecho, y ese hombre era yo.

Busqué alguna explicación para su presencia allí y no la encontré. Me senté en un banco de la calle, situado estratégicamente a la altura del portal, en la acera de enfrente, y decidí esperar a que saliera. Lo tenía decidido: me daba igual que fuera una hora, dos o toda la noche. Esperaría allí porque una ley física irrefutable dice que todo lo que entra tiene que salir. No así viceversa. (Es fácil de entender: si uno se enfada con un amigo y sale de su casa, no tiene por qué volver; si a uno le despiden de una fábrica, no tiene por qué volver; si uno sale del agua, y ya está limpio, no tiene que entrar en la bañera otra vez. Pero como uno entre en casa de un amigo, en una fábrica o en la bañera, veremos si tiene o no que terminar por salir. ¿Lo comprende, abuelo?)

Y salió. Claro que Natalia salió. Eran las nueve y siete minutos. En total, había estado allí dos horas y doce minutos. Volvía con su aspecto intacto, sin mirar a nadie, sin el más leve gesto que pudiese denotar alteración alguna, cansancio, agitación, hipotensión, dolor de muelas o menopausia. Digo esto último porque en el segundo C vivía un dentista (creo que sigue teniendo allí su consulta) y en el cuarto B un tocólogo: Ramón Arcilla Espinar, a quien recuerdo tan bien por algo que luego pasó y que ya habrá ocasión de contar. En aquel momento se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era seguirla para ver si desentrañaba algún misterio de su desconocida vida. Anduve tras sus pasos un par de manzanas y observé cómo se detenía junto a una parada de autobús, permaneciendo allí de pie y sin moverse. Me desconcertó un poco su actitud, pues no sabía cuál podía ser la razón de aquel alto en el camino, pero pronto lo comprendí: cuando llegó el autobús, se subió en él.

¡Estaba esperando el autobús! Confieso que también me desilusionó aquel hecho, y era ya el segundo en el transcurso de la misma tarde. Unas horas antes había descubierto que tenía los zapatos sucios; ahora me enfrentaba a la vulgaridad de que viajara en autobús. ¿Cómo un ser tan sublime podía utilizar en sus deslizamientos (Natalia se desliza, ¿sabe?, no se desplaza) por la vida el medio público del autobús, que comparten obreros, estudiantes, amas de casa y seres iguales, repetidos, anodinos, mediocres e inútiles de la sociedad? ¿Cómo Natalia no tenía una carroza de oro, o al menos un coche con la suspensión del tipo MacPherson para cruzar la ciudad sin mezclarse con la ordinariez, la vileza, la simpleza, la chocarrería, la chabacanería, la necedad y la tosquedad? Y en el peor de los casos, ¿cómo no utilizaba un taxi, en el que al menos iría sola y en asiento alejado del sujeto que conduce el mencionado artilugio?

¡Tanta grandeza, majestuosidad y gloria en un autobús! ¡Tanta pureza en el fango del transporte municipal! ¡Tanta grandiosidad rodeada de ruindad! Por ella sentí entonces vergüenza, ignominia, humillación y ofensa. Por su causa sentí deshonor, traición y oprobio. El dolor que me causaba se tornaba en

abominación e indecencia. Yo podía ofrecerle otro mundo, un paraíso lejano a los autobuses, el Metro y las monedas fraccionarias. Yo, que hacía mil años que prefería ir andando a mezclarme con los usuarios de los transportes públicos, sentí por ella amargura. Y un poco más de desilusión.

Pero seguí amándola.

Tan brutal fue el choque que me produjo verla subir al autobús, que volví a perderla. Cuando reaccioné, pensé en parar un taxi y decirle “¡Siga a ese autobús!”, pero me iba a costar mucho dinero y tampoco era tan apremiante saber a dónde iba.

Lo que sí me interesaba en aquellos momentos era saber de dónde venía. De la calle Ibiza número 4 bis, eso era lo único que sabía. Así es que al llegar a casa busqué en la guía telefónica la dirección e indagué los vecinos que componían el inmueble. Escudriñar es una de mis diversiones favoritas porque meterte en donde nadie te llama o simplemente cotillear para descubrir secretos ajenos es uno de mis mayores placeres.

Muchos Pérez, muchos Martínez, muchos Gómez, un par de Rodríguez y un tal Arcilla, tocólogo, componían el listado telefónico de Ibiza 4 bis. Con aquella información, desde luego, no salía de dudas, pero me pareció que el tocólogo tenía que saber algo. También confieso que no estaba seguro por aquel entonces en qué consistía la profesión de tocólogo, pero que tenía que ver con las mujeres, sí. Por lo menos, no recordaba a ningún hombre que me hubiera dicho que había ido al tocólogo, como iban al cardiólogo, al practicante o al peluquero. Llamé confiado:

- ¿El señor tocólogo está?
- ¿Es alguna urgencia? –me respondió una señorita.
- Pues..., en cierta medida, sí.
- ¿Qué quiere usted decir con “en cierta medida”? –volvió a preguntarme.
- Que sí y que no –contesté seguro de mí mismo.
- Entonces, ¿pregunta por el doctor Arcilla? –me dijo.
- No, yo pregunto por el tocólogo.
- El tocólogo es el doctor Arcilla.
- Pues entonces sí.
- No está.
- ¿Y por qué no me lo ha dicho antes?
- ¿El qué?
- Que no estaba el tocólogo.
- Pues..., por si era alguna urgencia.
- ¿Es que si es una urgencia está?

- No, tampoco.
- Entonces, ¿qué le importa a usted si es o no una urgencia?
- Es que si es una urgencia podemos localizar al doctor Arcilla.
- ¿Localizarle en dónde?
- En donde esté.
- ¿En cualquier sitio que esté? –pregunté algo confuso.
- Sí, eso es lo de menos.
- ¿Cómo que es lo de menos?
- Sí. A mí me da igual donde esté. Yo le llamo y ya está.
- Pero si no sabe dónde está, ¿cómo va a llamarle?
- ¿Y a usted qué le importa? –replicó algo impertinente. Luego suavizó la respuesta-: Con el busca.

El busca en cuestión es un aparato producto de la tecnología moderna, abuelo. Luego me enteré. Permanecí unos segundos en silencio, hasta que la señorita me preguntó:

- ¿Lo suyo es una urgencia?
 - ¿De qué tipo? –respondí.
 - Y yo qué sé. Usted sabrá.
 - Yo no lo sé, señorita.
 - Bueno, que tengo mucho trabajo. ¿Cómo se llama su señora?
 - Yo soy soltero, amiga mía.
 - Pues su compañera. A nosotros eso nos da igual.
 - Yo no tengo ninguna compañera.
 - ¿Y no está de parto?
 - ¿Cómo quiere que esté de parto una compañera que no tengo?
 - Entonces, ¿para qué ha llamado usted?
 - Para preguntar si estaba el tocólogo.
 - ¿Es alguna urgencia?
 - Pues... , en cierta medida, sí... ¡Pero, oiga, señorita, no empecemos otra vez! ¿Con quién puedo hablar?
 - Conmigo, pero dése prisa porque es mi hora de salir y tengo aún cosas que hacer.
- Reconozco que me enfadé. Me enfadé mucho. Sólo dije:
- ¡Cuando vea a ese tocólogo le voy a partir la cara!
- Y colgué.

Llevo pensando mucho tiempo en algo que cada vez toma más cuerpo en mi mente y se me antoja de toda justicia: yo quiero que se me otorgue el premio Nobel de la Paz. La primera vez que pensé en ello fue cuando lo del accidente mortal de mi pobre padre, que en paz descansa. Me vino aquel pensamiento como una ráfaga refrescante mientras esperaba al borde de la carretera a que llegaran las ambulancias, los coches de la guardia civil de tráfico y todos los que tuvieran que llegar, incluido el juez a quien correspondiera la pesada carga de levantar el cadáver, él solo. Me imaginé a las ambulancias ululando por la autopista, con su hermosa cruz roja a ambos lados, a toda velocidad para llegar hasta mí, desafiando el frío y la nieve, el viento y la noche. Era el mes de julio, a las tres de la tarde, pero entonces me pareció mucho más bonito imaginarme una cruda noche de invierno que la tarde de calor que estaba viviendo y en la que sufría amargamente, sobre todo porque sudaba tanto que las gotas de sudor resbalaban por mi frente y me inundaban los ojos, irritándomelos.

Esperaba junto a la cabina telefónica, en la mínima sombra que el armatoste proyectaba bajo los rayos de sol, y aunque pensé varias veces en acercarme hasta el cuerpo de mi padre, por si aún respiraba, el terraplén me parecía peligrosísimo y el calor insufrible, por lo que con buen criterio decidí esperar a los enfermeros que tienen la obligación de hacerlo, que para eso es su profesión. Y allí, a la sombra escasa y agobiante, pensé en la labor de las ambulancias, en el amor al prójimo, en la abnegación de los que dedican su vida al servicio de los demás, en la madre Teresa, en la hermandad entre los seres humanos, en la solidaridad, en la paz. Sobre todo en la paz.

Yo amaba la paz. Yo amo la paz. Yo siempre amaré a la paz. Paz, paz, paz... Me gusta la paz. De hecho, siento una gran simpatía por todas las chicas que se llaman Paz. Y si amo la paz, si nunca me meto con nadie, si mi vida es pacífica, ¿por qué no he de merecer el premio más importante de la Paz, el Nobel, por ejemplo?

Aquella idea fue madurando en mí a lo largo de muchos años. Después, según se iba acrecentando, durante todo este tiempo, siempre encuentro nuevos motivos que se añaden a los anteriores para sentirme merecedor de la distinción. Incluso me enteré de los pasos a dar para que se me nominara y se estudiase por el comité correspondiente mi caso.

En la Embajada de Suecia me dieron todo tipo de detalles, incluso un folleto explicativo que, aunque aún no he podido leer porque está en un idioma muy raro que no domino, lo explica todo. Sólo necesito a alguien que me proponga.

Puedo ser yo mismo, claro, pero el amable funcionario de la Embajada no me lo recomendó. Al principio mostró sus dudas, rascándose varias veces la cabeza en mi presencia –lo que me pareció una ordinariedad, por cierto-, pero después, momentos antes de avisar a unos simpáticos agentes para que me acompañaran hasta más allá de la verja de la Embajada, me insinuó que hiciese lo que me diera la gana. Búsquese a alguien, dijo. Mejor una institución, o un colectivo de intelectuales, o su portera, eso es, su portera.

Pero, ¡cómo le voy a pedir una cosa así a mi portera!, pensé después. Me parecía descabellada la insinuación del funcionario. De hecho, a pesar de su amabilidad inicial, al funcionario le encontré nervioso, agitado, como no plenamente satisfecho del trabajo que desempeñaba, atendiendo a los visitantes de la Embajada. Al final francamente nerviosos para ser exactos. Pobres. A mí me parece excesivo tenerlos tanto tiempo fuera de su país, sobre todo a ellos, tan nórdicos, acostumbrados al frío y desprotegidos por la naturaleza para soportar el ardiente sol de España. Comprendo que eso les desequilibre.

Desde luego a mi portera no podía pedirle que solicitase de la Academia sueca mi nominación. Qué sabrá la pobre mujer de academias, premios y demás, si probablemente no sabe ni por dónde cae Suecia. Yo lo busqué en el atlas de un niño que salía del colegio y lo encontré, aunque tardé más de la cuenta porque el niño no dejaba de llorar ni de molestarme, se empeñaba en quitarme el atlas y me decía no sé qué de que en cuanto llegara su padre me iba a enterar. Y yo insistía, mientras le apartaba con el brazo, que no necesitaba a su padre, que yo solo podía enterarme si me dejaba en paz, pero no había manera. Así que tardé un buen rato, se arremolinaron otros niños que también gritaban, unas señoras que insultaban a alguien pero no sé a quién porque al que miraban era a mí, y me costó un enorme trabajo encontrar la página y la ubicación de Suecia en Europa. Porque mucho presumir de Suecia y luego resulta que está en Europa, como nosotros, no por Estados Unidos ni nada, que por ahí la buscaba yo.

Todavía no he encontrado a nadie que me proponga para el premio. La gente, desde luego, es insolidaria, majadera, ignorante y bestia. Ojalá revienten.

¡Oiga! Quizá usted...

Bueno, vale, no he dicho nada.

Comprenderá que no podía esperar una semana entera para ver otra vez a Natalia y preguntarle a dónde iba; era más fácil ir a ver al tocólogo y preguntarle directamente.

Así es que, a la tarde siguiente, viernes, me presenté en su consulta a las cinco en punto. Una enfermera abrió la puerta y me invitó a pasar a la sala de espera, mientras me preguntaba si tenía hora, y como yo le contesté que las cinco aunque no debía hacerme mucho caso porque mi reloj en ocasiones se atrasaba un poco, esbozó una breve sonrisa y me preguntó el nombre.

- Señor don Ambrosio Orejuela y Oriola de Bustarviejo –contesté escuetamente.

- Un momento, por favor.

Ella se fue a otra habitación y yo busqué acomodo entre las varias señoras que salpicaban la salita y que, qué casualidad, estaban todas embarazadas. Es curioso: hasta entonces nunca había coincidido con un grupo tan extenso de mujeres que, además, estuvieran en ese estado. Azares de la vida, pensé, y me puse a hojear una revista de moda para no desentonar y evadirme del hecho –confieso que un poco inquietante- de que todas me estuviesen mirando.

Al poco regresó la señorita y me llamó aparte. Me enseñó una hoja que tenía varios nombres y me dijo que el doctor no podría atenderme, que no estaba en la lista de esa tarde y que, si quería, podía volver al viernes siguiente.

-¡Eso no puede ser! –dije en un tono algo elevado, quizá, porque todas las mujeres se volvieron a mirarme.

-Es que usted no tiene hora, señor.

-¿Cómo que...?

- Lo que quiero decir es que tiene que solicitarnos hora por teléfono y nosotros le damos una cita.

No me pareció un método muy inteligente porque, si no llamaba nadie, el doctor en cuestión no ganaría nada, y aquella empleada, correlativamente, dejaría de estar empleada; pero como se lo expliqué y no atendía a razones, terminé por aceptar su método. Pero mi caso era una excepción.

- Es que mi caso es diferente.

- ¿Se trata de alguna urgencia? –me preguntó.

- Pues, en cierta medida..., sí.

Entonces nos miramos asombrados: los dos recordamos la conversación de la tarde anterior y nos quedamos paralizados. La señorita no supo qué decir y se fue corriendo a la otra habitación. Yo, ante la atónita mirada de las embarazadas, que no se enteraban de nada, di tres vueltas sobre mí mismo y, con las manos en los bolsillos, me puse a mirar estúpidamente un cuadro (creo recordar que era un florero y una pera) clavado en la pared a la altura de los ojos. A los pocos instantes apareció de nuevo la señorita y me preguntó respirando hondo:

- ¿Le importaría venir otro día?

- No puedo.

- ¿Es alguna urgencia? –me repitió y su pregunta se hacía ya un poco monótona.

- ¿De qué tipo? –respondí.

- ¡Y yo qué sé! Usted sabrá.

Permanecí en silencio valorando el coeficiente intelectual de mi interlocutora y reflexionando acerca de los problemas psicosomáticos de algunos seres aparentemente normales. Pero ella interrumpió mi reflexión:

- Mire, señor, a ver si nos entendemos: usted me dijo ayer que no tiene esposa ni compañera, que su problema era urgente, en cierta medida, y que quería hablar con el doctor. ¿Será, acaso, un asunto personal?

- ¡Eso es! –repliqué eufórico modificando por completo mi opinión sobre la señorita, que ahora me parecía brillante, inteligente y astuta.

- Pues espere un instante y se lo consultaré al doctor.

- Pero la consulta tendré que hacerla yo, ¿no?

- Espere un momento, señor –concluyó con una voz que incomprensiblemente, dada la temprana hora, resultaba cansina.

Volví a sentarme entre las embarazadas que, con la indiscreción propia del género femenino, habían seguido nuestra conversación e incluso se habían atrevido a cuchichear, hábito, por lo demás, bastante común entre las desocupadas. Porque una embarazada es el ser más desocupado que existe: su única misión es esperar. Me senté, repito, entre ellas y continué hojeando una revista que era bonita, con muchas fotos de chicas muy guapas.

- Buenas tardes –una voz de hombre me sacó de los ojos una chica en ropa interior que me miraba desde las páginas de la revista.- ¿Deseaba verme?

- ¿Doctor Gravilla? –pregunté educadamente.

- Arcilla –respondió entre las risas contenidas de alguna de aquellas víboras.

- Encantado –le extendí la mano-. ¿Puedo hablar con usted unos segundos?

- Pase, por favor, tengo mucho trabajo.

No me llevó a su despacho sino al pasillo. Allí me preguntó qué deseaba y entonces fue cuando, por primera vez, me di cuenta de que no sabía qué preguntarle, o al menos cómo preguntarle lo que le quería preguntar.

Permanecí en silencio mirándole, mientras involuntariamente mi boca esbozaba una sonrisa cada vez más amplia. Al fin y al cabo quería caerle simpático, ya que no sabía qué preguntarle, pero él no entendió el mensaje y me volvió a decir:

- Tengo mucho trabajo, señor. ¿Le importaría decirme lo que desea de mí?

Seguí sonriendo mientras por mi cabeza pasaban posibles preguntas que descartaba automáticamente porque no se ajustaban a lo que yo deseaba saber. Al final, mi cerebro, agotadas las posibilidades, se quedó en blanco.

- ¿Que qué quiere?

- Nada -contesté.

- Mire –me puso la mano en el hombro y me habló con una dulzura que todavía no comprendo-: Le voy a dar la dirección de un buen amigo y colega, el doctor Santos, que le va a ayudar. Es un magnífico psiquiatra de toda mi confianza.

- ¡Un psiquiatra! –me encolericé-. ¿Es que se cree que estoy loco, sapo sarnoso?

- Bueno, como quiera. Pero váyase.

- ¿Me está echando? –estaba rabioso.

- Tengo mucho trabajo.

- ¿Y a mí qué me importa? Sí, sí, modales ahora, échele modales y buena educación ahora –gritaba furioso-. ¡Como que no sé qué tipo de negocio es el suyo! Usted, tan educadito, tan soso, mire lo que las hace, mire, ¡las deja a todas embarazadas! Vaya trabajito, ¿eh? Vaya con el doctor Gravilla de los cojones. ¡Todas embarazadas y calladitas! ¿Qué más quiere, eh? ¿Qué más se puede pedir? Me voy, sí señor, me voy, no quiero saber nada con gentuza como usted, pero ahora mismo voy a la comisaría y le denuncio por bigamo, proxeneta y perverso.

Y antes de dar un portazo, mirando para atrás, en donde el tocólogo aquel estaba en medio del pasillo, alelado, las embarazadas asomaban sus cabezas y la señorita se parapetaba tras la puerta de su despacho, le lancé un insulto que después, reflexionando con serenidad, me pareció poco acertado. Le grité:

- ¡Maricón!

Y me fui a denunciarle a la comisaría, en donde no me aceptaron la denuncia porque, ya se sabe, la policía ya no es lo que era y su grado de perversión es insufrible.

Sin embargo algo saqué en conclusión con todo aquello: Natalia no podía ir a casa del tocólogo porque no estaba en estado de buena esperanza.

Aunque el domingo por la mañana, paseando plácidamente por la Plaza Mayor, me asaltó una duda horrible: ¿Iría allí Natalia para que el doctor don Ramón Arcilla Espinar la dejase, también, embarazada?

- ¡Imbécil!
- ¿Cómo dice?
- Nada, cosas mías.

Después de recapacitar largo y tendido (me pasé el lunes entero en la cama, meditando acerca de mi situación), decidí esperar al jueves y abordar a Natalia a la entrada del portal, o a la salida, según estuviera mi estado de ánimo, interesándome por su presencia allí y acerca de otros pormenores de su fascinante, enigmática y atractiva vida. Pero si tenía que esperar hasta el jueves sin hacer nada, los nervios acabarían devorándome, la impaciencia se apoderaría de mí y la angustia me consumiría, y a mí cuando me atacan los nervios sólo los distraigo dándoles de comer. Y el caso es que, por respeto a Natalia, no quería sobrepasar mis noventa kilos. Bastante tengo ya con luchar contra mis pantalones para abrocharlos cada mañana, dejando rebosar mis michelines por encima para no estallarlos, como para encima engordar un poco más por culpa de los nervios.

Así es que busqué una distracción y pensé en el billar como ejercicio relajante, desde luego no violento y por tanto adecuado a mi forma de ser pacífica. Y por supuesto muy apropiado porque, como todo el mundo sabe, el billar es un deporte de habilidad y yo soy sumamente mañoso y habilidoso, exquisito por la limpieza y finura de mis trabajos y de pulso firme y enérgico cuando la ocasión lo exige.

Por eso me federé en el Madrid Billar Club, de la calle Alcántara. Ya me han dado de baja.

Como un reloj. Natalia cumplió su compromiso y acudió a su cita semanal a las siete en punto de la tarde. Vi que cruzaba ante mí, por aquí delante, y me puse de pie, la seguí durante unos metros y, justo al salir del parque, me puse a su altura para cruzar juntos cuando el semáforo nos diera luz verde. La miré de reojo un par de veces pero no me atreví a mirarla de frente ni a dirigirle la palabra. Mi corazón estaba agitado, desbocado, y me temblaban las manos, sudorosas y frías. Unos segundos después cruzamos la calle y, por su paso firme y acelerado, volví a quedarme un poco rezagado. No tuve valor para ponerme de nuevo a su lado y contemplé impotente y desesperado cómo se introducía en el portal y desaparecía por el fondo, doblando a la izquierda.

Estuve indignado, por mi cobardía, durante mucho tiempo. Daba pequeños paseos, en una dirección y en la contraria, sin alejarme del portal, durante casi una hora, con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina, insultándome, maltratándome, buscando definiciones que pudieran herirme y diciéndomelas después, humillándome a mí mismo y escuchándomelas con humildad porque tenía toda la razón. Si alguna de ellas no me ponían colorado, buscaba otra más dura, más cruel y me la repetía en varios tonos para herirme aún más. Llegué a llamarme calzonazos, reptil, sarasa, soplaitas y chupatintas. Hasta que, refinamiento lógico en mí, me insulté tildándome de mocososo y ya no pude resistirlo más: me pedí perdón y me comprometí, como castigo, a esperarla a la salida y, sin que valiera ninguna excusa, hablarle.

A las nueve y cinco pasadas, salió. Quizá ya esté embarazada, pensé; pero recordé que no valían excusas: me había dado mi palabra.

Caminó erguida unos metros y salí a su encuentro. Me planté delante de ella y, sin haber pensado antes lo que le diría, balbucí estas palabras:

- ¿Me permite que la acompañe?

Me miró un instante con los ojos muy abiertos, probablemente por la admiración que mi impecable presencia le causaba, y se limitó a responder:

- Claro que no.

Y entonces me apartó con un gesto de la mano y siguió su camino. Yo me quedé maravillado, absorto, como si diez mil dosis de cocaína se hubiesen infiltrado por los poros de mi organismo, como si mi sangre se hubiese bañado en cazalla, como si el cielo, la tierra y la calle hubiesen detenido su agitación y mi alma hubiese crecido por encima de los edificios, de la ciudad y del mundo.

Me quedé alucinado, inmenso, poderoso: por un instante me había mirado, y aún más, me había hablado. “Claro que no.” Tres palabras, cuatro sílabas, diez letras... Había tenido que coger aire en sus pulmones para dirigirse a mí. Su aliento se había mezclado con el mío para decirme algo, lo que fuese, pero a mí, sólo a mí. En aquel segundo, en aquel eterno segundo en que me había dicho “claro-que-no”, sólo yo existía en su mundo. Un segundo de su vida había sido mío. Era un magnífico comienzo.

¿Qué importaba el contenido de la frase? ¿Había querido decir que no la molestase, que no quería que la invitase a nada, que tenía prisa? ¡Qué más daba! Los niños en los pueblos tiran piedras a las niñas y ésa es su manera de manifestarles su afecto. Y a veces de decirles que las quieren. La piedra, en este caso, es como una llamada de atención, una manera de decirles que existen, que están ahí, que se fijen en ellos. En un pueblo, un niño pequeño no se atreve a decirle a una niña que la quiere, pero no tiene el menor reparo en comunicarse con ella tirándole una piedra. La niña se enfada, como se enfadaría si la pillara por sorpresa y le diera un beso, pero en ambos casos sabe que el niño está ahí, que además ha dado un estirón y que ya está en edad de ir a bañarse al río con una moza. El mensaje (beso, declaración, cantazo...) ya se ha producido. Después, todo dependerá de la habilidad femenina. Natalia ya había recibido el cantazo y, además, había respondido con otro. ¿Qué otra señal precisaba? No me cabía ninguna duda: después de aquel sueño hecho realidad, Natalia era para mí la tierra prometida. Ella misma me lo había dicho en clave de pedrada.

Una vez repuesto de la obnubilación, del deslumbramiento onírico, pensé en seguirla hasta la parada del autobús, en donde sin duda la encontraría, y seguir a su lado para conocer su ruta, su destino, su casa. Pero, entre que aún no me encontraba restablecido del todo, y que mi convalecencia precisaba de escasos zarandeos para que la bulla no terminara por producirme retortijones, flato y corrimientos de intestinos, decidí que lo mejor era sentarme para recobrar me del todo. Además no iba a subir en un autobús ni por Natalia ni por nadie, y buena gana de correr tras ella para tenerla que despedir en la parada mientras se mezclaba impúdicamente con el gentío que utiliza ese medio de transporte.

Quedaba una larga semana en la que no volvería a ver a la mujer de mi vida y, dado mi estado de ánimo, no podía permitirme semejante dispendio, ni por mí, ni por mi salud, ni mucho menos por ella, a la que no podía retrasarle la felicidad otra semana. Pero me resultaba difícil encontrar una solución.

Permanecía sentado en el banco, frente al portal, cavilando y recapacitando, rumiando posibilidades, ideando tácticas, meditando estrategias, sopesando los hechos y evaluando las diferentes soluciones aconsejables en tal supuesto práctico. Poner un anuncio en el periódico se me antojaba posible, pero no daba con el contenido exacto y preciso del texto para que Natalia captase el mensaje. Tenga en cuenta, además, que por aquel entonces aún no

sabía siquiera cuál era su nombre. Otra posibilidad era estrangular al tocólogo hasta que me dijese toda la verdad y nada más que la verdad, pero cabía la posibilidad de que Natalia no fuese en realidad al tocólogo, con lo que le mataría para nada, con evidente perjuicio para todos aquellos niños que iban a nacer póstumos y sin un padre que, aunque fuera todo lo sinvergüenza que se quiera, les iba a mantener. También pensé en comprarme una pistola de juguete, de esas que parecen de verdad, y asaltar piso por piso todas las viviendas del inmueble hasta que me diesen razón de la chica, pero me parecía complicado y demasiado fatigoso pues, aunque asaltara cuatro viviendas diarias, tardaría más de una semana en interrogar a todos los vecinos y, para eso, podía esperar al siguiente jueves.

En esas especulaciones andaba cuando el portero del inmueble sacó el cubo colectivo de la basura. Aquel hombre vestido con mono azul tenía que saber algo y seguro que no le importaría decírmelo, si se lo sacaba con mi reconocida habilidad, mi diplomacia y el encanto de mi dialéctica cultivada.

- Buenas noches –le dije como quien no quiere la cosa.

- Buenas –replicó con la tosquedad explicable en un sujeto dedicado a tales menesteres. Lo peor de todo es que se dio media vuelta y volvió a meterse en el portal. Pero estaba claro que era mi día de suerte: a los pocos segundos salió otra vez arrastrando otro cubo amarillo y naranja del Ayuntamiento.

- ¿Un pitillo? –le dije extendiendo mi mano y con la mejor de las sonrisas.

- Por qué –replicó redoblando su tosquedad.

- Por si quiere fumar.

- Si quisiera fumar, fumaría. Yo también tengo tabaco.

- Bueno, hombre, pues fumaré yo. ¿Tiene usted fuego?

Me miró con evidente desagrado, pero tengo la costumbre de despreciar los modales rudimentarios de las clases inferiores y no iba a cambiarla esa noche por el hecho de que el portero dijera en voz baja, sin atreverse a decirlo más alto, dándose cuenta de su inferioridad social, “majadero”.

- Quería hacerle una pregunta –le solté a bocajarro mientras me daba candela.

- Pues haber empezado por ahí. Qué desea.

- Acaba de salir una señorita. ¿Sabe usted quién es?

- ¿Y yo qué sé? Estoy recogiendo la basura por los pisos.

- Es joven, alta y muy guapa –le di algunas pistas.

- Pues cuando lo sepa, me la presenta –dijo con desfachatez.

Entonces me cansé de utilizar mi dialéctica cultivada y le di un billete de cinco euros.

- Usted tiene que saber algo –le dije.

- ¿Lleva moño? –me preguntó con tanto desinterés por la pregunta como por mí, todo lo contrario que por el dinero, que se lo guardó de inmediato.

- ¡Sí, ésa!

- Rodríguez, bajo izquierda, academia de baile –dijo dándome la espalda y metiéndose en el portal.

Repetí para mis adentros la frase varias veces para intentar descifrar su significado oculto. “Rodríguez-bajo-izquierda-academia-de-baile”. ¿La chica se apellidaba Rodríguez? ¿Rodríguez era bajo y de izquierdas? ¿En el piso bajo izquierda había una academia de baile? ¿Y en tal caso qué quería decir “Rodríguez”? ¿El dueño de la academia de baile del bajo izquierdo se llamaba Rodríguez? ¡Era todo tan complicado! ¡El amor es tan complicado!

Pero nuevamente me vino la luz de repente y todo se volvió diáfano como un amanecer. En el portal, en una placa plateada y rectangular, se podía leer con toda claridad: “Academia de baile de Víctor Rodríguez. Bajo izquierda.”

Como en las más fantásticas historias de amor, yo, Ambrosio Orejuela y Oriola de Bustarviejo, me había enamorado de una bailarina.

Esto de la vida es un caos. ¿Por qué será todo tan difícil cuando podría ser tan fácil? Menos mal que la naturaleza se ha esmerado conmigo y me ha dotado de una inteligencia y de una sagacidad fuera de lo común porque aquello era como para volver loco a cualquiera.

Durante más de tres horas tuve que cavilar para encontrar la manera de ponerme en contacto con el tal Víctor Rodríguez. Si el mundo fuera lógico, hubiese bastado con que yo le necesitara para que el señor Rodríguez hubiese acudido hasta mí; pero no, el señor Rodríguez no se enteraba de mi angustia, ni de mi peculiar situación. La insolidaridad, la desfachatez y la crueldad de los seres humanos no tienen límites en una sociedad como la nuestra, fundamentada en los pilares del judeocristianismo, el rendimiento financiero y el egoísmo existencial. ¿Cómo poder hablar con el fulano Rodríguez?, me preguntaba entre zozobra y zozobra. ¿En dónde encontrarlo? Y además: ¿qué me importaba a mí la peripecia personal del necio si yo a quien deseaba era a la bella?

Ya digo que a mi madre he de agradecer las facultades que poseo con excepcionalidad, gracias a las cuales encontré la solución exacta, medida, justa: busqué en la guía telefónica y allí apareció el teléfono de Rodríguez V., en la calle y el número que conocía ya de memoria. Al fin, cerca ya de la medianoche, pude meterme en la cama y dormir profundamente no sin antes agradecerme el ser como soy y reconocer emocionado (una vez más) mi lucidez y talento. En los últimos minutos, antes de entregarme al merecido sueño, busqué palabras para definirme; encontré varias, que yo recuerde: sagaz, sutil, agudo, clarividente, intuitivo, refinado, perspicaz, astuto, penetrante, imaginativo, taimado, inteligente...

A la mañana siguiente, bendito viernes, me desayuné deprisa dos pares de huevos fritos con chorizo y llamé a la academia de baile. Una voz aflautada pero somnolienta me contestó la llamada.

- Dígame.
- Quisiera hablar con don Víctor Rodríguez.
- Yo soy, dígame.
- Mire, profesor, quisiera tomar clases de baile con usted –mi voz humilde habría de convencerle.
- ¿Es usted bailarín?

- No, pero quiero aprender –ahora mi voz era convincente.
- Perdóneme, pero... ¿cuántos años tiene usted? –preguntó con indiscreción.

- Cuarenta –respondí recordando mi aspecto juvenil.

- ¿Y no le parece un poco tarde?

- Nunca es tarde si la dicha es buena.

- ¿Cómo dice?

- Que no, que no es tarde.

- Bueno, como usted quiera. Pero tendré que hacerle una prueba.

- ¿Una prueba de qué? –me pareció que la cosa empezaba a complicarse.

- Pues de baile. Quiero saber de usted y conocer sus facultades, su preparación, su historial... ¿Con qué maestros ha tomado lecciones?

- Con ninguno.

- ¿Autodidacta?

- No, me da igual. Cualquier baile me sirve.

- Le preguntaba si es usted autodidacta –ya empezaba con tecnicismos.

- No lo sé, eso dependerá de usted –dije, para ganar tiempo.

- ¿Cómo de mí? ¿Sabe usted qué es ser autodidacta?

- Déjeme pensarlo... Si lo sé..., lo tengo en la punta de la lengua...

- Bueno, es igual. ¿Qué modalidad prefiere?

- Me da igual. La que haya –como era lógico, no iba a ser yo quien pusiera dificultades.

- ¿Clásico? ¿Contemporáneo? ¿Moderno? Le informo de que mi academia es de clásico.

- Pues eso, clásico. Muy bien –¿y a mí qué más me daba?

- Le advierto que no soy barato –me dijo para impresionarme.

- Es igual.

- Pues muy bien. Venga por aquí y nos conoceremos.

- ¿Hoy mismo?

- De acuerdo. Le espero a las doce.

- Allí estaré.

Al llegar al portal vi al portero en su tradicional esfuerzo diario, en su trabajo completo e insustituible, en su incomparable labor a la que con afán, espíritu de sacrificio y abnegación se entregan estos servidores de la concordia vecinal, de la seguridad pública del inmueble y de la encomiable vocación de servicio al prójimo. Es decir, estaba sentado en el chiscón, con los ojos entornados, se diría que dormitando si no se supiera que en realidad estaba meditando, y desparramado con tanta esbeltez como si se hubiese caído sobre la silla desde el tercer piso y hubiese quedado en aquella maltrecha posición. Me vio al entrar y creo que me reconoció, pues miró al suelo y ahogó una hormiga de un lapo. Yo no prescindí de mi conocida amabilidad y le sonreí.

- ¿Un pitillito? –le dije.

- Usted debe de tener un estanco –respondió con un cierto deje cordial.

- No, qué va: soy pensionista –le expliqué. Lo que ocurrió fue que un desgraciado accidente segó la vida de mi padre siendo yo aún muy joven y desde entonces me debo a sus negocios y ventas, que no son otros que...

- ¡Déjeme en paz! –insinuó.

- Vengo a ver al maestro Rodríguez –repliqué con cierta dignidad.

No voy a explicar cómo, pero me enteré por el portero que el maestro no tenía alumnos, que estaba en la ruina, que debía varios meses de comunidad y que su único ingreso era la clase semanal de Natalia. El resto de los días permanecía brazo sobre brazo esperando algún nuevo ejemplar al que sacarle unos euros al mes para sobrevivir. No le explicaré cómo me enteré de todo aquello (no me acuerdo si fueron cinco o diez), pero la información me resultó valiosísima para la entrevista que iba a mantener momentos después.

Yo le pedí dos horas semanales de siete a nueve, los jueves, pero insistía en que esa clase estaba ocupada. ¡Si lo sabría yo! A mí, le dije, no me importaba compartirla y, como no tenía otro horario disponible por mis múltiples ocupaciones, o esa o nada. Aceptó, claro que aceptó.

Y así, sin comerlo ni beberlo, por mero acto de amor, que son los único capaces de mover montañas, me convertí en alumno de baile, en bailarín yo, Ambrosio Orejuela y Oriola de Bustarviejo, que no había movido nunca los pies ni para que la asistente pasara la fregona bajo el sillón de mi cuarto de estar.

- ¿Quiere oler un poco a campo, abuelo?

- Si, hijo, sí.

SEGUNDA PARTE

Mi tía Josefina fue una dama muy peculiar. Permaneció soltera durante muchos años sin razón aparente pues, sin ser precisamente una mujer provocativa ni un catálogo de productos afrodisíacos, tampoco era lo que vulgarmente se llama un coco, o un pedo, en símil poco elegante. Pasados los sesenta, se casó con un individuo de Sevilla, que por haber dedicado su vida a la profesión de sacristán de la iglesia del Santo Niño de los Remedios, había reunido una suma de dinero más que considerable. El buen señor, don Matías, tenía ya cumplidos los setenta y se hallaba jubilado, viendo pasar los días con su natural parsimonia. Mi tía Josefina, hermana de madre de mi madre, hermanastra al fin –aunque compartía con ella padre, que era mi abuelo Melquíades, coronel de Artillería y de ideas progresistas para la época (se retiró con la ley Azaña para dedicarse a la formación de una asociación cultural pro-divorcista, porque no soportaba a su segunda mujer, mi abuela natural, y andaba liado con una cupletista que había sido amiga personal de Alfonso XIII)-, se marchó un verano a pasar la fresca, y allí, añorando la rebequita de los atardeceres del Sardinero, pasaba las horas muertas en la iglesia, empalmando misas con novenas, novenas con rosarios y rosarios con meditaciones. Don Matías, probablemente por idéntico motivo, dormitaba en la misma iglesia, y si no la abandonó a pesar de las amenazas que profería fue porque mi tía Josefina le prometió no despertarle más, sobresaltándole, para darle la paz en las postrimerías de las misas. Matías, que no era tampoco Rock Hudson (para ser sinceros digamos que un término medio entre Al Capone y Quasimodo), terminó por fijarse en mi tía, a la que al cabo de unas semanas se brindó a acompañar a casa, de anochecida. Mi tía no se anduvo por las ramas y, tras pedir un par de informes bancarios que resultaron especialmente reveladores tanto de la situación financiera del sacristán como del buen ojo de mi tía para el descubrimiento de ricachones, prolongó sus vacaciones hasta que el soltero de oro se decidiera, lo que ocurrió a mediados de diciembre de ese mismo año.

Mi tía Josefina no se había casado hasta entonces por motivos que resultarían difíciles de explicar. Tuvo un novio durante veintitrés años, que si bien nunca se arrancó pidiéndola en matrimonio, no fue tanto porque el buen hombre fuera marica perdido sino porque no sabía cómo explicárselo a su esposa, y menos aún a sus cuatro hijos, el menor de los cuales era ya teniente de Aviación. Mi tía, ignorante de la situación personal de su novio, con el que

jamás pasó de hacer manitas, murió hace dos años conservando la pureza de la ignorancia, es decir, preservando su castidad.

Por otra parte, tampoco necesitaba casarse para resolver su vida económica. A lo largo de su existencia amasó una buena fortuna, lo que es lógico si tenemos en cuenta que por su enorme piso en la calle Goya pagaba un alquiler de trescientas pesetas mensuales y que su dieta alimenticia consistía, exclusivamente, en pan, merluza congelada en raciones minúsculas, patatas hervidas, un vaso de leche y una caja de galletas maría, que venía a durarle el tiempo necesario para que los gusanos saliesen huyendo de la caja, de la peste.

Como sus ingresos eran notables, pues el gobierno se empeñó en mantenerle la pensión de su padre, que ascendía a bastantes miles de pesetas, todo era guardar y guardar, lo que supuso a la hora del matrimonio con el sacristán una dote tan apreciable que, tras dudarlo un tiempo, decidió no aportarla al casorio y conservarla oculta en una caja de seguridad del Banco Central.

El sacristán, don Matías, fue menos avisado y compartió con ella sus bienes, que ella supo multiplicar dosificando los gastos e invirtiendo en pagarés del tesoro, deuda pública y bonos del Estado la práctica totalidad del fruto de toda una vida de sisas en los cepillos de San Antolín, Nuestra señora de la Buena Leche y el propio Niño de los Remedios. El sacristán murió, poco después, de una neumonía triple que cogió paseando por la playa del Sardinero, a donde mi tía lo llevó a veranear el año siguiente. Don Matías se murió sin rechistar, entre toses y prolongados silencios, y si mi tía Josefina no le lloró demasiado fue porque, según ella misma explicaba, en tan poco tiempo no había tenido ocasión de tenerle ley. Para lo que sí le dio tiempo fue para incorporar ambas fortunas, la propia y la del finado, lo que le permitió renovar desahogadamente el mobiliario doméstico, momento que yo aproveché para arramblar con la mesa de trabajo en la que, como ya he dicho, tengo una fotografía de Natalia.

Aunque tampoco resultó tan sencillo llevarme la mesa, las sillas y algún que otro armatoste más. Mi tía me decía que me los llevaba o llamaba al trapero, pero si me los quedaba tenía que pagarle su valor actual en el mercado, que ella estimaba en unas sesenta mil pesetas. Fueron largas conversaciones, negociaciones arduas y difíciles, pero al final tuve que ceder. Le di un cheque sin fondos por sesenta mil pesetas y ella se quedó tan contenta. Nunca me dijo nada, lo que me convenció de que entre sus múltiples cuentas bancarias y libretas de ahorro, no se había enterado del impagado del cheque. Mientras se lo daba, me dijo:

- Es mejor así, hijo. Cuando yo me muera, heredarás más.

Y así lo creí hasta su muerte. Pasé a su lado las horas duras del viaje sin retorno y, una vez muerta y enterrada, corrí al notario a que me desvelara el

testamento y me asesorara sobre cómo debía emplear mejor el dinero que me correspondía.

Ya, ya. La vieja bruja de mi tía Josefina lo había legado todo a la cofradía del santo Niño de los Remedios, incluyendo bienes muebles, inmuebles y enseres domésticos. Al final del testamento, me citaba en un párrafo: “Y a mi sobrino Ambrosio, al que tanto quiero, le dejo sesenta mil pesetas, pero como me las debe de un cheque sin fondos que me dio, que no se le entreguen y se apliquen a la mejora del resto de mis bienes, donados a la Cofradía antedicha.”

Con todo, mi tía Josefina era una buena mujer. Elegante y distinguida, iba siempre con la cabeza muy alta, el cuerpo erguido y desparramando arrogancia, clase, estilo y modales por donde pasaba. Murió tan pura como había nacido, sencilla, decente y honesta, investida de honor, virtud y decoro. Ni su novio, ni lo que es más extraño, su marido, pasaron nunca de hacer manitas con ella. Yo creo que, al final, cuando en el lecho de muerte gritó que quería un hombre, las monjitas no la entendieron y le trajeron un sacerdote. Pero no me pareció oportuno deshacer el equívoco.

La pérdida de mi tía Josefina, y de lo que significaba, me dejó tan huérfano y desconsolado que decidí hacer un largo viaje para olvidar. No me quedaban más parientes y por aquellos días estaba bastante desabastecido de amigos, así es que cogí el primer tren y me fui nada más y nada menos que a Benidorm.

No era la primera vez que viajaba. Ya a los veintiún años había conocido Ceuta y Algeciras, esta última ciudad de paso. Fue cuando lo del servicio militar.

Unos inútiles totales me declararon inútil total. Digo lo de inútiles totales porque para aquello no necesitaban hacerme ir hasta Ceuta, que me había tocado en el sorteo como si se tratase de una muñeca o de un jamón en una tómbola. Yo no me había enterado porque tampoco sabía que había nacido con la obligación de hacer la mili y cuando una pareja de la Policía Militar se presentó en casa para llevarme a su cuartel, no me resistí en absoluto sino que tan sólo pedí que hablaran con mi abogado, a lo que me contestaron que lo harían en unos días, en cuanto le localizaran, que ya le habían llamado pero su teléfono estaba siempre comunicando. Lo decían con tal alegría, tan risueños y sonrientes que me cayeron muy bien y me fui con ellos al cuartel, desde donde me condujeron en un tren a Algeciras y, una vez allí, en barco, a Ceuta, sin perderme, eso sí, ni un momento de vista, de lo cortésmente que se portaron conmigo.

En un campamento de Ceuta pasé diez días y puedo afirmar que jamás vi tantos locos juntos haciendo cosas tan inverosímiles. Primero se estaban todos muy quietos, como si un soplo les hubiera dejado tontos, y luego, a un grito ininteligible, todos se ponían a andar a la vez, con los pasos idénticos y moviendo al mismo tiempo los brazos, piernas y cuerpos. Como en un desfile, vamos, pero allí no desfilaban para nadie, ni siquiera para que la gente les aplaudiera en la Castellana como yo había visto una vez.

Horas y horas haciendo aquellas tonterías. Primero girando a la derecha, después a la izquierda. Unas veces despacio, otras corriendo. Y en el colmo del absurdo, llevándose la escopeta a un hombro y a otro, según les dijera otro soldado con un galón rojo que no hacía más que gritar.

Como al llegar al campamento me llevaron al médico y me dijo que tendría que estudiar mi caso, allí estaba yo de un sitio para otro, aburriéndome, esperando a ver qué decidían sobre mí, pues ni me daban uniforme como a los

otros ni me dejaban participar en aquellos pasos tan idiotas que, al menos, me hubieran servido para distraerme.

Lo del médico tuvo también gracia. Cuando me vio dijo:

- ¡Desnúdese! –gritó sin venir a cuento.
- ¡Desnúdese usted! –repliqué ofendido.
- ¡Es una orden! –gritó aún más fuerte.
- ¿Pero por qué me voy a desnudar? ¡Usted es un guarro!
- ¡Sargento!

Llegó un soldado que debía de ser el sargento y hablaron en voz baja. El sargento afirmó con la cabeza, me miró, se acercó hasta mí y me dio una bofetada de tal calibre que durante unos segundos sólo vi redondeles, círculos de colores y chispas fugaces por toda la habitación. Cuando me recobré oí que me decía:

- Las órdenes del capitán médico se cumplen sin rechistar, como el resto de las órdenes que reciba usted aquí. ¿Entendido?

Con aquel argumento me convenció. No me gusta la violencia. Dije que sí y me desnudé. El médico, más tranquilo, me auscultó, me miró los dientes, los oídos, el pirulí y los pies, estos últimos con especial atención, y añadió:

- ¿Pies planos, eh?
- Como todo el mundo –repliqué.
- Como todo el mundo, no. Sólo como quienes tienen los pies planos.

Su elocuencia, unida a la mirada atenta del sargento a mi nuca, me volvió a convencer.

- Vístase, ya le he reconocido –afirmó con aplomo.

Luego me pidió mi filiación y me pidió que esperara por allí, que ya me darían las órdenes oportunas.

Pasaba las horas muertas tendido sobre una litera o paseando cerca del barracón de la Compañía, con las manos en los bolsillos, observando las mil y una imbecilidades que hacían los que serían mis compañeros, todo el rato de aquí para allá, enseñándoles a contar, pero sólo el uno y el dos, y enseñándoles después la derecha y la izquierda, todos a la vez, para que no se desmandaran. Cada rato cambiaban de ejercicio, cuando ya parecía que se lo sabían, con lo que los chavales estaban siempre desorientados y ganándose broncas y pescozones, pidiéndoles además su nombre para castigarlos. Claro que para mí hubiera querido yo ese castigo: se trataba de ir a la cocina, rodeado de comida y bebida.

Aunque pensándolo bien, ahora reconozco que debía de ser un castigo cruel. Recuerdo la comida que me dieron los días que pasé allí y, a pesar de que soy de natural benevolente, puedo afirmar sin reparos de conciencia que sólo he comido peor cuando no he comido. Los garbanzos estaban mezclados –más duros que piedras- y la carne olía como si la vaca, el burro o lo que fuera, hubiese muerto en la década de los cincuenta. La tropa se comía aquello, qué

remedio, y a lo que parece no hubo casos graves de indigestión, perforaciones intestinales ni úlceras de duodeno. Nuestra sana juventud dio otra vez pruebas de su entrega, abnegación y fortaleza de espíritu.

Pero lo que más me sorprendió es que todo había que hacerlo a la carrera. Corriendo a comer, corriendo a formar, corriendo a vestirse, desvestirse o dormir. Todo corriendo, como si no sobrara tiempo para tomarse las cosas con calma. Era agobiante; yo sudaba sólo de verlos y se me rebelaban las tripas en ventosidades interminables de pensar que yo iba a estar como ellos, de aquí para allá, alocadamente y sin sentido. Años después, un militar amigo de mi difunto padre me confesó que aquello lo hacían para que el soldado no tuviera tiempo de pensar. El soldado no piensa, obedece a ciegas, me dijo, y no me atreví a responderle porque me acordé repentinamente de aquel sargento de modales violentos y no quise exponerme, por mucha que hubiera sido la amistad del militar con mi padre.

A los diez días justos me llamaron para que me presentara otra vez ante el capitán médico.

- ¿A que estoy como una rosa?
- No exactamente –contestó fríamente.
- Eso lo dirá usted...

El sargento, otra vez el sargento, puso su mano delicadamente sobre mi hombro y me hizo un gesto inequívoco para que me callara. Me pareció lo más prudente. Quien habló fue el médico.

- Estudiado su caso, le hemos declarado inútil total. El tribunal médico así lo ha decidido.

- ¿Inútil yo? –protesté indignado.

- Comprendo su patriotismo y su deseo de servir –hablaba el médico cruzando sus manos y mirando al cielo, con voz pausada y sacerdotal-, pero la vida da en ocasiones reveses que hay que admitir como hombres. Por otra parte su defecto no es humillante. La naturaleza es caprichosa y ...

- ¿Quiere usted decir que la naturaleza me ha hecho inútil? –mi indignación crecía por momentos.

- Inútil, sí, pero necesario para la sociedad. Los inútiles que determina el tribunal médi...

- ¿Pero quiénes se han creído que son para decidir así? –me enfurecí más y más-. ¡Yo no soy ningún inútil!

- ¿Pero usted quiere hacer el servicio militar? –me preguntó el capitán.
- ¡No señor!
- Entonces, de qué se queja.
- De que me insulten.
- Nadie le ha insultado. Se le ha declarado inútil total.
- Los inútiles totales serán ellos.

El sargento levantó su adiestrada mano. Afortunadamente la detuvo porque el médico siguió:

- No, ellos no. Usted debe comprender, hijo, que los méd...

- ¡Pues yo tampoco! –dije encogiéndome por su me pegaba aquel judoca uniformado.

- Sí, señor –afirmó el doctor-: usted tiene los pies planos.

Me desconcertó. Comprendí entonces perfectamente, como si una lucecita disfrazada de la virgen de Fátima me lo hubiese revelado, que se trataba tan sólo de una inutilidad para el servicio militar, no para otras cosas, de lo cual me alegré profundamente. Así se lo manifesté al médico y también pareció alegrarse de que al fin hubiera comprendido todo y, dándome una palmadita, me deseó buena suerte, mientras el sargento me decía que podía recoger mis cosas y marcharme, que él me daría la cartilla militar.

Con la bolsa de viaje colgando de mi mano, me di la vuelta al salir del campamento y eché un último vistazo al C.I.R. Pensé en los que se quedaban, en los que darían un año y pico de su vida entre volteretas y pasos medidos como las horas y las raciones. Observé el campamento como algo lejano, ajeno, inasequible. Innecesario. No sé cómo ocurrió, pero de repente me puse contento, mi cerebro reprodujo un corte de mangas que no hice y me marché con paso decidido silbando una cancioncilla que no recuerdo.

En el puerto, esperando el barco que me iba a devolver a la península, entablé conversación con una joven musulmana. No me resultó difícil porque yo estaba sentado en un poyete y ella fue la que se acercó y me habló. No debí poder resistir el atractivo que ya entonces apuntaba mi físico. Me dijo:

- Señorito, chocolate.

Entendí inmediatamente el significado de su expresión. Estos salvajes no dominan el castellano y para ellos alguien atractivo, simpático y amistoso es alguien dulce, y como lo único dulce que conocen es el chocolate (que así tienen ellos la dentadura) el pirolo era muy acertado y se lo agradecí.

- Gracias, guapa. Tú también chocolate.

- ¿Pero querer tú o no querer tú? –me estaba comprometiendo.

- Sí querer, pero aún es muy pronto. Tú y yo tenemos que conocernos más –me descomprometí como pude. Aquella jovencuela era muy atrevida y me pedía una declaración de amor a primera vista, como si los flechazos fueran algo tan frecuente. El suyo, desde luego, debió de serlo.

- ¿Y si tú querer, por qué decir que es pronto? –insistió.

- Porque tener que conocernos, ¿no? –enseguida comprendí que debía hablarle en cheroqui, como ella, para no desairarla.

- ¿Querer ver mercancía?

- No, no; a pesar de tu túnica ya se ve que estás muy bien.

- Yo enseñar –y se metió la mano por el inexistente escote.

- No, por Dios. Aquí poder vernos todos.

- ¿Querer ir a lugar apartado?
- Yo tener que tomar barco.
- ¿No fiar de mí?

La chica, indudablemente arrebatada y por tanto disculpable, se estaba tomando nuestra relación demasiado en serio y yo no podía comprometerme. Se me ocurrió una gran idea.

- Ahora no poder. Tú darme señas y yo escribir carta a ti.
- No, no.

Y salió corriendo. Por mi cabeza se atropellaban los compases de *El primer día de primavera*, Opus 48, de Mendelssohn, y me resignaba a despertar tanta admiración y seducción. La pobre chica sufriría mucho, pero era presurosa en exceso. Entonces me prometí no dar facilidades a ninguna, porque seguro que se sucederían las proposiciones y yo no daría abasto, ni me convenía para la salud. Instintivamente, me vinieron a la cabeza aquellos versos de don Mendo, en su *Venganza*, según Muñoz Seca, que dicen:

*Estaba por darle un lapo.
Todas a mí como un trapo
y con la misma intención.
¡Ay, infeliz del varón
que nace cual yo tan guapo!*

Tomé el barco, me senté cómodamente junto a la baranda para vomitar a gusto durante todo el viaje y llegué a Algeciras sano y salvo, en donde me subí a un autobús que salía poco después y me traía a casa.

Cuando murió mi tía Josefina iba a volver a viajar, esta vez a Benidorm, paraíso del sol, la playa, la luz y la paella valenciana, con un paseo lleno de bancos para sentarme y una pensión baratísima en la que pagaba doscientas cincuenta pesetas diarias por una cama grande.

Era octubre y no apretaba el calor. Para ser exacto llovía torrencialmente. Valencia estaba en plena riada y de la estación me llevaron a la pensión de donde no salí en dos días, y de la pensión en taxi otra vez a la estación de autobuses (en el trayecto vi el paseo lleno de bancos para sentarse), que por fortuna me llevó a casa sin ahogarme ni nada. ¡Cómo estaba aquello! ¡Las calles inundadas, las carreteras llenas de fango, la huerta encharcada y el cielo negro como si se estuviera incendiando toda la Comunidad Autónoma! Y la playa... ¡cómo estaba! Llena de gente, de sombrillas, de niños, de flotadores y pelotas... Lo vi en una postal que estaba clavada en la pared del comedor de la pensión, justo al lado de un cuadro que representaba una puesta de sol en un mar embravecido y verde, de colores chillones que se mataban con el papel pintado de la pared, abigarrado y dañino para la vista como sólo saben ponerlos en Valencia.

A Palma de Mallorca también he ido. Pero no me acuerdo de nada porque no lo vi. Fue en el viaje de novios de papá y mamá, al que mamá ya fue

**embarazada de cuatro meses. Embarazada de mí, claro. Pero yo no me acuerdo.
Ni del viaje ni de Palma. Pero me lo han contado.**

Llamé al timbre con familiaridad, dos o tres veces seguidas. Apenas me dio tiempo a recobrar la posición vertical cuando la puerta se abrió.

- Pase, pase.

El maestro Rodríguez era un hombre bajito, extremadamente delgado, con la cara afilada como una figura del pintor aquel griego que vivía en Toledo, y las manos huesudas y llenas de tendones y músculos, unas manos eléctricas, de movimientos rápidos y nerviosos. Vestía una especie de malla negra, como de terciopelo, aunque sería gomaespuma, y por su silueta se veía que aquel hombre comía poco y mal. De ojos vivos e inquietos, como sus manos, me miró un instante con cierta expresión de sorpresa.

- ¿Usted es...?

- Sí, maestro: Ambrosio Orejuela, su nuevo alumno.

- ¿Pero usted...?

No le dejé terminar la frase. Pasé decidido, dejándole sujetando la puerta, y me introduje en un salón grande, de curiosa decoración. El suelo era todo de parquet, bastante encerado, según comprobé poco después. La pared de enfrente y la lateral eran un enorme espejo y, al fondo, bajo la ventana, había un piano de pared y sobre él un magnetofón grande. Contemplé mi figura en el enorme espejo y me di cuenta de mi buena presencia y buen porte. Eso me terminó de tranquilizar.

- Es el estudio –oí una voz que venía por detrás. No tuve que volverme: por el espejo comprobé que era el maestro.

- Muy amplio –reliqué-. Y muy limpio, sí señor.

- Señor Orejuela... ¿De verdad quiere usted aprender a...?

- Sí, maestro. Me vuelvo loco por aprender a bailar. Desde pequeño.

- Está bien, está bien -caminó unos pasos por el salón, con una majestuosidad realmente envidiable, y añadió-: Pero le advierto que esto es muy duro.

- Ya lo sé –dije como si dominara el secreto de la danza.

- Entonces debo entender que ya...

- No, no. Es mi primera clase.

- ¿Le importa que le haga una prueba? Sólo para hacerme una idea, ya comprende...

- Encantado.

- ¿Tiene usted ropa adecuada?
- No, pero no importa. La compraré.
- Bien: descálcese y póngase de puntillas.

Lo hice.

- Levante los brazos.

Los levanté.

- Intente dar la vuelta sobre sí mismo sin mover los pies.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba tendido en el suelo, cuan largo era, tras un estruendo que me hizo daño en los oídos. Luego también me di cuenta de que me había hecho daño en la cadera.

- No es fácil, ¿verdad?
- ¿El qué?
- Esto de bailar.
- ¡Pero si me he tirado! ¿No lo ha visto?

El maestro Rodríguez se creyó lo que le dije. Caminó majestuosamente hacia el piano y se sentó apoyando la cabeza sobre el teclado. Tras unos segundos de silencio levantó la cabeza, me miró con los párpados entornados y me volvió a preguntar.

- ¿De verdad quiere que le dé clase?
- Sí, sin duda.
- Son diez mil al mes y diez mil de matrícula, al empezar. Los meses por adelantado. Su clase los martes de seis a ocho.

- No puedo.
- ¿El qué?
- Los martes. Sólo puedo los jueves de siete a nueve.
- Pero esa hora está ocupada.
- ¡No puedo creerle!
- ¿Por qué?
- ¡Si es una hora que no le interesa a nadie!
- Pues ya ve, yo tengo una alumna.

- Bueno, qué le vamos a hacer –fingí como pude-. La compartiremos con esa alumna.

- Pero eso es...
- Nada, nada. A esa hora o a ninguna. Mis días están muy ocupados, maestro.

- Está bien. Hablaré con ella a ver si quiere cambiarla.
- ¡De ninguna manera! –aquel saltimbanqui estaba loco-. Si hace eso yo tampoco vendré. No quiero perjudicar a nadie. Y además –pensé rápido- quiero compartirla. Así aprenderé más, fijándome.

- No sé si...
- Nada, está decidido. El jueves vengo a las siete.
- Como quiera.

Di media vuelta y me decidí a salir. El maestro me interrumpió.

- Señor Orejuela: ya sabe que son veinte mil.

- No se preocupe. El jueves le traeré un cheque.

Salía a la calle con el corazón henchido por la emoción. ¡Dos horas junto a Natalia! Y lo que era más importante: observándola, contemplándola, deleitándome con su grácil movimiento, sin duda divino, y, como compañero, pareja de baile, tomándola por la cintura, rozándola como sin darme cuenta, con la mano tonta... Llegaría a acariciarla y a que me acariciara a mí.

Tuve ciertas dificultades para conseguir prendas adecuadas para mi nueva ocupación. En dos tiendas especializadas en vestuario de danza me probé las tallas más grandes de maillot, pero unas las reventaba y las otras ni siquiera me entraban, sin mencionar los colores que me ofrecían. Todavía el fucsia podía pasar, pero el malva y el rufo (rojo bermellón) me parecían poco discretos. En una tercera tienda, una señorita de lo más amable me aconsejó a las ocho menos cinco de la tarde (había entrado en el establecimiento a las cinco y veinte, según me recalca con insistencia y un poco alterada) que me comprara un chándal gris y unas zapatillas a juego, que me hacía un descuento del cincuenta por ciento y que, si quería, me lo llevara y ya se lo pagaría otro día. No quise entretenerla y me lo llevé, quedando en volver a pagárselo al día siguiente, en cuanto me sintiera cómodo en él. Por cierto, que ahora recuerdo que tengo que ir a abonarlo, o mejor a devolverlo, porque ya no lo necesito y supongo que no les importará que esté un poco usado.

Además me compré una cinta blanca para ponerme en la cabeza, sobre la frente. La diadema me quedaba preciosa y, aunque no sé para qué sirve, me miré al espejo y parecía un tenista famoso. Con aquella apariencia tenía que impresionar a Natalia. Iba a desmayarse de la impresión.

Aunque el que se puso pálido y me pidió que le acercara un vaso de agua, por favor, fue el maestro, cuando el jueves a las siete menos cuarto abrió la puerta y me vio de tal guisa. Le dije: “¿Qué tal?”, y se aferró al marco de la puerta y no había quien le hiciera soltarse si no le traía el vaso de agua. Después se repuso un poco y se sentó en una silla. Me dijo:

- Hoy va a tener usted suerte. Mi alumna ha llamado para decirme que no puede venir porque se encuentra algo enferma. Toda la clase será para usted.

Estuve a punto de marcharme, pero no me atreví. Así es que salté, corrí sin moverme del sitio, hice flexiones, me destrocé las rodillas, las ingles, los pies y los riñones. A las siete y media, veinte minutos después de iniciar los ejercicios, pedí clemencia al maestro y me tumbé en el suelo para recobrar el aliento perdido y recibir una serie de explicaciones de las que no entendí nada y a las que el maestro calificó de clase teórica. De casi una hora y media sólo comprendí que con el baile tenía que ver un señor que se llamaba Bolcho y no sé qué más, que el primer movimiento de *Also sprach Zarathustra*, opus 30, no

se ha bailado nunca (yo se lo pregunté) y que no sería fácil que me integrara en el Ballet Nacional de España, al menos en esta temporada.

El viernes, el sábado y el domingo los pasé en la cama con dolores por todo el cuerpo. Y el lunes me levanté un ratito, rebosando agua con azúcar hasta por el cuero cabelludo.

Cuando volví de Benidorm, presencié en la estación de autobuses un incidente que me perturbó mi natural tranquilidad durante algunos días: una niña rubieja y pecosilla jugueteaba con su muñeca. Lo que me llamó la atención fue la muñeca. Era como una vedette, o una cupletista, o un pendón desorejado. Esbelta y muy delgada, vestida como para hacer esquina o para asistir a una fiesta de fin de año, la muñeca en cuestión tenía una larga y abultada melena rubia y unas tetas no menos abultadas, altas y tan firmes que llevaron el desasosiego a mi espíritu.

Me prendé de aquellas muñeca pero con un sentido racional de nuestra relaciones. No pretendía ningún romance, aunque fuese necesariamente unilateral, ni tan siquiera una historia secreta de amor. No la amaba ni la quería amar: sólo quería verle las tetas. En mí no despertó amor, ni pasión: lo que despertó fue curiosidad porque había despertado sorpresa. Una curiosidad enorme, irrefrenable, inevitable. Necesitaba ver las tetas de plástico de una muñeca, casi humana, viciosa y provocativa, que se llamaba Barbie.

Supe su nombre al reconocerla en el escaparate de una juguetería. La estuve observando durante mucho tiempo y no sabía si entrar a comprarla o no. Pero al ver el precio se acabó mi indecisión. No podía permitirme una fortuna semejante con aquella maqueta de meretriz.

Durante unos días, en los que tuve pesadillas con ella y me sentí agitado, nervioso y ansioso (tres kilos y medio de más me costó aquella semana de angustia) recorrí parques y puertas de colegio a la espera de poder contemplar a alguna niña jugar con los vestidos de la Barbie y aprovechar furtivamente el momento adecuado para ver las tetas que con tanta obstinación se me negaban. Vi a algunas niñas jugar con la muñeca, pero no hubo modo de que aquellos diablillos enanos desnudaran a sus miniestrellas de Hollywood. Incluso una de ellas tenía un muñeco de proporciones similares que hacía de pareja con la maniquí.

Entonces se me ocurrió robarle a alguna criatura descuidada su pepona sin mofletes. O mejor secuestrarla, para devolverla después y, por supuesto, sin pedir rescate. Estuve rondando a una niña más de media hora, escudriñando como un delincuente el momento de un descuido para poner mi plan en marcha: se la arrebataría, saldría corriendo, la desnudaría detrás de algún árbol y, una vez satisfecha mi curiosidad, la dejaría abandonada cerca de donde la madre, la

niñera o la criada deshojara la margarita de sus pensamientos despilfarrando las horas de estancia en el parque.

Pero aquella braguillas no dejaba su muñeca ni un momento. Estuve a punto de perder la cabeza y arrancársela de las manos por la fuerza, pero la presencia de un agente municipal, más que retraerme, me disuadió.

Volví a casa destrozado, con los nervios a flor de piel y dispuesto a resolver el trauma antes de que se convirtiera en psicosis. Para calmarme freí tres cajas de empanadillas congeladas y las comí, pausadamente, entre pan, haciéndome bocadillos con ellas y empujándolas con gaseosa. Así logré devolver el sosiego a mi sistema nervioso hasta el momento de dormirme, en que soñé con la Barbie y me vi con ella como King Kong con Fay Wray, arrancándole con una uña el escote para contemplar sus pechos.

Me desperté sobresaltado una y otra vez, y una vez tras otra se me repetía el sueño en el que yo era un King Kong enamorado y defensor de mi dama, curioso por su anatomía y desgarrándola continuamente el vestido. Por la mañana sabía que tenía que satisfacer mi curiosidad o acabaría cometiendo una locura. En el desayuno se me ocurrió una idea genial: iría a la juguetería, pediría que me enseñaran el modelo con sus diferentes vestidos y se los cambiaría yo mismo, culminando mi ansia.

- Buenos días.

- Buenos días.

- Señorita: querría que me enseñara esa muñeca del escaparate. Es para una sobrina, ¿sabe usted?

- Sí señor. ¿Con qué modelo le gusta?

- Pues... no sé. Si pudiera verla con todos...

Me trajo la caja con la muñeca y una serie de cajitas complementarias que cada una contenía un modelo distinto: vestidos para fiesta, para esquiar, para hacer deporte, para bailar, para dormir...

- ¿Puedo sacarla de la caja?

- Sí señor, yo la saco.

Y puso una Barbie en mis manos. Fue un momento sublime: la tomé con mimo, la acaricié el pelo, recorrí con las yemas de mis dedos su cintura, sus caderas, sus pechos...

- Es muy bonita, ¿verdad? –me dijo la señorita.

- Sí –balbucí-: es casi... de verdad.

La dependienta me miró un momento a los ojos y yo sentí que me ponía colorado. Bajé la mirada otra vez a la muñeca y volví a acariciarle la cara.

- ¿Se la lleva?

- No sé. Tal vez... con otro vestido.

La miré fugazmente a los ojos y comprobé que la empleada lo encontró muy natural.

- ¿Cuál prefiere? Quizás este de esquiar.

- Sí –concluí precipitadamente.

- Pues mire –la dependienta se volvió y sacó de la estantería otra Barbie que estaba ya vestida con ese modelo.

Para disimular la miré con desdén y dije:

- No me gusta. ¿Qué más tiene?

Miré las estanterías y allí estaban las muñecas, una junto a otra, con diferentes atuendos. Aquello se estaba poniendo cada vez más difícil y me costaba encontrar el modo de satisfacer mi pretensión.

- ¿Hay algún un modelo más? –pregunté por preguntar.

- Hay una modalidad distinta, la Barbie con pijama, pero lo vendemos aparte. Nadie compraría una muñeca como esta con el pijama ya puesto.

- Pues esa es la que me gusta. –Y añadí: Es que mi sobrina la quiere para dormir, y ya sabe...

- Tendría que comprar el pijama por separado. Pero sólo vale... mil cuatrocientas pesetas.

- Y... ¿no podría ver el efecto?

- Si quiere...

Entonces llegó el momento de la verdad. La señorita empezó a despojar a la muñeca de su vestido de fiesta y, una vez desnuda, la dejó sobre el mostrador bamboleándose mientras abría el estuche que guardaba el pijama que habría de ponerle. Mis ojos se quedaron pegados a dos protuberancias triangulares, puntiagudas y asexuadas, como pirámides egipcias ligeramente redondeadas, que se disparaban hacia delante como dos picachos áridos y sórdidos, falsos, inofensivos como truenos.

-¿Y usted cree que estas son tetas para una muñeca? -me encaré con la dependienta-. Vamos, hombre: ¡esto es una estafa!

Y me di media vuelta mientras la empleada, con el pijama aún colgando de sus dedos, como pinzas sosteniéndolo para que se secase al sol, me siguió atónita con la mirada hasta más allá de la puerta de la juguetería.

Entré en un bar cercano, liberado de mi carga, ligero como una pluma, y me desayuné un tazón de chocolate a la española con una docena de porras.

No sólo adquirí la indumentaria para mis clases de baile con Natalia sino que, en un alarde de presunción de esos que a veces se me pasan por la mente y los bolsillos, fui a ver al sastre de mi padre y me hice un traje a medida.

Siempre acudo a él cuando necesito un traje, desde que volví de la mili, y puede que aún antes. Por fortuna no lo preciso muy a menudo, cada cuatro o cinco años, pero aunque hacía menos de dos años que me había hecho el último (un azul marino con rayas blancas, cruzado, que me da un aspecto imponente), me fui corriendo a ver tejidos y a consultar nuevos precios.

Elegí un corte marrón oscuro que hace juego con mi camisa amarilla y mi pañuelo con motivos hípicas de color rojo. Con los calcetines blancos y los zapatos de rejilla me encuentro alucinante. El precio no fue barato, claro está, pero lo pagué inmediatamente por dos razones: porque el traje se lo merecía y porque el sastre de mi padre está inexplicablemente escamado conmigo y no empieza a cortar la tela y coser si no lo pago por adelantado. Así fue como me encontré en menos de dos semanas con un impecable modelo a mi medida, ceñido a los michelines de la espalda, que me los disimula muy bien, y cruzado sobre la tripa, que con la faja apenas si se me nota. Tan guapo estaba que no dudé en ponerme en el ojal un clavel blanco, hermoso, que me daba un toque fino y señorial definitivo.

Así me presenté a clase el jueves siguiente y el maestro -que no se encuentra nada bien de salud- volvió a quedarse agarrado al quicio de la puerta y volvió también a pedirme un vaso de agua. El pobre hombre debe de tener problemas. Yo, apenas le acerqué el vaso, me fui rápidamente al salón de baile por si había llegado ya Natalia. Pero no era así.

Tampoco era de extrañar porque aún faltaba un cuarto de hora para las siete. El maestro me invitó a que fuera cambiándome y, aunque me dolía que mi amor no me viera de aquella guisa, pensé que al finalizar la clase tendría ocasión de sorprenderla. Me cambié de prisa y a las siete menos cinco ya estaba en el salón moviéndome, simulando ejercicios de calentamiento, dando saltos y carreritas para entretener los nervios que me estaban devorando. De un momento a otro sonaría el timbre de la puerta y aparecería en el salón el rayo de sol que necesitaba como un congelado en el Ártico.

Pasaban dos minutos de la hora cuando las campanas sonaron llamando a gloria.

Nunca podré olvidar el día que murió papá. Del que murió mamá tampoco, porque fue el día de mi nacimiento, aunque de lo que no me acuerdo es cómo ocurrió. Por lo visto un mal parto, demasiado largo y, sobre todo, difícil. Papá me lo contó. Decía que yo nací muy despacio, que la cabeza se me quedó encajada y no había manera de sacarme. Un médico, dos ayudantes, el anestesista y la comadrona no consiguieron arrancarme del útero materno hasta pasadas dos horas desde que saqué el primer brazo. Mi madre se quedó en el intento. Expiró con el último apretón y, por lo que me han contado, yo no lloré. Decía mi padre que parecía que me reía cuando me dieron unos cachetes en el culo, suspendido por una pierna de la mano del médico. Mamá se murió sin conocerme, y eso me apena mucho. Se hubiera sentido muy orgullosa de mí.

Pero papá se murió de un atracón de ostras. O algo así. La verdad es que en su caso yo tuve también bastante que ver, pero de esto ni una palabra al señor juez, ni a la policía, que bastante lata me dieron antes de decretar mi libertad sin cargos.

La verdad: yo estaba harto de mi padre. Se empeñaba en hacerme la vida imposible, obligándome a estudiar, a trabajar, a lo que fuese, pero algo útil para la sociedad, como él decía, como si no estuviera ya él para eso y no tuviera dinero suficiente para que yo me dedicara a lo que realmente me gustaba, que era, ni más ni menos, que a no hacer nada. Pero nada de nada: nada. Levantarme tarde, desayunar, dar un paseo, tomar el aperitivo, comer, dormir la siesta, sentarme en un café o ir al cine, cenar y dormir. Y de vez en cuando una chica (cuando era más joven) o un rato de charla con un tendero o un vecino: eso era lo que me gustaba. Pero mi padre se empeñaba en que tenía que hacer algo útil, sin cumplir apenas los treinta y ocho años, como si ser un hombre de provecho fuera el deber de los jóvenes.

Le aguanté así varios años, a discusión diaria, hasta que, un buen día, decidí acabar con aquella situación antes de que mi padre acabara conmigo. Porque al final, en venganza, me escatimaba hasta la paga de los sábados. La situación llegó a ser insostenible. Así es que puse un plan en marcha y los resultados no pudieron ser mejores.

- Papá -le dije-: he decidido hacerte caso. Voy a estudiar.

- ¿Otro año más de Económicas? -me replicó incrédulo-. ¡Será el sexto!

- Pues eso. Y para celebrarlo, dentro de unos días te voy a invitar a comer.

- Qué bien.

Así quedó la cosa. Tenía, pues, unos días por delante para deshacerme de él, envenenándole. Aquella comida sería la última.

Y lo conseguí. Recordaba de un documental que había visto hacía mucho tiempo en la televisión que las ostras constituyen el veneno más potente que existe, sobre todo si se saben preparar, y, siguiendo las instrucciones, enterré media docena en el parque. Diez días después, con todas las precauciones necesarias, volví a desenterrarlas y las abrí, secas y pestilentes como no se puede imaginar. Aun así las trituré en un mortero y, el mínimo jugo que pude extraer (veneno puro y mortal de necesidad) lo esparcí por encima de una docena de ostras fresquísimas. Si mi padre tomaba alguna, aunque sólo fuera un par de ellas, caería sin remisión.

Le invité a comer ostras y le encantó mi predisposición y el cumplimiento de mi promesa. Para mí, que no me gustan las ostras, preparé una langosta con mayonesa, de la que di cuenta mientras mi padre alababa el sabor “fuerte y marino” de las deliciosas ostras, y me preguntaba la receta para volver a prepararlas con tanto sabor.

Se comió la docena con media botella de vino blanco, muy frío, que el muy roñoso escondía para las grandes ocasiones. Al terminar, volvió a celebrar que por fin me hubiese decidido a estudiar en serio y eructó alegre y confiado, como sellando la emoción con una traca.

Yo no sabía cuánto tiempo tardarían en sobrevenir los primeros efectos pero, por si acaso era mucho y me ponía nervioso, le pedí que me llevara a dar un paseo.

- ¿A dónde quieres ir? –me preguntó-. ¡Y además a estas horas!

- Al campo, papi, al campo. En tu coche nuevo.

- Bueno, si insistes. Hoy te lo has merecido.

Yo me acurruqué en el asiento trasero, como siempre, y dejé que mi padre me llevase adonde quisiera. No fue muy lejos, desde luego, porque media hora más tarde acercó el coche al borde de la carretera y se paró.

- ¿Qué te ocurre, papi?

- No lo sé, hijo. Estoy muy mareado.

- Bueno, pues duerme un poco. Yo voy a hacer pis.

Mientras orinaba, me di cuenta de tres cosas. Una: que mi padre se había dormido o muerto, aunque esto último era poco factible porque de vez en cuando tosía, y tengo entendido que los muertos no tosen. Dos: que no pasaba absolutamente nadie por allí, ni coches ni personas; ni viviendas cercanas. Estas últimas no pasaban, claro, pero tampoco las había quietas, por allí. Y tres: justo al borde de la carretera había un precipicio de cinco metros más o menos, lo que calculé a ojo de buen cubero.

Total, que no tenía más que girar un poquitín el volante y empujar el coche medio metro. Cuando volví a pensarlo, el coche ya se estaba despeñando con mi padre dentro. ¿Lo había empujado yo? Ahora no me acuerdo. Y eso que el juez me lo preguntó mil veces.

- ¿Y no es más cierto que usted empujó el vehículo al precipicio?

- No señor.

Pero lo de la policía fue todavía más persistente y cansino.

- Señor Orejuela –comenzó el comisario-, usted sabe que todo crimen necesita un móvil.

- ¿Pero es que ha habido un crimen? –preguntaba yo inocentemente.

- Su padre ha sido asesinado –afirmaba él muy serio.

- A mí me parece un accidente –repliqué.

- ¿Un accidente? ¿Un accidente? Vamos, señor Orejuela. La autopsia insiste en que su padre murió despeñado, al golpearse la cabeza con el cristal y salir despedido por el parabrisas. Pero yo creo que ya estaba muerto cuando usted empujó el coche al terraplén.

- ¿Qué yo, qué? –me hice el indignado.

- Hay huellas de sus manos en la parte trasera del vehículo, en posición de empujar.

- Pero si lo empujé con el culo, de espald... -me pareció que había metido la pata.

- ¡Eso es! De espaldas. ¿Y qué más, señor Orejuela?

- ¿Qué más, qué? -volví a preguntar ingenuamente.

- Que por qué asesinó usted a su padre.

- Pero si no ha habido ningún crimen.

- ¿La muerte de su padre no le parece un crimen?

- No. Me parece una faena, pero un crimen... no.

- Pero si usted mismo acaba de confesar que...

- No señor. Yo le he dicho que empujé el coche con el culo, esa tarde, a la puerta de casa. No arrancaba y tuve que empujarlo -el ingenio no me abandonaba, desde mi más temprana edad.

- Está bien. Empecemos otra vez.

El comisario era un hombre paciente y experimentado. No cabía duda.

- Nombre.

- Ambrosio Orejuela y Oriola de Bustarviejo.

- Edad.

- Treinta y siete años.

- Domic...

- Ya se lo he dicho. No sea usted pesado.

- Bien, bien. -El comisario encendió otro cigarrillo-. Cuénteme qué pasó ayer por la tarde.

- Que papi se murió.

- Antes.
- Que comimos ostras.
- ¡Ajá! -los ojos del comisario se iluminaron-. ¿Y por qué comieron ostras?
- Porque mi papá es un hombre con posibles. ¿Es que no podemos?
- El informe de la autopsia señala también que su padre comió ayer unas ostras que le sentaron mal. Hay rastros de una materia orgánica venenosa en su sangre.
- Pues las compró él. A mí, como no me gustan...
- ¿Y si yo le dijera que las ostras las compró usted en malas condiciones y se las dio para comer?
- Pues dígalo. Usted es muy dueño.
- ¿No es más cierto que aprovechando el malestar de su padre usted le llevó a pasear, por la carretera, y allí le despeñó?
- ¡Pero si yo no sé conducir!
- Está bien -volvió el comisario al inicio, esta vez pasándose la mano por la cabeza-. Empecemos otra vez. Nombre.
- Azucena López.
- No estoy para bromas.
- Es a ver si se lo aprende de una vez. Ya se lo he repetido mil veces.
- Está bien. ¿Por qué no estaba usted dentro del coche?
- Porque había bajado a hacer pis.
- Y su padre le esperó en el coche.
- Al principio sí. Luego se cayó y ya no me esperó.
- ¿Se cayó?
- Sí, al precipicio.
- ¿Y sin poner el coche en marcha?
- ¿No lo puso?
- Usted sabe muy bien que no. El motor del coche estaba sin conectar. y las huellas de los neumáticos señalan...
- ¿Qué es eso?
- ¿El qué?
- Las huellas de lo que usted ha dicho.
- Neumáticos.
- Eso es.
- Eso es ¿qué?
- Que qué es eso.
- ¿Los neumáticos?
- Sí, eso.
- ¿Está usted de broma?
- No señor. Yo estoy de luto. No me permitiría...
- ¡Basta, señor Orejuela! ¿Va usted a confesar o no?

- ¿El qué?

- Que usted asesinó a su padre.

- ¿Y por qué iba a asesinarlo?

- Porque todo crimen necesita un móvil. Y usted es el único que se beneficia con su muerte.

- ¿Que yo me beneficio?

- Claro. ¡Menuda herencia le queda!

- ¿Ah, sí? ¡Qué bien!

- Señor Orejuela. Le recuerdo que se trata de la muerte de su padre.

- Dirá usted asesinato.

- ¡Lo ve! ¡Usted lo ha dicho! O sea que...

- ¿He dicho qué?

- Asesinato.

- Eso lo ha dicho usted antes.

- Y usted después.

- Por no contrariarle.

- Está bien. Empecemos otra vez. Nom...

- No señor. Ya no se lo digo.

- Pues como no se presta a colaborar, queda usted detenido como sospechoso número uno de la muerte de su padre. Le leeré sus derechos.

- ¿Para qué?

- Para que los conozca. Además es mi obligación.

Y me los leyó. Yo no quise llamar a ningún abogado y, antes de que me pusieran las esposas, le dije:

- De acuerdo. Estoy dispuesto a decir toda la verdad. Pregúnteme.

El rostro del comisario resplandeció de felicidad. Volvió a sentarse junto a mí y comenzó de nuevo.

- Nombre.

- Ya lo sabe.

- ¿Qué pasó ayer por la tarde?

- Pues..., si así lo quiere..., le diré toda la verdad.

Me puse muy serio, tomé aliento, e inicié mi relato:

- Serían las tres de la tarde. Habíamos recibido en casa un paquete con una tarjeta del consejero delegado de la inmobiliaria de papá y al abrirlo vimos que se trataba de una docena de ostras, en su recipiente, rodeadas de hielo picado. Papá se puso muy contento, porque creía que el consejero delegado le tenía manía, y se comió la docena entera alabando lo buenas que estaban. Después, a eso de las tres y media, me dijo que iríamos al chalet del consejero delegado a darle las gracias, y de paso tomaríamos el fresco. Así lo hicimos y a mitad del camino papá me dijo que estaba un poco mareado, por lo que paró el coche junto al arcén y se dispuso a descansar un poco. Yo aproveché para hacer pis y, mientras lo hacía observé un coche que venía a toda velocidad.

Apenas si rozó un poco al coche de papá, y papá, con su coche, se despeñó. El otro coche, uno muy grande, blanco, que iba conducido por el consejero delegado, se dio a la fuga sin parar ni un instante. Pude verlo todo a la perfección, pero del susto me quedé paralizado. Cuando reaccioné, vi la cabina telefónica y avisé a la guardia civil. Y eso es todo. El resto ya lo sabe usted.

- Hijo mío –me dijo el comisario poniendo su mano en mi hombro-, ¿y por qué no me ha dicho todo esto desde el principio?

- Porque es mentira.

- ¿Que es... qué?

- Mentira. Todo mentira. Pero como le hacía tanta ilusión oír la historia de un crimen, la he inventado. Sólo para usted.

- ¡Queda usted detenido! –bramó el policía fuera de sí.

- ¿Detenido yo? ¿Y por qué?

- ¡Por el asesinato de su padre!

- ¡Pero si fue el consejero delegado...!

El comisario espachurró su cigarro contra su cara y blasfemó. Trituró la colilla en su mano, y vociferó.

-¡Sargento! ¡Llévense a este demente o lo mato! ¡Llévenselo!

Pasé toda la noche en las celdas del sótano. A decir verdad no se estaba mal: la cena había sido discreta pero abundante y el colchón, algo duro, se dejaba tratar. Dormí de un tirón y por la mañana, después de darme un madrugón, me trajeron leche caliente y pan. A las nueve estaba de nuevo ante la mesa del comisario, que se encontraba algo desmejorado y un poco nervioso.

- Espero que haya tenido tiempo de reflexionar –me dijo-. ¿Me va a contar lo que sucedió anteayer por la tarde?

- Sí, comisario. Tiene usted razón y me parece una crueldad hacerle trabajar tanto en un caso tan insignificante como el mío. Además me he dado cuenta de que usted es un policía astuto y perspicaz. Enseguida comprendió que se trataba de un asesinato y no ha cejado en su profesionalidad hasta conseguir la verdad -noté que el rostro del comisario se distendía, las facciones se le dilataban, los ojos se liberaban de su crispación y todo él se reclinaba relajado en el sillón. Aquel hombre encontraba el camino de sus esperanzas más allanado-. A un buen policía se le conoce enseguida. Cuando usted tiene una convicción, no hay quien le apee de ella, ¿verdad?

El policía sonrió de manera casi inapreciable.

- Pues bien, le voy a contar todo lo que ocurrió la otra tarde.

Y entonces le relaté los hechos tal y como sucedieron. Sólo que esta vez no sirvió de nada.

- ¡Otra vez tomándome el pelo! ¿Es que usted se cree que soy idiota? Ostras envenenadas, ostras envenenadas... ¡Sargento!

Y me volvieron a encerrar. Tres horas más tarde el juez me tomaba confesión en el juzgado de instrucción. Los cargos eran asesinato con

premeditación y mofarse de la autoridad policial. El juez no quiso saber nada de este segundo cargo y me exculpó inmediatamente. Pero la muerte de mi padre se la tomó más en serio.

- ¿Acepta el acusado que asesinó a su padre?
- No señor, de ninguna manera.
- ¿Acepta el acusado que dio de comer a su padre ostras en mal estado?
- No señor. Estaban riquísimas.
- ¿Acepta el acusado que se llevaba mal con su padre?
- No señor. Yo a papi le quería mucho.
- ¿Acepta el acusado que empujó su coche al terraplén, con el cuerpo de su padre en el interior del mismo?
- Yo no empujé el coche.
- ¿Declara el acusado que alguien más, un tercero, empujó el coche?
- No señor. Nadie empujó el coche.
- ¿Reconoce el acusado que el coche se deslizó sólo hasta caer por la pendiente?
- Sí señor.
- ¿Tiene el acusado algo más que declarar?
- Sí señor.
- ¿El qué?
- Que el consejero delegado de la inmobiliaria de mi padre no existe.
- ¿Qué no existe quién?
- Nada, que no existe nada. Que mi padre no tiene una inmobiliaria y que, por tanto, sería absurdo que tuviera un consejero delegado para una inmobiliaria si esa inmobiliaria no existe.
- ¿Puede explicar el acusado a qué viene esta historia que esta sala se atreve a calificar de estupidez?
- La culpa es del comisario.
- ¿Insinúa el acusado que el comisario tiene algo que ver con la muerte de su padre?
- En cierta medida, sí.
- ¿Se da cuenta el acusado de que lo que acaba de decir representa una acusación muy grave?
- ¿Grave? ¿Por qué?
- Porque el acusado ha afirmado un nexo causal entre la muerte de su padre y el comisario instructor de las diligencias policiales.
- Es que el nexo existe.
- En qué sentido.
- En que el comisario se ha empeñado en que yo asesiné a mi padre.
- ¿Y lo hizo el comisario?
- ¿Lo hizo él?
- Esta sala lo ignora.

- Entonces por qué le acusa.
- Esta sala no está acusando al señor comisario.
- Ni yo tampoco.
- Perdona que insista: ¿no ha dicho el acusado que existe una relación entre la muerte de su padre y el comisario?
- Y la hay.
- ¿Cuál?
- Que el comisario me acusó de asesinar a mi padre.
- ¡Pero eso no es una relación!
- ¿Si no hubiera muerto mi padre, el comisario me acusaría?
- Es claro que no.
- Pues entonces hay relación.
- Pero a esa relación no se refiere esta sala.
- ¿A cuál, si no?
- Aquí las preguntas las hace la sala. Y hablando de preguntas: ¿qué era eso del consejero delegado?
- Cosas del comisario.
- Está bien. Ya lo aclararemos. Por ahora queda usted en libertad sin fianza. Pero si le llamamos, deberá acudir a esta sala o será traído por la fuerza pública. Buenos días.
- Buenos días.

Volví a casa y encargué que arreglaran los papeles de mi padre. Desde entonces puedo vivir de sus rentas con cierta comodidad. Hasta donde he sabido, las diligencias se archivaron y no me han vuelto a acusar de la muerte de papá: tan sólo el comisario, que fue expulsado del cuerpo meses después por trastornos psíquicos graves, paseaba de vez en cuando mi acera y miraba mis ventanas con odio. Eso ocurrió hasta hace cinco años, cuando murió atropellado por un autobús urbano, por cruzar la calle mirando mis balcones y no fijarse que venía el autobús. Una desgracia.

Sonó el timbre y con irritante parsimonia el maestro fue a abrir la puerta. Instintivamente me volví la cara al espejo, de espaldas a por donde entraría Natalia, y me puse a hacer ejercicios, mejor tendría que decir aspavientos, con brazos y piernas, para disimular mi congoja, concentrada de manera visible en los mofletes en forma de embotamiento rojo, y en mi corazón, latiendo sin orden ni control, saltándose los latidos unos a otros como en los últimos metros de una carrera de potros desbocados. Oí su voz celestial.

- Buenas tardes, profesor.

Y un eco rudo y grave, como un eructo.

- Buenas tardes, Víctor.

El maestro contestó... a ambos.

- Hola. Cómo estás, coronel.

Por el espejo les vi entrar a los tres. Natalia estaba hermosísima, como siempre, pero apenas si me pude fijar en ella. Mis ojos se detuvieron en un hombre escaso de estatura y rechoncho como un globo. Un tapón sería una comparación adecuada. Fue Víctor el que habló en cuanto me di la vuelta.

- Coronel, le presento a don Ambrosio Orejuela. El coronel Martínez y su hija, su nueva compañera... de usted.

- Encantado –dije educadamente avanzando con la mano extendida. El coronel me la sostuvo unos instantes en la suya, apretando con fuerza, mientras me miraba fijamente a los ojos. Cuando soltó, Natalia había desaparecido por el pasillo, hacia la habitación en donde se cambiaba de ropa. El coronel tenía la cara atocinada, mofletuda y rolliza, como el resto de su anatomía achaparrada, y en ella destacaban dos minúsculos ojos claros, vivarachos y lagrimosos, y un bigote a medio camino entre la nariz y el labio, fino, con los pelos en fila india.

- El coronel quería conocerle –se apresuró el maestro a romper el silencio-. Le dije que usted compartiría la clase con su hija y me pidió que se lo presentara.

- Ha hecho usted muy bien -apreté con fuerza la mano del coronel que aún mantenía entrelazada-. Hoy en día uno no debe fiarse de nadie. Tal y como están las cosas el día menos pensad...

- Y usted, ¿a qué se dedica? –me interrumpió el coronel deshaciéndose de mi mano y añadiendo-: Si no le parece una indiscreción mi pregunta, claro...

- Nada de eso. Me dedico a los negocios.

- ¿Puede saberse a qué negocios?

Por un momento estuve tentado de inventar una gran industria de aceros y altos hornos, pero preferí ser más modesto:

- Compró y vendo coches con suspensión del tipo MacPherson, muñecas infantiles, ciertos asuntos en los juzgados..., en fin, ya sabe.

El coronel mantuvo los ojos demasiado abiertos. El maestro miró, curiosamente, de igual manera.

- Y creo que me van a nominar para el premio Nobel de la Paz -añadí.

El coronel sacudió la cabeza y miró al maestro. Éste hizo lo mismo y se interrogaron visualmente de un modo que no alcancé a comprender muy bien. El coronel continuó su interrogatorio.

- ¿Y con todo lo que usted hace, quiere también aprender ballet?

- ¡Oh sí! Ejercicio. Un poco de ejercicio. Es muy necesario, ¿sabe? Claro, que usted -dije cambiando el tono de voz- como es militar, todo el día al aire libre, en el campo, maniobras, ejercicios tácticos, en fin, usted no lo necesita, aunque sabe lo bueno que resulta para la salud. Para los que vivimos el estrés de la gran ciudad...

- Yo soy de Intendencia, señor mío. No he salido de una oficina en toda mi vida.

- Pues más a mi favor. ¿Por qué no se apunta usted también?

- Yo hago golf, señor... ¿Oreja?

- Juela.

- ¿Cómo?

- Orejuela. Ambrosio Orejuela.

- Pues eso, señor Orejuela. Yo hago golf, y a su edad iba a un gimnasio. Pero ballet... No parece muy adecuado.

- ¿Tiene usted algún inconveniente? -repliqué con cierta dureza.

- No, ninguno. Cada uno puede hacer... -Y añadió-: Por cierto, don Ambrosio, ¿es usted soltero?

- Sí -repliqué. Y al coronel se le escapó una risita que no pude entender.

- Estupendo -terció el maestro viendo llegado el momento-. Entonces vamos a trabajar, señor Orejuela. Haga sus ejercicios de calentamiento.

Volví a estrechar la mano del coronel y me puse a dar saltitos frente al espejo. Por él vi que el militar extendía la mano, mariposeando con ella, al maestro y éste, quizá por no contrariarle, asentía levemente. Oí cómo se cerraba la puerta y el maestro vino corriendo hacia mí.

- Señor Orejuela.

- Sí, maestro.

- Por favor, señor Orejuela, sea usted muy prudente -me imploró con los ojos a medio desenfocar-. El coronel Martínez fue mi jefe en el servicio militar. Desde entonces es también mi amigo. Mi situación... económica, como ya habrá comprendido usted, no es muy boyante. Gracias a él tengo mi única alumna,

aparte de usted. Si no la deja seguir viniendo, es mi ruina. Por favor, el coronel tiene un gran cuidado con las compañías de su hija. Trátela como si... o mejor, ignórela. Como si no existiera. ¿Lo hará usted así? ¿Verdad que sí, señor Orejuela? ¿Lo hará?

- ¿Su hija? –dijo como cayéndome de un guindo-. ¿Pero tiene alguna hija?

- ¡Claro! Se la acabo de presentar –dijo señalándome la puerta por donde había entrado con su padre.

- Ah, pues ni me había fijado. Lo que son las cosas.

Y entonces apareció Natalia cubierta con una malla rosa, las piernas tapadas con unas medias transparentes también rosas, zapatillas blancas y calentadores de lana, caídos sobre los tobillos, de rayas multicolores. El pelo recogido en un moño, las manos ágiles como palomas y los ojos caídos y ausentes, fue todo lo que mi vista percibió antes de perder el sentido de lo real y empezar a flotar en una nube de la que no me apeé hasta las nueve menos cinco, cuando el maestro me mandó a duchar y vestirme. Cuando salí de la ducha, bañado en colonia y con mi atuendo exquisito, Natalia ya se había ido. A punto estuve de desmayarme para siempre.

Toda la noche me pasé interrogándome sobre qué habría sucedido durante las dos horas de clase. Muy vagamente, como en un sueño lejano, recordaba que me había estado moviendo, de aquí para allá, agitando mis brazos y mis piernas. Y que a mi alrededor una especie de nube rosa se deslizaba volando, saltando, gravitando por todos los rincones. Una música celestial se oía al fondo, muy al fondo, y no recuerdo más. Tan sólo que no me cansé absolutamente nada, que mi mente estaba ausente, como en un sueño mal definido en el que se ven las cosas, a la vez desde dentro, como ocurriéndole a uno, y desde fuera, viendo cómo a uno le ocurren las cosas. Horas y horas, a lo largo de toda la noche, intenté reconstruir todo cuanto me había pasado, pero no lograba recomponer el complicado rompecabezas de ciento veinte minutos irreconocibles. Me parecía, o intuía, que me había portado bien, tal y como me había suplicado el maestro, pero nada más recordaba con nitidez. La nube rosa, huidiza, levitando, inquieta, había girado en torno a mí, pero ni siquiera me acordaba si había seguido su vuelo con mi cabeza. La irrealidad de lo real, o la realidad de lo irreal, o acaso la realidad irreal de la real irrealidad, me había trastornado. Ah, Natalia, Natalia, Natalia... estuviste a mi lado tanto tiempo y no supe que estabas allí. Quizá fuese porque yo no estaba, o eras tú la que no estabas aunque yo estaba. ¿Estábamos? ¿En dónde? A mi lado no estabas, o no sabía que estabas. Uno de los dos ya no estaba. Quizá tú no te diste cuenta de que yo estaba. Yo sí que no me la di. Sólo vi una nube rosa, alucinación magnífica, catarata ideal, sueño excelso, quimera esplendorosa... nube regia, brillante, noble... Etérea sensación traslúcida... Magnitud inmaterial, fiebre mágica. Natalia como una nube. Natalia nube. Nube.

Natalia.

Anduve algo excitado aquellos días y pensé que el deporte me vendría muy bien, sobre todo si me entregaba a él con el objetivo de distraerme hasta que llegara el momento maravilloso de volver a ver a Natalia.

El deporte es algo absurdo. ¡Con el cuerpazo que tengo yo sin haber movido un dedo en la vida! La gente paga por cansarse, con lo desagradable que es, y a veces hasta por lastimarse, lo que no sólo es desagradable sino, sin un ápice de exageración, me atrevo a calificar de suicidio parcial, pues herirse por hacer algo absurdo es una clarísima manifestación de demencia.

Pero tanto habla la gente de hacer deporte, de lo sano que es y de sus beneficios para el cuerpo humano que me decidí a practicar alguno aunque sólo fuese, como yo digo, por distraerme y conservar mi garbo, para que luego lo disfrutase Natalia, cuando llegara el momento.

Ni que decir tiene que descarté cualquier deporte violento. Mi pacifismo a ultranza, que me impide moralmente competir y, aún más, competir violentamente, me obligaron a desistir de prácticas como el baloncesto, al esgrima, el fútbol y el ping-pong. El golf no estaba contraindicado para mi forma de ser, pero había que andar mucho, hiciese sol o lloviese, y me parecía un exceso. Juegos como el tenis, el ciclismo o la fórmula-1 no los veía merecedores de mi atención y otros como la hípica, el rugby y el boxeo me revolvían las tripas. Al final, escribiendo nombres de deportes sobre una cuartilla y tachando los que no me convenían, me quedé con el ajedrez y el billar como las únicas posibilidades. El hecho de que para el ajedrez fueran precisos dos y el billar pudiese jugarlo uno solo, sin dar conversación a nadie, me decidió por el juego de las tres pelotas y el palo sobre la mesa verde.

El juego y el billar es tan hermoso como el juego del amor y el juego de la guerra, o quizá sea tan hermoso porque es, en uno solo, los juegos del amor y de la guerra. La gracia consiste en que sobre una mesa verde, con bordes para que no se caigan, hay tres pelotas, dos blancas y una roja, y el jugador tiene un palo con el que, golpeando una de las pelotas, tiene que conseguir que choque con las otras dos. Se lo explico así para que usted me entienda, abuelo, pero, al objeto de aumentarle su ciencia, le aclararé que las pelotas se llaman bolas y el palo, taco. El taco hay que golpearlo con suavidad, y el juego alcanza su triunfo si la bola con la que jugamos, sobre la que golpeamos, logra desplazar a las otras dos, chocando contra ellas y sacándolas de su lugar, vencéndolas. Es un

juego hermoso que requiere habilidad y pulso, ciencia y paciencia. Un juego, para qué insistir, muy apto para mí.

Tres tapetes de mesas de billar se arrugaron, rompiéndose, en billares callejeros sin que supiera dar explicaciones a los dueños ni aceptara pagar lo que me pedían, que era una barbaridad para unos simples rotos que con aguja e hilo podían quedar perfectamente. Me echaron de tres billares con escasos modales y decidí, entonces, no mezclar un deporte de caballeros con los vocablos barriobajeros de aquellos encolerizados dueños de tugurios, corruptores de la juventud, en locales de perversión, vicio y dispendio. Así es que miré en la guía telefónica y encontré el Madrid Billar Club, una especie de salón serio en el que podía practicar tan noble deporte sin voceríos, malsonancias ni recriminaciones.

- Buenas tardes tenga usted.
- ¿Qué desea?
- Que venía a apuntarme.
- Muy bien. Rellene usted este impreso y tráigalo con dos fotografías.
- ¿Las quieres usted de frente, de perfil, sólo la cara o de cuerpo entero?
- ¿El qué? ¿Las fotografías? De carné, de esas pequeñas de carné.
- ¿Cuándo?
- Cuando traiga usted el impreso.
- ¿Le importaría a usted que lo escriba a mano?
- No, es igual.
- ¿Y que lo trajese mañana?
- No, cuando quiera.
- ¿Le parece por la tarde?
- Sí, muy bien, cuando quiera.
- ¿Sobre las cuatro?
- Cuando quiera.
- No, o mejor a las cinco. ¿Le parece?
- ¡Cuando quiera!
- Y en todo caso, si no puedo mañana vengo pasado mañana, ¿verdad?
- ¡Cuando le dé la gana!
- Muy amable, muchas gracias.
- De nada. Adiós.
- A lo mejor se lo traigo dentro de un rato. Voy a ver si me hago las fotografías.
- Estupendo.
- ¿Ha dicho tamaño carné?
- Sí, señor. Y ahora, por favor, tengo mucho...
- Decididamente le voy a traer luego el impreso con las fotos. Tengo tiempo para...
- ¡Cuando usted quiera! ¡Como usted quiera! ¡Haga lo que le parezca!

- ¿Me permite un momento su bolígrafo?
- ¿Para qué?
- Voy a apuntar aquí detrás que son dos fotos. Por si se me olvida.
- Tenga usted.
- Escribe muy bien.
- Sí.
- ¿Es bueno?
- Cuarenta pesetas. Bic. En todas las papelerías.
- Así que dos fotos y el impreso. Voy corriendo.
- Adiós, muy buenas.
- Adiós. ¡Ah! Se me olvidaba: ¿Las fotos en color o en blanco y negro?
- Es igual, como usted quiera.
- Lo digo por si las prefiere en color.
- Da igual.
- ¿Seguro que da igual?
- Que sí, hombre, como usted quiera.
- Es que por mí...
- ¡Pues igual que a mí! Haga lo que le dé la gana, pero hágalo ya, por favor.
- Tiene razón. No vayan a cerrarme. ¿Con que cuarenta pesetas, eh?

Yo creo que desde el primer momento no le caí muy bien a aquel hombre que llevaba la administración del local. Desde aquel día me miraba mal, de reojo, y procuraba esconderse cuando aparecía por allí. Él se creería que no le veía, pero cuando entraba por la puerta notaba que se ponía como pálido, bajaba los ojos y se iba a cualquier sitio, lejos de mí, para no saludarme. Y eso que había sido él mi avalista, pues hacía falta que un socio avalara al recién llegado y, como yo no conocía a nadie, le pedí que lo hiciese él en mi impreso. Al principio le costó un poco, pero tras una agradabilísima conversación de algo menos de una hora terminó firmándome la ficha de ingreso, aunque repito que de no muy buena gana porque sospecho que no le caía bien.

A los otros socios de la entidad tampoco, y no sé por qué. Como no fuera porque les intentaba ayudar diciéndoles cómo debían tirar la carambola, no me lo explico. Porque no creo que se molestaran porque me riera -a veces estruendosamente, lo reconozco- cuando fallaban alguna bola. Me reía porque disfruto de muy buen humor, por ninguna otra razón. Pero me parece que los socios eran demasiado serios y, casi todos, demasiado vanidosos. Si yo me reía me miraban con odio y cuando les salía la carambola me miraban con odio también. Alguno propuso que le gustaría verme jugar pero yo, astuto, les retaba para el día siguiente y luego no iba. Me lo pasaba muy bien con ellos, eran como niños.

Y, sin embargo, creo que con mi presencia se crearon algunas tensiones. Avelino Rico, el campeón mundial a tres bandas, se negó a jugar si seguía

riéndome, porque le distraía, y el presidente de la Club convocó una reunión urgente de la junta directiva para tratar mi caso. Decidieron darme de baja y, cuando me lo comunicaron, pedí explicaciones pero nadie se avino a satisfacerme. No me importó dejar aquella sala y olvidarme de aquel deporte. En dos meses, en los que acudí por lo menos diez veces, no había jugado nunca ni había roto nada, pero no supieron agradecer mi presencia. El mundo es muy injusto.

El jueves siguiente era fiesta, mediada la semana santa, y como suele ocurrir los jueves santos no hubo clase de ballet. Yo, abstraído en mis cosas, no me di cuenta y acudí a casa del maestro, pero el portero se interpuso en mi camino.

- Don Víctor no está.

- Pero... si es jueves -dije desconcertado.

- Jueves santo, para más señas -contestó con su insufrible aire de superioridad.

- Es verdad -repliqué cayendo en la cuenta-. En fin, en ese caso me iré dando un paseo. ¿Quiere usted un pitillito?

- ¡Y dale con el samaritano de la Tabacalera! -ronroneó dándome la espalda con su cortesía habitual.

Pasaron quince días hasta que volví a ver a Natalia. Me preparé para la ocasión de manera muy especial, vistiéndome sencillamente con mi traje marrón, una corbata blanca que me había comprado para el momento sublime del reencuentro y mi camisa favorita, azul marino pespunteada con hilo también blanco, haciendo juego con la corbata. Quizá cometí un exceso con la colonia, que me empapó más de la cuenta, y así me lo hizo notar el maestro abriendo todas las ventanas del estudio cuando se repuso del desmayo que volvió a sufrir al abrirme la puerta y beberse el vaso de agua que, con la urgencia de costumbre y sin soltar el quicio de la puerta (creo que el pobre está muy enfermo) me pidió.

Natalia llegó momentos después y volví a sumergirme en un estado catártico que me hizo perder el control. Estaba tan hermosa, tan deslumbrante con su fascinante..., no sé cómo llamarlo..., vestuario, por decirlo de alguna manera, que volví a recaer en alucinaciones de nebulosa multicolor. Natalia llevaba, si no se me olvida algo, un pantalón rojo, camisa, jersey, chaqueta y, sobre la chaqueta, sobre los hombros y anudado por delante, otro jersey grande de color rojo. La bolsa con sus cosas colgaba a un lado y su pelo, como siempre, iba recogido en un moño alto y bien peinado. Dijo, "buenas tardes", mirando al maestro, y se fue a cambiar al cuarto contiguo. Su mirada era limpia y húmeda, ligeramente distraída, y al hablar había torcido la boca, como para presumir de su maxilar inferior, zona derecha, segundo y tercer diente, colmillo incluido.

Retornó a la sala con su maillot rosa cuando yo realizaba los ejercicios de calentamiento que me había marcado Víctor. Regresó, se sentó en el suelo a anudarse una zapatilla y entonces, sólo entonces, pude contemplar una espalda limpia, tersa, salpicada de minúsculas pecas y sin más protuberancias que su columna vertebral marcada como una cordillera en el aire que, al instante, me embriagó, trasladándome al cielo etílico del que no desperté hasta mucho rato después, cuando Natalia ya estaba en la ducha y yo me empezaba a enterar de que me dolían las ingles y los riñones como si me hubiera descargado, yo solito, un camión de verduras en el mercado central de abastos.

Sin embargo había recobrado la conciencia y corrí a vestirme con mi atuendo sin igual. Lo hice tan veloz y concienzudamente que pude terminar antes que ella y me quedé a esperar su salida. El maestro me invitó, hasta seis veces, a que me fuera, pero me entretuve disimulando, enderezando un cuadro torcido, quitando una mota de pintura del suelo y colocándome bien el nudo de la corbata frente al espejo del vestíbulo, junto a la puerta.

Al fin ella salió y pudimos abandonar juntos el estudio de danza. Los pasos que caminamos juntos por el portal me dieron la oportunidad de mantener una entrañable y, a mi modo de ver, significativa conversación con la mujer de mi vida.

- Baila usted muy bien -le dije para halagarla.
- Gracias -contestó en un tono seco que presagiaba cordialidad.
- Se ve que lleva tiempo en esto -abundé en el halago.
- Sí -replicó con una cierta dulzura no exenta de concisión. Y añadió:-

Bueno, adiós.

- Adiós -dije con un suspiro que necesariamente tuvo que entender y encajar.

Apresuró el paso y se distanció rápidamente de mí. Sin duda no quiso que su turbación la delatara y prefirió la intimidación para saborear su dicha. ¡Ah, las mujeres! Tan delicadas como flores de jardín...

Aquel encuentro se merecía una reflexión que traté de buscar entre los fulgores de mi lucidez, acompañándola de alguna cita extraída, quizá, de los *Fastos*, de Plauto, de los *Triunfos*, de Petrarca, o del mismísimo *Politicratus*, de Juan de Salisbury. Pero para no ahondar en pensamientos certeros aunque poco elevados, quizás, me propuse escribirle una poesía y durante dos días manutuve mi empeño. Lo malo fue intentar encontrar palabras que rimaran con Natalia, pero aun así, con lo que había, ensarté un poema que me parece muy bonito:

*Natalia
es una dalia
que no viene de las Galias
ni del país en donde vive la dromedaria
sino de donde vive una canaria
de ascendencia aria
un poco falsaria
pero nada rutinaria.
Natalia
es una dalia.*

Mi brillantísima vena poética fue interrumpida por una pareja de policías que vinieron a buscarme a casa para llevarme a un juicio del que ya ni me acordaba. Por lo visto me habían citado tres veces, pero como yo nunca abro las cartas no me había enterado y ahora me amenazaban con juzgarme en rebeldía.

No se trataba de aquel asunto del coche, que ya se había resuelto embargándomelo, ni de aquel otro incidente con el dependiente de la agencia, por el que ya me habían condenado al pago de una indemnización de veinticinco mil pesetas, que me sacaron por las malas, amenazándome con embargarme el tocadiscos y la nevera. Ahora me llevaban ante el juez acusado de intento de soborno por ofrecerle a su señoría las cinco mil pesetas si se olvidaba de aquellos pequeños incidentes sin categoría ni clase.

Parece mentira que la justicia pierda su tiempo en nimiedades semejantes, pero el caso es que me llevaron ante el juez y se celebró vista

pública, delante de mirones y cotillas ociosos que no debían de tener otra cosa mejor que hacer. El juez abrió la sesión.

- Ambrosio Orejuela y Oriola de Bustarviejo. Está usted acusado de intento de cohecho o soborno a esta sala. ¿Se declara inocente o culpable?

- Pelillos a la mar, hombre. No hay que ponerse así por una broma de nada.

- ¿Inocente o culpable?

- ¿De qué?

- ¡De intentar sobornar a esta sala!

- Yo sólo lo hice por si usted aceptaba y nos evitábamos líos. Encima que quería colaborar con la justicia para que tuviera menos casos y así fuese más fluida y poder aten...

- ¡Silencio! -gritó el juez algo alterado-. ¡Vista pública! El fiscal puede interrogar al acusado.

El fiscal era un tipo escuchimizado e insignificante, de voz atiplada y monótona, cansina y sin ninguna inflexión ni énfasis que denotara cualquier emoción por el trabajo que cumplía. Me hizo un par de preguntas y desistió de seguir con el interrogatorio:

- ¿Es cierto que usted ofreció cinco mil pesetas al señor juez si hacía dejación de sus obligaciones?

- Era un ejemplo. Si hubiera hecho falta un poco más... ¿A usted también le parece poco?

- ¿Por qué dice "usted también"? ¿A quién más se refiere?

- Al señor juez. Quizá si le hubiera ofrecido más...

- No hay más preguntas.

Peor aún peor fue lo de mi supuesto abogado defensor, que me lo habían nombrado de oficio y al que no conocía de nada. Renunció a interrogarme y, en las conclusiones finales, además de insinuar que mis facultades mentales eran *especiales*, lo cual también había insinuado el fiscal en las suyas, solicitó la absolución con todos los pronunciamientos favorables. Luego me insultaron los dos, el fiscal y el abogado, recomendando al juez que no vendría mal un examen médico. Yo tenía que defenderme.

- ¡De eso nada! -interrumpí levantando la voz-. Yo estoy muy sano, lo que veo es que por esta sala hay muy poco sentido del dinero. Y mucha mala leche.

- ¡Basta ya! -cortó el juez-. Condeno al acusado a treinta días de arresto domiciliario. Se levanta la...

- ¡Eso! ¡Muy bonito! Y el pan y la fabada me lo compran el primo de Guillermo Tell.

- ¡O la madre que le parió! -gritó el juez-. ¡Lárguese de aquí!

Luego me enteré de que el arresto domiciliario sólo me impedía abandonar Madrid. En tal caso me daba igual. Yo, que no viajo nunca, no iba a hacerlo ahora sólo por llevar la contraria. Me fui a casa y continué la

composición de versos a Natalia, mi auténtico arresto domiciliario, mi verdadera condena; mi futura libertad, mi salvación, mi tierra prometida.

11

Como el agua que se despeña en un torrente llega hasta el lecho plácido del río; como el copo de nieve que, bailando, se deposita con mimo en el tejado; como el sueño turbador de mal agüero desemboca en despertar risueño; como el pétalo de rosa que, sin aroma, cae a la tierra de donde vino; como el final lógico de tanto acercamiento y de tanto amor, así llegó, un día cualquiera, mi primera conversación intensa, densa y trascendental con Natalia.

Debía de ser el día ecuatorial de la primavera porque recuerdo perfectamente que llovía sin cesar. Era uno de esos días grises, casi negros, que desde muy temprano, desde la aurora, avisan de que no piensan dejar de derramar agua sobre el asfalto. Y sin embargo hacía calor, un calor húmedo y agobiante que anunciaba que los fríos del invierno se habían quedado definitivamente atrás y que el verano se nos echaba encima como se echa una pena o una desgracia. Ahora no recuerdo si llovió todo el día, pero así debió de ocurrir porque llegué al estudio de baile impecablemente adornado con mi mejor paraguas, de estilo clásico, tela lisa y color amarillo limón, que se ven muy bien e impiden que los locos que transitan bajo los suyos con los ojos pegados al suelo choquen continuamente con uno. Llegué al estudio con mi magnífico paraguas y Natalia llegó empapada, con el pelo escurriendo agua y la cara salpicada de gotas como si acabara de salir de la ducha. (Las gotas, qué envidia: de pequeño soñaba con ser mosca para colarme por el ojo de la cerradura de los cuartos de baño y contemplar a las mujeres desnudas mientras se bañaban, o para meterme por su escote y recorrer sus pechos. Ahora soñaba con ser gota de agua para posarme en su cara, cerca de la comisura de los labios, y poder besarla una y otra vez.) Natalia tuvo que secarse antes de ponerse el maillot y las medias, y tanto el maestro como yo le advertimos de un posible resfriado. Ella sonrió levemente e hizo un gesto elocuente de que la dejáramos en paz.

Yo no lo hice a la salida, cuando acabó la clase. La esperé en el portal y la abordé cuando estuvo a mi lado.

- ¿Va usted muy lejos?
- A la parada del autobús.
- Si me lo permite, la acompañaré con mi paraguas.

Iba a decir que no, o al menos eso temí, pero miró hacia arriba, se dio cuenta de que llovía a cántaros, y aceptó haciendo como que se resignaba.

- Bueno, como usted quiera.

Caminamos juntos bajo la lluvia. Por mi cerebro se amontonaban las preguntas que podía hacerle, las ocurrencias que parecían oportunas, las frases ingeniosas que se merecía y las afirmaciones de carácter categórico que me inspiraba su cercanía. Se amontonaban y se entremezclaban, se pisaban unas a otras como en una carrera frenética hacia la salida, se enzarzaban en discusiones estériles y se pegaban con una violencia inusual en mí. Intenté apaciguarlas mientras caminábamos y tanto tuve que luchar con ellas que permanecí en silencio durante demasiado tiempo. Cuando me quise dar cuenta, estábamos a pocos pasos de la parada. Entonces di rienda suelta a mi imaginación y le hice un comentario profundo:

- Hay que ver cómo llueve, ¿verdad?

Ella me miró con unos ojos que algo querían decir, aunque en aquel momento era una mirada de traducción indescifrable para mí. Luego, cambiando de tema, añadí:

- ¿Cómo viaja usted en autobús?

- A veces sentada. La mayoría de las veces de pie.

- Me refiero a ese medio de transporte. Tan vulgar, tan...

- Tengo un bonobus.

- Permítame que le diga... que usted... se merece... una carroza, señorita.

¡Sonrió! ¡Sonrió! De verdad, lo juro, lo juro por mi padre que en gloria esté, o por mi madre, o... por mi biblioteca. Sonrió..., y su sonrisa me hizo ahogarme, mi corazón engordó hasta oprimirme el cuello, mis pulmones empequeñecieron y pensé, por un instante, que me daría un infarto, que se me reventaría el corazón, que moriría. Me puse tan malo que a punto estuve de caerme pero, gracias a que dejé caer el paraguas, golpeando por desgracia en la cabeza de Natalia y con la punta a un señor que pasaba por allí, pude recobrar la normalidad y el SAMUR se ahorró enviarme una ambulancia.

- Pero..., ¿qué hace? -protestó ella recogiendo el paraguas con un gesto adusto y tosco.

- Perdone. Un vahído.

Natalia se sacudió el agua de los hombros y me miró. Yo recompose la figura y le devolví la mirada de la manera más tierna que pude. Habíamos llegado a la parada.

El autobús iba a llegar y con él se esfumaría durante otra semana mi único motivo para seguir viviendo. Pensé rápido, encontré la frase y la solté.

- ¿Conoce usted el bar Manolo? Ahí enfrente...

- Sí, por qué.

- Yo voy a ir mañana.

- Pues muy bien.

- Sobre las seis.
- Me parece muy bien.

Y se encogió de hombros. Aquello no ofrecía lugar a dudas: le había propuesto una cita y había aceptado. La emoción me abrió las carnes y no sabía si podría contenerme. Tenía deseos de echarme sobre ella, abalanzarme y besarla, abrazarla, estrujarla. Tan a punto estuve de hacerlo que puse mi mano en su hombro como para comprobar que estaba allí, que era real, que no era un fantasma quien había caminado junto a mí bajo el paraguas. No hice más que poner mi mano en su hombro cuando sonó estruendosamente un claxon, y desde el fondo de un coche grande, enorme, pero con toda seguridad sin la suspensión delantera del tipo MacPherson, el coronel Martínez, el padre de Natalia, le hacía señas ostensibles de que subiera al coche. Ella, al verlo, se zafó de mi mano con un brusco movimiento, tan brusco que no pude distinguir muy bien si había sido anterior, simultáneo o posterior al ruido del claxon. Los ojos del coronel se clavaron en mí como si quisieran asesinarme. Natalia corrió hacia el coche y se metió en él sin mirarme un instante. Y yo, parado en la acera, como un pasmarote, con la lluvia escurriendo por el paraguas y salpicándome la cara en gotas atrevidas y calientes, me quedé allí, solo, petrificado por la mirada del coronel y la indiferencia de Natalia, y no supe si lo que se deslizaban por mis mejillas eran gotas de lluvia o lágrimas de mis ojos. No lo supe nunca, pero recuerdo perfectamente que sentía unas... irresistibles... ganas... de llorar.

Y, sin embargo, tenía una cita. Y, lo que era aún mejor, Natalia había disimulado ante su padre al no despedirse de mí. Aquello significaba que le daba a nuestro encuentro mayor valor, pues a la emoción del propio encuentro añadía el morbo de la clandestinidad, la pasión de lo prohibido. Cuando pude reponerme de la inmensa tristeza que su despedida me había producido, renové mi ilusión pensando en la tarde siguiente, en nuestro encuentro secreto, en nuestra primera entrevista llevada a cabo al cobijo de miradas indiscretas, trasgrediendo normas, delinquiendo por amor. Volví eufórico a casa, chapoteando en los charcos, queriendo silbar *Cantando bajo la lluvia*, pero, como no me acordaba, silbando el *La, la, la*, de Massiel, que de esa canción sí me acordaba. Henchido por la emoción, con los nervios a flor de piel, con la ansiedad devorándome, corrí a casa para preparar un guión con temas para charlar con Natalia y aprendérmelo de memoria, si bien llevaría una chuleta por si se me olvidaba alguno poderla consultar, en una rápida visita al baño o en un descuido de ella.

No llevaba todavía media hora sentado en el sillón cuando sonó el teléfono. Era el maestro Víctor, el profesor, que necesitaba hablar urgentemente conmigo y me citaba en su estudio a las diez de la mañana.

- ¿Pero qué ha hecho usted, hombre de Dios? -me preguntó angustiado al final.

- Yo nada -le respondí desconcertado.

- En fin. Mañana hablaremos. Buenas noches.

Ni siquiera me dio tiempo a contestarle. Había colgado. Me sorprendió la llamada y, por un instante, algo me inquietó su tono de voz; pero pronto lo olvidé volviendo a mis cuartillas en las que redactaba el guión de mi tarde con ella. A las once y media de la noche, trasnochando porque el motivo se lo merecía, me metí en la cama y poco después pude conciliar el sueño, a pesar de mi estado eufórico-depresivo-histérico-emocional.

Un poco después de las diez y media de la mañana entré en el portal de la calle Ibiza. El ejemplar servidor del inmueble, infatigable en su abnegación, lucía una perfectamente desabrochada camisa blanca estampada de manchas de aceite y chorizo, cerveza y algún que otro sano componente de la más genuina cocina española. No importaba que la camisa deshilachada por puños y cuello estuviese desabotonada sobre su abundante capa adiposa de la barriga,

porque lucía una hermosa y cálida camiseta originariamente blanca salpicada por algún que otro agujero. Levemente despatarrado en su silla, con una colilla en los labios de larga ceniza en equilibrio corvo que caería de un momento a otro, podría decirse que estaba muriéndose si no fuera porque yo sabía que era dado a reflexionar sobre los profundos problemas que tenía encomendados por la comunidad.

Le di los buenos días por lo bajo, para no incomodarle si estaba abstraído (tampoco podía evitar el saludo por no resultarle descortés o darle motivos para que pensara que le despreciaba por su humilde condición), y él arqueó las cejas con una cordialidad entrañable.

El maestro me abrió la puerta del estudio con un vaso de agua en la mano, un taburete cerca de él y con la otra mano bien asida el quicio de la puerta. Pobre. Me hizo pasar unos segundos después, tras beber un buche de agua, y me invitó a sentarme.

- Usted dirá.

- El caso es que... señor Orejuela: no puedo seguir dándole clases.

- ¿Por qué? –pregunté con tal ingenuidad que me conmoví a mí mismo.

- Porque en un mes y medio usted no adelanta nada. Porque todavía no me ha pagado ni una peseta. Porque usted tiene menos porvenir como bailarín que un ciego como comentarista deportivo y porque el coronel me amenaza con privarme de su hija si usted sigue compartiendo la clase con ella. Sin mencionar que usted ha roto el trato que hicimos y no sólo se ha puesto a hablar con ella sino que incluso a osado meterle mano en la parada del autobús. Lo siento señor Orejuela, se trata de ella o de usted, y no puedo ser desleal a mi viejo y buen amigo el coronel. Y, además, señor mío, también está mi salud, ¡qué caray!, y desde que usted comenzó las clases me paso las semanas obsesionado con el aspecto que traerá usted el jueves siguiente. No puedo, no puedo resistirlo. ¡Queda usted despedido! ¡O como se diga!

- Pero tendrá que darme usted algún motivo, ¿no?

Salí tan triste del estudio del maestro que me detuve unos segundos en el portal a reflexionar sobre mi situación. Lo que más me importaba no era el "despido", como el maestro lo había denominado, ni tan siquiera el que todavía le debiera algo de dinero (aunque él insistió en que me lo perdonaba con la condición de que no volviera por allí), sino el fondo de la cuestión, el origen de mi asistencia, el meollo de mi presencia allí: Natalia. Si no volvía al estudio, no volvería a verla salvo...¡claro! Tenía una cita; por un momento lo había olvidado. La vería por la tarde y nos citaríamos una y otra vez, todos los días, cada día, hasta que nuestros ojos se saciaran de vernos, nuestros labios se hastiaran de besos y nuestras manos se desgastaran de acariciarnos. Podrían pasar mil años.

Tan contento estaba que el portero me resultó simpático una vez más. De espaldas, como estaba, le di un cariñoso golpecito en la espalda sin pensar

que le iba a sobresaltar tanto que se pondría en pie de un respingo y me cogería por las solapas.

- ¿Qué hace usted? -le recriminé su actitud.

- ¡No le mato porque en vez de sangre usted debe de tener mierda! -me gritó con una cólera de enfermo mental.

- Bueno, hombre, tranquilícese -le dije, soltándome suavemente-.

¿Quiere usted un pitillito?

- ¡Sí, sí! ¡Un pitillito! ¡Sí, quiero un pitillito! -repetía mientras los ojos se le salían de las órbitas.

Y se lo di. Él lo cogió, lo estrujó en su puño como un papel y me lo metió en la boca con una violencia tan desmedida que apenas me dio tiempo para salir corriendo mientras escupía hebras y papelitos. Luego, dada mi agilidad, se dio cuenta de que no me alcanzaría y se detuvo allí, blasfemando no sé qué acerca de la vida, la muerte, su vida y mis muertos. Al doblar la esquina dejé de correr, me atildé un poco y continué mi camino a buen ritmo reflexionando acerca de la cultura y la violencia, sin duda conceptos inversamente proporcionales tal y como la experiencia me acababa de demostrar. Poco después recobré el sosiego perdido y desapareció mi agitación, terminando la mañana con un agradable paseo al sol que resultó un reparador incomparable de la inquietud pasada.

Llegué al Bar Manolo a las cuatro y media en punto de la tarde, por si Natalia se adelantaba un poco que me encontrara allí. Busqué una mesa desde la que pudiera ver todo el local, persiguiendo dos objetivos: verla llegar cuando lo hiciera y, entretanto, distraerme observando al mayor número de personas posibles, pues un bar es el lugar idóneo para dejar pasar las horas mirando, sin moverse, escudriñando gestos, modos y modales. El camarero corrió solícito y me atendió con la sobriedad característica del local, sirviéndome un descafeinado con leche. Sólo quedaba esperar.

Algo extraño pasó por mi mente. No sabría decir con exactitud lo que fue, pero de pronto tuve la sensación de que no vendría. Inmediatamente me respondí que no podía ser, que pronto llegaría, y de mi bolsillo extraje la cuartilla con el guión preparado. Eran unos apuntes breves pero muy ilustrativos:

1. Alabarle su puntualidad y hacer una breve reflexión sobre las virtudes europeas, centrándolas en la puntualidad. Pidiera lo que pidiera al camarero, alabar su buen gusto.

2. Comentar la inestabilidad del clima.

3. Preguntarle si estudiaba o trabajaba.

4. Breve referencia a los presocráticos. (1ª fase para deslumbrarla).

5. Cogerle la mano (2ª fase para deslumbrarla).

6. Hablar de ballet. Alabarla.

7. Pasarle la mano por el hombro (3ª fase).

8. Breve referencia a Benidorm (4ª fase) (Alucinada)

9. Proponerle matrimonio canónico.

Bien desarrollados, los temas podrían durar alrededor de tres horas y media, con lo que podríamos terminar sobre las nueve y media para que estuviese en casa a las diez, hora más que decente para una chica como ella. Me felicité una vez más por mi precisión para escoger los temas y me dije que el éxito estaba asegurado. Más tranquilo, repasé la clientela del local y las compañías cercanas.

De nuevo se me volvió a ocurrir que no aparecería. Con prontitud rechacé otra vez la hipótesis negativa y me puse a buscar una fórmula ingeniosa para empezar. Un comentario, tal vez un piropo, acaso una leve sonrisa. Desde luego me pondría de pie, le estrecharía la mano y, si ella acercaba la cabeza, la

besaría en la mejilla, pero sólo si ella daba el paso. Después la sentaría a mi derecha, que es mi perfil bueno, y comenzaría con lo de la puntualidad.

Cinco menos diez. ¡Horror! ¡Se me ha olvidado el tema de los presocráticos! Es igual: si no me acuerdo en ese momento hablo de Atila, o de Jerjes, o de Numancia, que es algo que siempre impresiona a las mujeres. Con una buena teatralización, un poco de intriga y una narración fluida y erudita, sin abandono del lenguaje coloquial y austero, como sólo yo sé hacerlo, caería en ese estado de levitación que necesitaba para proseguir mis planes.

Cinco y diez. Otro descafeinado. Vuelvo a pensar que no va a venir. Me insulto por mi pesimismo.

Seis menos veinticinco. Ya no queda nadie de la gente que había cuando llegué. Las parejas ya se han ido. La gente se ha renovado y ahora hay más estudiantes y gente joven.

Seis menos cinco. Estoy nervioso. Puntualidad-alabanza-tiempo-dedicación-presocráticos-mano-ballet-hombro-Benidorm -matrimonio. Me acuerdo, me acuerdo.

Seis y veinte. Tachar el primer punto. Cambiarlo por una referencia al tráfico, a los inconvenientes de la gran ciudad. A los atascos.

Siete menos diez. Afearle su falta de previsión. Suprimir el punto del clima. Reducir la exposición sobre los presocráticos. Si no, no me va a dar tiempo.

Siete y cuarto. Creo que no va a venir. Por si acaso, suprimir puntos 1, 2, 3, 5 y 9.

Ocho y veinticinco. Suprimir todos los puntos salvo el 6, el 8 y el 10.

Nueve y veinticinco. Seis cafés descafeinados. Una fortuna. Una guarra. Igual le ha pasado algo. Enferma. Accidente. Zorra. Ya sabía que no iba a venir. Mi intuición.

Diez menos veinte. Pagar la cuenta. Cagarse en la madre que la parió. Promesa de no volver al bar Manolo.

Durante varios días fui un alma en pena, deambulando sin rumbo ni más interés que el de devorar las horas y los días para que llegara cuando antes el jueves siguiente, en el que vería, al menos vería, a Natalia. En los últimos meses he pasado horas y más horas pensando en ese fenómeno misterioso que es el amor, la pasión y la locura, y cada día me hago una nueva reflexión porque cada vez entiendo menos este prodigioso y a la vez martirizante proceso del enamoramiento, el afecto, el cariño, el amor, la pasión... Una escalera que nunca se sube sino que se baja, porque los peldaños están así dispuestos y los seres humanos siempre empezamos en la pasión para continuar en el amor, el cariño y el afecto, en dirección inversa al modo en que la progresión amorosa se define. Han sido tantas las horas de pensar, madurar y buscarle todas sus posibilidades al sentimiento que ahora, cuando ya creo saberlo casi todo, en realidad estoy más confuso que nunca, en la seguridad presuntuosa, por otra parte, de que a lo mejor todo es un inmenso engaño, una creación que nuestra mente se hace porque la necesita, como se crea la religión, o las fantasías. ¿Y si Natalia no existiese? ¿Y si, aunque existiese, yo no estuviera enamorado de ella? O aunque lo estuviera, ¿quién me asegura que es el amor lo que me hace sentirme así? A lo mejor mi malestar es producto del flato, de la tensión baja o de una enfermedad vírica que aún no se ha manifestado.

¿Por qué se enamoran los seres humanos? O más concretamente, ¿por qué los seres humanos se rechazan al saber que otro ser humano está enamorado de uno? ¿En dónde queda la generosidad, la caridad, la piedad, es decir, la solidaridad? ¿Y por qué los seres humanos no están socializados, disponibles para satisfacer las pasiones de sus semejantes, sea cuando sea? Yo, que acepto con resignación que la naturaleza se haya esmerado conmigo y resulte atractivo para un buen número (un sinfín, diría si la modestia no me impusiera cautelas) de chicas, sería el primero en sacrificarme y someterme a cuantas mujeres me desearan sin pedir a cambio nada más que fuera de una en una y sin estropearme, por respeto a las siguientes. Yo estaría dispuesto, pero al parecer no todos opinan igual. El mundo carece de coherencia y de sentido común, aunque esto no me sorprende en absoluto.

El amor. Un título enciclopédico del que se podría hablar siempre y aún así no se diría ni la centésima parte de lo que supone. Un título para sentirlo, no para hablarlo. Demasiado amor.

El parque estaba de un verdor deslumbrante aquella tarde de primavera, cargado de sol y niños que correteaban ajenos al drama de mi vida, al drama amoroso que me consumía no sólo el alma sino, también, el cuerpo. Quizá fuese la angustia, o el ejercicio, pero había adelgazado. Me había dado cuenta días atrás y no le había dado importancia, pero esa tarde, cuando los pantalones se me sostenían a duras penas en la cintura y me había tenido que poner tirantes para evitar su caída, me convencí de que, a pesar de mi normalidad gastronómica, estaba perdiendo peso, me estaba consumiendo, por y para Natalia, si así lo quería ella.

Eran las seis y media de la tarde y el parque desbordaba paz y belleza. Los niños correteaban, pero me parecieron más silenciosos que nunca. Algunos ancianos, sentados en fila en los bancos, mirando muy fijamente al frente como esperando ver pasar ante ellos un futuro, o un recuerdo, ni tan siquiera me habían mirado en toda la tarde. En mi banco, solo y desplomado, ocupándolo casi por completo para evitar compañías indeseables que dispersaran mis pensamientos, esperaba el momento en que Natalia, con su paso suave, grácil, como levitando, pasase ante mí.

Y así fue. A las siete menos diez, como siempre, apareció por el final del paseo, acercándose con toda su sutileza y todo su esplendor, oscureciendo de repente el deslumbramiento del parque en aquella tarde soleada de primavera y reluciendo ella sola como un ángel. Como una virgen aparecida, como una estrella. Me vio desde lejos y un apunte, seguramente de turbación, aunque también puede que de curiosidad, se reflejó en su rostro. Me miró varias veces acercándose y, al llegar junto a mí, se paró, esbozó una breve sonrisa y me dijo:

- Es muy tarde. Debería darse prisa.

- No, ya no voy a clase -le dije sin estar muy seguro de lo que decía.

- ¿Se ha dado usted de baja? -preguntó con un rictus de interés maravilloso.

- No. Me han echado.

- Ah, bueno. Adiós.

Y siguió su camino sin inmutarse, como quien ha pisado una hormiga al caminar y ni siquiera lo sabe, como quien descubre que en el siglo XII hubo un pleito de vecindad, como a quien le cuentan que el secretario de Felipe II se llamaba Antonio Pérez. Siguió su camino y yo hundí mi cuerpo en la madera del banco: me derrumbé. Había planeado acompañarla hasta la esquina -desde luego no hasta el portal, en donde podía, estar el maleducado que me había metido el cigarrillo en la boca- pero allí me quedé, encogido, recogido en mis pliegues, sin posibilidad de reacción. Ella, como siempre, giró al final y desapareció, dejando una estela de luz, un haz, como una diosa. Pero yo no me fijé.

Al menos, algo estaba claro: ella no sabía que me habían despedido, lo que significaba que todo se había cocido entre su padre y el maestro. Ella

estaba al margen y eso la honraba un poco más. Además, seguro que si le hubiese preguntado por qué no había acudido a nuestra cita en el bar Manolo, hubiera dado una respuesta satisfactoria. Ella seguía siendo un sueño y nada ni nadie podía mancharla. La esperaba hasta que saliese, a las nueve, y la acompañaría al autobús.

De repente una sombra me cruzó por el cerebro y todo se oscureció de golpe. Una mala idea se posó sobre mí, como un pájaro de mal agüero, y un negro rayo de lucidez me descubrió que, creyera lo que creyera, todo me salía mal. Para qué engañarme, ilusionarme, fingir... Todo me salía rematadamente mal. No sé cómo ocurrió, pero de repente me descubrí llorando, con el rostro cubierto con las manos. Lloraba sin gemidos, sin ningún aspaviento, pero por mis mejillas las lágrimas corrían silenciosas, deslizándose entre mis dedos hasta caer sobre mis pantalones, hacia los que había inclinado la cabeza. De vez en cuando levantaba los ojos hacia los bancos vecinos, para asegurarme de que nadie me veía en aquel lamentable estado, pero nadie me miraba; todo el parque, los viejos, los niños, los árboles y hasta el sol guardaban un respetuoso silencio, como respetando mi tragedia, mi dolor, mi pena. Ni siquiera la brisa de la tarde despertó. Así transcurrieron los minutos hasta que la tarde empezó a morirse y la noche se adueñó del parque. Cada vez más difuminado, más opaco, más silencioso.

Por fortuna la nube pasó, el pájaro de mal agüero reanudó su vuelo y la serenidad volvió a mí. Llené de aire los pulmones, para secarme las lágrimas interiores, y limpié mis dedos y mi cara con el pañuelo que, arremolinado, guardaba en el bolsillo trasero del pantalón. Volví a coger aire y, poniéndome de pie, caminé despacio hacia la salida del parque, decidido, ahora más que nunca, a esperar a Natalia y decirle que la había estado esperando en el bar Manolo, que la amaba y que, si quería, la podía acompañar a su casa, y no sólo ese día sino todas las tardes de su vida.

A las nueve y cinco de la noche, desde la esquina de la calle, observé destrozado, una vez más, que Natalia salía del portal, subía al coche de su padre, que la esperaba, y el vehículo arrancaba hacia el fondo de la calle. Desde luego no era un buen día para mí pero, por instinto, en un momento cargado de decisión y rabia, paré un taxi que pasaba por casualidad y ordené al taxista que no perdiera de vista al coche del coronel, y si era posible que no se conformara con mirarlo y le siguiera, porque el espabilado del taxista se limitaba a mirarlo, siguiendo de manera excesivamente literal mi encargo. Al fin arrancamos y el conductor me preguntó a dónde íbamos, y yo le dije que no lo sabía, que seguiríamos al coche blanco del coronel, aquel que se va a escapar si no acelera, vamos hombre, que es importante.

- ¿Policía?

- No.

- Pues no lo entiendo.

El taxista volvió a la carga instantes después.

- Ah, ya sé. Detective privado.

- No.

- Pues no lo entiendo.

Y un par de semáforos más allá.

- No será usted un espía.

- No.

- Pues no lo entiendo.

Yo seguía con atención los movimientos del coronel, y el taxista seguía con atención los míos por el espejo retrovisor.

- ¿Es amigo suyo?

- No.

- Pues no lo entiendo.

Cada vez nos alejábamos más del centro de la ciudad y el coche del coronel no se detenía. Seguía por la Castellana, más allá de la plaza de Castilla, sin ningún indicio de llegar a su destino.

- ¿Vamos muy lejos?

- Quién sabe.

- Pues no lo entiendo.

El coche del coronel giró a la izquierda hacia un barrio moderno y superpoblado del norte de la ciudad. A punto estuvimos de perderle en un semáforo que el coronel se saltó en ámbar y el taxista quería respetar. Yo no le dejé.

- Podíamos preguntarle a su amigo la dirección y ya llegaríamos nosotros.

- No.

- Pues no lo entiendo.

Por fin, en un barrio lleno de edificios altos, con fachadas asomadas a zonas ajardinadas, pulcra y cuidadas, el coche del coronel se detuvo y el taxista detrás, a unos cincuenta metros.

- ¿Me acerco más?

- No.

- Pues no lo entiendo.

Le pagué la carrera, que ahora no recuerdo de cuánto fue, pero mucho, y no le di propina. El taxista me miró de mala manera y entonces fue cuando le dije:

- Esperaba usted una buena propina, ¿eh?

- Sí.

- Pues no lo entiendo.

Y me fui hacia el coche del coronel, despreciando las palabrejas y palabrotas que el taxista, desde la ventanilla, profería con pésima dicción y más deleznable, aún, educación.

Afortunadamente el coronel se fue a guardar el coche y Natalia, sola, se encaminó al portal. En cuanto su padre se perdió por la rampa, la chisté sin grandes modales, para qué engañarnos. Ella, sorprendida, me miró, me reconoció y se volvió a esperarme.

- ¿Qué hace usted por aquí?

- Nada, estaba dando un paseo.

- ¿Vive en el barrio?

- No. Pero paseando...

- Bueno, pues adiós.

Y se dio la vuelta encaminándose a su portal.

- ¡Señorita!

- ¿Sí? –dijo, volviéndose sorprendida.

- Quería hacerle una pregunta.

- ¿Cuál?

- Por qué no fue el viernes pasado al bar Manolo.

- Ah, pues no lo sé. Como no suelo ir casi nunca...

- Habíamos quedado...

- ¿Qué?

- Que habíamos quedado en ir, ¿no se acuerda?

Natalia se echó a reír con una risa mitad histérica y mitad burlona.

Pronto se dio cuenta del aspecto de mi cara y se tapó la boca con la mano, disculpándose.

- Huy, perdón. Es que me ha hecho gracia.

- ¿Por qué?

- Pues... porque yo no recuerdo... En fin, que no creo que usted y yo...

Vamos, que no. No es posible.

- Pero señorita, yo...

- ¡Mi padre!

Y salió corriendo hacia el portal. Aún se oían las risas cuando la puerta se cerró tras ella. A lo lejos, pude ver cómo el coronel se acercaba hacia mí, con paso firme y enérgico, con su mirada clavada, haciéndome daño de antemano, como cuchillos relucientes y agresivos, sedientos de sangre, hirientes, dispuestos a matar por su honor y por su hija. Nunca he podido entender el honor.

- ¿Qué desea usted?

El coronel metió su mirada en mis ojos como si hubiese metido dos cañones de pistola en mis riñones. Por unos segundos me quedé hierático, petrificado, temeroso y sin habla. Como si un puño se hubiera descargado con fuerza sobre la boca de mi estómago, el aire me faltó y pensé que no recobraría nunca el ritmo perdido. Sin embargo me desperté cuando repitió en un rugido:

- ¡Qué desea usted!

- De usted nada, desde luego.

- ¡Y qué hace frente a mi casa!

- Este trozo es del ayuntamiento. Y me ha dado permiso para estar aquí.

El coronel levantó aún más la cara. Los ojos se le enrojecieron, los puños se le crisparon y los once contra once de su bigote se pusieron de punta, señalándome, acusándome, amedrentándome.

- ¡Allá usted y su ayuntamiento! ¡Pero le advierto una cosa: si vuelvo a verle junto a mi hija, no dudaré en matarle! ¡No lo olvide!

Eché los hombros hacia atrás, creciéndose, como una croqueta altiva, y me estuvo apuntando un rato con su dedo índice, esperando probablemente que saliera corriendo, o que me cuadrara, llevándome la mano a la frente diciendo “a sus órdenes, mi coronel”, o algo así. Sin embargo el tono de mi voz me salió suplicante.

- Pero, por qué.

- ¡Ya me ha oído! ¡No hay porqués!

- Coronel, yo amo a su hija. Se lo juro. Estoy enamorado de ella como nunca lo ha estado nadie de ninguna mujer. Voy a morirme por ella y usted tiene que saberlo.

- Conque esas tenemos, ¿eh? O sea, que no estaba equivocado... ¡La muy zorra! Que ni le conoce, me decía. Se va a enterar en cuanto suba. ¡Zorra! ¡Son todas iguales!

- No le entiendo..., mi coronel.

- ¿No lo entiende, eh? ¡No entiendo el qué! -el coronel gritó y la gente que pasaba giró su cabeza con asombro.

- Que no entiendo a quién llama usted eso, lo de... zorra. ¿No será a...?

- ¡Llamo zorra a quien me da la gana! ¡Y ahora se lo llamo a esa zorra! ¿Sabe lo que me dice? Que no se ve con usted, que no sale con usted. ¡Vaya

pareja de degenerados! ¡Le voy a denunciar por corrupción de menores! ¡Le voy a meter a usted en la cárcel, y a ella en un correccional! Tendrá noticias mías.

Y dándose la vuelta, con la arrogancia de un noble tras arrojar el guante a su rival, retándole a duelo, hizo ademán de marcharse. Yo le cogí por el brazo y le obligué a detenerse.

- ¡Espere usted un momento, señor! -la enérgica actitud de que hice gala le sorprendió y, yo diría, le amedrentó-. Usted no sabe nada de lo que está pasando y se lo voy a explicar. Su hija no le ha engañado en absoluto. Ella no tiene ni idea de lo que siento por ella y, para que se entere, ni siquiera sospecha que esté hablando con usted. Además, tampoco quiero que lo sepa. Llevo siguiéndola meses, he pretendido sin éxito estar cerca de ella, hablarla, que notara mi presencia, mi mera existencia. ¡Ojalá lo hubiera conseguido! Estoy enamorado de un ser que ni siquiera sabe mi nombre. ¡Y usted le acusa de zorra! ¡Está usted ciego!

- ¿Qué quiere decir? ¿Que no se ven? ¿Que no salen juntos?

- Qué más quisiera yo. Si usted pudiera...

- Joven, usted está loco.

- Loco de amor, sí.

- Y encima es un imbécil.

- ¡Oiga usted!

- Adiós, muy buenas. Espero no volver a verle nunca.

- ¿Le dirá usted a su hija...?

- ¿Yo? No sea usted estúpido. Para mí, como si no existiera.

- Pero es que...

- Si sigue molestándonos, a mí o a mi hija, llamaré a la policía. No lo dude.

- Pero señor...

- ¡Márchese! ¡Y olvídense de esta cabra loca! Para usted como si no existiera... ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¡Aquí todo el mundo se dedica a parir...! - dijo el coronel dándose la vuelta y desapareciendo por el portal.

¿Qué había querido decir? Ni él ni yo podíamos parir. ¿Natalia? ¿Natalia embarazada? ¿De quién? ¿Y por qué? ¿Natalia impura? ¡Natalia! ¡Natalia!

Su última frase me fue martilleando el cerebro todo el camino de vuelta, toda la noche, toda la semana. Todavía me retumba en los oídos la frase del coronel, el hecho de que me tenía que hacer a la idea, de que tenía que enterarme, asumir, que Natalia estaba embarazada. Natalia embarazada. Cuántas horas he llorado pensándolo, cuántas semanas sufriendo en silencio un embarazo del que tenía que enterarme, precisamente, por su padre. Embarazada. ¿De cuánto tiempo? ¿De quién? ¿Cómo había sido? ¿Por qué no se le notaba nada? Preguntas, preguntas. La tortura más refinada de las posibles: las preguntas que no tienen respuesta.

Soy un apasionado del orden, del método, de la limpieza. No es que precise para mi vida transparencia ni lucidez, ni tan siquiera lógica. Lo que necesito es que las cuentas cuadren, que las cosas encajen, que cada cosa esté en su sitio. Me desespera la anarquía de los objetos, no de las ideas. Me disgusta profundamente que los cachivaches anden por medio, sin permanecer en el rincón que la naturaleza, o yo en su defecto, les he designado. Los recibos no pueden andar sueltos, por aquí y por allá, ni tiene sentido una sartén en el salón o un libro en el cuarto de baño, salvo que en el cuarto de baño se haya instalado una librería para entretener la plácida estancia de las posaderas en el trono de la evacuación, lenta y pausada, tan placentera como reparadora. Soy un apasionado del orden y su alteración me excita, me perturba el sosiego natural. Las cosas han de ser como son, y si no se quiere aceptar que sean como están siendo, hay que cambiarlas; pero ese acto heroico, la revolución, debe ser igualmente ordenado, planificado, siguiendo un método, un ritmo, unos pasos preestablecidos conducentes a la finalidad revolucionaria prevista. Todo tiene su lugar, su sitio, su espacio en el orden general, como una ruina, y el caos trastoca la sabiduría natural de las cosas en el cosmos.

El embarazo de Natalia había introducido el elemento perturbador que más daño podía producir en el orden natural de una vida tan recta como la mía. No sólo había roto todos y cada uno de mis esquemas sino que me había sumido en el desconcierto y, poco a poco, como las termitas devoran y deshacen las más magníficas construcciones, había convertido en ruina una ilusión forjada al acero en el armazón pétreo de mi existencia irreprochable. El amor es frágil y la ilusión efímera. Esto último ya lo sospechaba yo, sin mencionar que su evidencia ha constituido el norte de toda mi vida. Pero nunca llegué a sospechar que los escombros se desmoronaran con tanta rapidez, que la descomposición de las ruinas de un enamoramiento eterno se desmigaran con tal vértigo.

Me levanté convencido de que una reacción química inexplicable había hecho ruptura seca de un proceso ilusionador que me mantenía en la zozobra y la angustia. Por el cerebro circulan a gran velocidad, y sin respetar los semáforos, las reacciones más desconocidas e imprevisibles. Tan pronto manifiestan un amor inevitable como un distanciamiento incomprensible. A veces el proceso es lento, coherente, cargado de acciones y reacciones

preestablecidas; otras veces el cambio es instantáneo, ininteligible y, por ello, inexplicable. Pues en algunas ocasiones, como ocurrió en mi caso, había bastado una noche de sueño profundo y, a qué mentir, muy plácido, como plazo suficiente para abandonar y abandonarme a una sensación que casi había olvidado: la sensación de que sin estar enamorado la vida es más cómoda, más agradable. Se acabaron los sobresaltos, las fobias y las filias, las angustias y las inestabilidades más propias de las embarazadas o de los hipotensos que de seres tan sólidos, íntegros y cercanos a la perfección como yo. Una mañana al despertar, sin saber muy bien por qué, me sentí joven, tranquilo, relajado. Natalia era aquel ser al que con dificultad podía apartar de mi cabeza, pero ahora con ternura, con cariño, como una hermana a la que se conoce y se quiere desde siempre, sin saber desde cuándo ni hasta qué punto, pero por la que no se altera el reposo espiritual ante la perspectiva de verla o no verla hoy. Natalia empezó a representármese como la chica más bella y adorable del mundo, a la que quería, mucho, pero que tenía su vida y no había razón para que la compartiera conmigo, aunque podría hacerlo si así lo quisiera.

¿Por qué vericuetos se cuele el amor, hiriéndonos? ¿Cuáles son las rendijas que siempre encuentra para dañarnos? ¿En qué consiste el proceso y hasta dónde es capaz de desarrollarse sin nuestro consentimiento? ¿Y por qué se detiene, por qué decide acabar en un momento inesperado, sin previo aviso, como una tormenta, aunque el cielo continúe nublado? ¿Qué es del amor cuando esto sucede? ¿Y a dónde va?

El amor va y viene (vaivén) a su antojo. El amor no se impone. Es inútil invocarlo. Y, sin embargo, es el único ser (sentimiento) libre cuya finalidad exclusiva es impedir la libertad de sus (im)pacientes soportadores. Los esclaviza cuando ellos creen que los libera y, cuando los libera, ellos se creen perjudicados, al menos uno de los dos.

Complejo tema este del amor. Tiene tantas respuestas...

Y entonces fue cuando le escribí el anónimo, la carta que nunca llegó.

- Abuelo, ¿quiere oler un poco a campo?

- Sí, hijo, sí.

TERCERA PARTE

Abuelo, ¿sabe qué es estar enamorado?: es tan sólo un deseo, y además un deseo egoísta porque es un deseo de poseer. Estar enamorado, por lo demás, no implica la necesidad de ser correspondido. Hay una gran diferencia entre enamorarse y querer, entre el enamoramiento y el cariño, entre el enamorado y el dador de amor, el amante. Cualquiera puede enamorarse de un cuadro, una canción o un licor, pero nadie pediría, en tal caso, que el cuadro, la tonadilla o el vino correspondiera a su amor. Y aún más, el deseo de posesión es consustancial al enamorado, pues enamorarse de un cuadro, una música o un licor no es un estado febril que se alivie con saber que el cuadro existe, la canción está en un disco o el vino en el supermercado, sino que el ánimo y la zozobra no deja paso al sosiego mientras el óleo no cuelgue de una de las paredes del salón del enamorado, el CD no forme parte de la discoteca particular del tórtolo y la botella no se derrame por el paladar del devoto. En definitiva es una posesión, una voluntad de poseer (contemplar, escuchar, ingerir) y, en ese sentido, de tener, dominar, mantener bajo control y legitimar la propiedad. Y, al final, presumir de la propiedad y exhibirla, con orgullo y un poco (o mucho) de presunción, con vocación de provocar admiración y, según los casos, envidia. El cuadro, el disco y el vino afectan a los sentidos (la vista, el oído y el gusto, respectivamente), pero si se tratara de un tejido, atañería a la vista y al tacto; si de una rosa, a la vista, el tacto y al olfato; y si de un jilguero, a la vista, al tacto, al oído y quién sabe si, en caso de mucha necesidad, al gusto. La pequeña diferencia entre enamorarse de una de esas cosas, objetos, plantas y animales, y enamorarse de una persona está en que, siendo ambos un deseo de posesión sensual, con otro ser humano la satisfacción que se pretende atañe a los cinco sentidos (verla, oírla, acariciarla, olerla y besarla) y un sexto sentido que es como un mandamiento, por el número que ocupa. El sexto sentido es el deseo, en el que hay que poner los otros cinco para que el sentido tenga su sentido más sentido, más pleno, más completo. Enamorarse es pugnar por poseer, pero no siempre por conservar.

Poseer es tener vehementemente, pero sólo el tiempo necesario hasta cansarse de lo poseído. El enamorado quiere poseer y su angustia le obliga a que esa posesión sea inmediata, lo antes posible. El enamorado es un impaciente. Pero en su ardor pasional no piensa, ni le preocupa, saber qué pasará después, cuando el cuadro lleve meses colgado de la pared de enfrente y

su visión resulte agobiante, cuando el disco sea ya una murga repetitiva, monótona e insufrible, y cuando el vino sea incapaz de excitar el paladar, resulte aburrido para los platos que acompaña y su sabor no produzca placer sino abulia. El enamorado no piensa en ese momento porque tiene prisa, ansiedad y angustia por poseer, y en su ardor no cree posible fatigarse con la contemplación, la escucha o la degustación.

Pronto se da cuenta de que no es así y, una vez poseída la ansiada posesión, la exhibe. Pero como el resto de los mortales no comparte su enamoramiento, y se limita a alabar el colorido por cortesía, el estribillo por cumplido y el sabor por delicadeza, el enamorado se da cuenta de que los amigos son gentiles, eso sí, pero que él ya tenía razón en lo que sospechaba. Y el enamoramiento se acaba violentamente con el cuadro colgado detrás la puerta del trastero, el disco en el fondo del baúl y el vino en el escaparate del supermercado a la espera de seducir a otro cliente.

Al otro lado, más al fondo, está el querer, el cariño, el afecto sublime y seguro: el amor. El amor no es posesivo. El amor no necesita ser correspondido. El amor es duradero porque es compendio de cariño, afecto y costumbre. El matrimonio es siempre eso, y más permanece a lo largo del tiempo cuanto más consciente es la pareja de que la pasión acabó en el viaje de novios, o un poco antes, y que el uno es para el otro un soporte de cariño, un pilar de estabilidad, un apoyo de comprensión, una pequeña costumbre. Sin filigranas, sin escorzos gimnásticos, sin voluptuosidad pero también sin tedio, sin aburrimiento, sin rutina. O con la rutina de la paz, de la tranquilidad y de la serenidad. Cada uno reposo del guerrero del otro, que guerreando en el estrés de la gran ciudad, busca un paréntesis en el hogar, un reposo merecido y un compañero dispuesto a lavar la crispación con ungüentos, aceites y bálsamos, que a veces es silencio y a veces ver juntos la televisión comentando al final, tan sólo, “qué rollo”. El amor no es egoísta ni posesivo, aunque los celos le arranquen su esencia y lo transmuten, porque los celos son enemigos del amor. El que es celoso no ama, porque el afán por poseer en exclusividad le obsesiona tanto que no le deja tiempo para amar. El que tiene celos quiere tener la posesión sobre la otra persona, no el amor de la otra persona. El que tiene celos cree que, por tenerlos, la otra persona va a quererle más, o va a impedir que la otra persona le deje de amar. Muchos celosos creen que hacen bien en ser así, pues cuanto más celosos sean menos posibilidades dan a la otra persona de conocer personas nuevas que le arrebaten lo que posee y no quiere dejar de poseer. Y muchos celosos creen que si la otra persona no es celosa es porque no les importa, no la quieren, porque el que quiere ha de ser celoso para que el amor sea auténtico. Deducen, en fin, que amor sin celos no es amor, como no puede haber poesía sin poetas. Habría que mostrarles la poesía de la naturaleza, de una mirada o de una flor. Aunque siempre dirían que la naturaleza, los ojos y la flor son los poetas.

Yo estaba enamorado de Natalia pero no sentía amor por Natalia. Por otra parte, difícil es sentir amor por quien no se conoce. Yo estaba tan enamorado de Natalia que no me importaba sentir amor por ella. Ahora, que ya no estoy enamorado, es cuando más la quiero. Y por una vez, sin saber por qué, me he puesto a pensar en el amor y en el acto de enamorarse como si lo necesitara. Y me he quedado tan triste, abuelo, que sólo me queda una posibilidad para sobrevivir a mi cansancio: voy a tener que irme a casa y abrirme una lata de leche condensada y comérmela mojando galletas.

No. No se trata de las galletas.

Siento una sensación dentro de mí que quizá sea natural pero que, desde luego, no es placentera. Tampoco es desagradable porque el amor nunca lo es, pero dista mucho de ser un estado de ánimo envidiable.

Una sensación dentro de mí que me asfixia. Quiero a Natalia hasta un punto de difícil retorno. Creo que la querré siempre aunque la vida deje de ser vida. En realidad, para mí, ha dejado hace mucho tiempo de serlo. Tengo la sensación de que no estoy enamorado de ella, de que no quiero poseerla, de que viviría a su lado aunque se quedase parálitica y hubiera de vivir el resto de sus días en una silla. Yo la acompañaría tomándola de la mano, en silencio, acariciando sus mejillas y retirándome de su lado sólo cuando no pudiera impedir que me resbalara una lágrima. Jamás me vería llorar, pero lloraría cada día de felicidad, de amor. No quiero su cuerpo; quiero su alma. Que me mirara una vez cada mucho, que me sonriera, que sintiera las vibraciones de mi amor protegiéndola en su invalidez, permanentemente a su lado, día y noche, todos los días de mi vida.

La quiero tanto que ni siquiera sé por qué. Si ella me quisiera, quizá la dejara de amar.

Ojalá fuera su sonrisa el único maquillaje que usara cuando la veo.

Odio a Natalia. Me resulta una estúpida y una engreída a la que no estoy dispuesto a soportar salvo que me jure por lo más sagrado que se va a acabar su indiferencia y su distanciamiento. Yo, que estaría dispuesto a sucumbir a sus estafalarios caprichos, como esa manía de bailar con el maestro, y a otras muchas cosas con tal de que fuese su deseo, no puedo tener reposo a su lado, no encuentro la manera de recobrar la paz con sólo pensar en ella. Será estúpida: embarazada. Pero, ¿quién habrá osado recrearse en su cuerpo, poseerla, hacerla suya y, además, en el colmo de la guarrería, mancillar sus entrañas ensuciándola? Y ella, ¿en qué estaría pensando? ¿Qué, o quién, se cree que es para disponer de su cuerpo sin mi consentimiento, por decencia moral, por buena educación? ¡Qué bajo has caído, Natalia! Ahora sí que te has ensuciado para siempre.

La odio con todas mis fuerzas y, aun así, creo que no podría dejar de sonreír con sólo estar junto a ella. Mi sonrisa perpetua sería de agradecimiento por dejarme estar a su lado, por sentirse a gusto junto a mí, o al menos, por aparentar estar a gusto. Tanto la odio que nunca me separaría de ella para que por siempre comprobara, con mi sonrisa, que la odiaba durante toda una vida. Me encrespa, me irrita, me saca de quicio. Recuerdo su mirada, su cortesía, y me enamoro por unos instantes. Pero pienso en ella, en sus huidas, en su ingratitud, en su frialdad, y la odio a rabiar, la odio sobre todas las cosas de este mundo. En comparación, hasta el portero de Ibiza me resulta simpático.

Y lo peor de todo es que no la entiendo. ¿Cómo es posible que no esté perdidamente enamorada de mí? Ocasiones de estar conmigo ha tenido, y ha disimulado tan bien su turbación que ni yo me he dado cuenta de que deseara estar a mi lado, a solas, entre mis brazos, satisfaciendo su amor. ¿Hay alguna posibilidad de que no esté enamorada de mí? Lo dudo. Y si es así, ¿por qué me he equivocado? Y, sobre todo, ¿en qué? Es imposible que no me ame. Pero si me ama, ¿de quién puede estar embarazada?; y, ¿por qué lo ha hecho con otro hombre? Sólo se me ocurre una explicación: el maestro. El maestro la ha engañado. Le habrá prometido el éxito, la fama, la gloria... La habrá embaucado. El cerdo del maestro la ha engañado, ha abusado de ella y la ha dejado embarazada. Eso es: le voy a denunciar. ¡Por éstas que le voy a denunciar!

No entiendo lo que me pasa. Quiero a Natalia. Odio a Natalia.

¿Sabe, abuelo? Si se me apareciera un genio y me pidiera que formulara tres deseos, no tendría que pensármelo mucho: el primero sería que me garantizara la salud y la integridad corporal hasta los cien años, para poner mi vida y mi salud a disposición de Natalia. El segundo sería que me infundiera, en un instante, la ciencia que acumulaban en su cerebro, producto del estudio y la experiencia, los cinco sabios más inteligentes que han existido en el mundo con sus respectivos idiomas, para convertirme en el Pigmalión de Natalia. Y el tercero, una bolsita que contuviera cien bolitas de deseos que pudiera ir usando según los fuera necesitando, para satisfacer a Natalia. Si a ella le gustara que jugase al tenis, por ejemplo, con uno de esos deseos me convertiría en el mejor jugador de la historia y sería, durante un año, el número uno de la Asociación Mundial de Tenistas. Si a ella se le metía entre ceja y ceja el capricho por la música de guitarra, con otro de los deseos me convertiría en un compendio de Segovia, Tárrega, Hendrix y Carlos Santana. Que luego quería que fuese futbolista, pues "pichichi" en el Real; que piloto, campeón de la Fórmula 1; que físico, Einstein a mi lado sería un aprendiz.

El genio de la lámpara debería venir a hacerme una visita.

Estoy obsesionado con el embarazo de Natalia, no por lo que supone en sí, sino por lo que ha tenido que hacer para quedarse embarazada. La fidelidad: ese es el meollo de la cuestión.

Natalia me ha sido infiel y, es posible, que haya sido por el desarrollo de unos acontecimientos concretos y no porque se lo haya propuesto con premeditación. Pensaré si la perdono.

No me importa que Natalia esté embarazada ni que, en el peor de los casos, se tenga que casar con otro. Una vez casada, será presa de mi amor aún más fácilmente que permaneciendo soltera. Aunque tenga que esperar al aburrimiento de su marido, al cansancio de sus viajes y a su confianza ciega. Porque mi amor durará siempre, que es mucho más de lo que va a durar su matrimonio feliz.

Desde hace unos días estoy triste y por eso los paso pensando en cosas que nunca me habían importado. Pienso demasiado, quizá; hora tras hora veo ante mí la imagen de Natalia y en torno a ella surgen pensamientos tristes, nubes de tormenta. Yo, que siempre he sido alegre y optimista, radiante más bien, de pronto me siento viejo, solo, derrotado. Puede que por mi manera de ser nadie se llegue a dar cuenta de que sufro, de que lloro con frecuencia, de que sé que he fracasado en lo único que me ha importado en toda mi vida. Muchas veces, sentado en mi sillón, noto que el corazón se me retuerce y, entonces, unas bolas se me ajustan a la garganta y no puedo tragar saliva porque me pondría a llorar. Y a veces lloro desconsoladamente, con lágrimas calientes y gordas que no saben a nada. Lloro por Natalia; o por mí; o por el mundo. Lloro.

El resto ha sido todo una broma. Hasta que la conocí, mi vida no había sido nada. Desde que la conozco, tengo otro mundo, lleno de fantasías seguramente, pero lleno. Qué curioso: cuando mi vida está más llena es cuando más solo me encuentro. Antes estaba vacío y no sentía la soledad. Yo mismo me acompañaba. Ahora estoy más solo porque ya no puedo acompañarme: sólo vivo para acompañar el recuerdo de Natalia.

Necesitaba tener una prueba de que Natalia era real. Durante días pensé la manera de conseguir la prueba que me demostrara a mí mismo que, además de existir, ella era tal y como yo suponía, tal y como se me representaba en el cerebro, quizás idealizada, lo confieso, pero con unas formas tan determinadas que sólo teniéndola ante mí de manera permanente podría evitar que su imagen se distorsionara, disparándose hacia una perfección más perfecta aún de lo que yo recordaba. En todo el tiempo pasado todavía nadie me había confirmado que su nombre fuese Natalia, aunque también es cierto que nadie la había llamado por otro nombre delante de mí. Pero, ¿por qué yo la bauticé de esa manera? ¿Cómo empezó todo? Algo debía de tener en los ojos, en la mirada, o en su cuerpo, para que me hiciera llamarla de esa manera. Tenía pinta de llamarse Natalia...

Y si no sabía su nombre era porque, a lo mejor, tampoco existía. La única convicción que tenía era que, durante las clases de ballet, el maestro se dirigía a una señorita llamándola nena, muñeca, cariño y otras lindezas por el estilo; que tal señorita era hija de un coronel apellidado Martínez y, por tanto, la minina era la señorita Martínez. Pero, ¿esa chica de nombre desconocido era tal y como yo la imaginaba? Es más ¿existía quien yo imaginaba o imaginaba a mi manera a una bailarina que existía? Y si existía de verdad, ¿cuál era su edad? Y si no sabía ni su nombre, ni su rostro, ni su edad, ¿cómo podía saber si estaba o no casada y, aún más, la certeza de su embarazo? De repente vi la luz; y la luz era que la oscuridad era total con respecto a Natalia, o como se llamase.

Tenía que conseguir una prueba de la existencia real de Natalia. Una prueba definitiva, irrefutable, indestructible. Una prueba completa: una fotografía. ¡Claro! ¡Cómo no se me había ocurrido antes!

Tenía que preparar un plan minucioso para alcanzar mi objetivo. Desde el principio establecí que se trataría de una operación militar de alto secreto, tanto por el resultado a conseguir (la fotografía de la hija de un coronel) como por los medios a utilizar, mezcla de meticulosidad, eficacia y discreción. Un plan que ejecutaría solo (sería un comando unipersonal), amparado en la oscuridad de la noche (factor sorpresa) y en el más breve espacio de tiempo (incursión en las líneas enemigas sin ser sorprendido: un golpe de mano). Sólo conocía dos sitios en donde poder encontrar una foto de Natalia: el primero, su propia casa, tenía varios inconvenientes, el mayor de los cuales era el desconocimiento del

terreno; el segundo, el estudio de baile, ofrecía como garantía el conocimiento del lugar, incluido el cajón donde el maestro guardaba las fichas de sus alumnos (era de esperar que con fotografía), aunque contaba con dos graves inconvenientes: el portero del inmueble, al que consideraría como un campo minado, y el maestro que dormía en el propio estudio, lo que suponía una incursión a cuerpo descubierto en el mismo cuartel general del enemigo. Aún así, este segundo me pareció el flanco más adecuado para atacar.

Me preparé a conciencia. El día D sería un jueves, porque el maestro estaría más cansado, después de haber dado clase a Natalia, y dormiría más profundamente. Y cuanto antes mejor, lo que ayudaría al factor sorpresa. Así pues, me quedaban tres días para ultimar los detalles del plan. La hora H sería después de la medianoche, puntualmente a las dos y cuarto de la madrugada. El cálculo tenía que ser exacto:

02.15 : Llegada al portal.

02.17 : Llegada a la puerta del estudio.

02.18 : Llegada al cajón de las fichas.

02.19 : salida del estudio.

02.20 : salida del portal.

En cinco minutos, ni uno más ni uno menos, el objetivo se tenía que haber cumplido. No se me escapaban dos detalles que, sin embargo, tenía que resolver en los tres días que faltaban hasta el día D, hora H: la manera de ir vestido, para pasar inadvertido en la oscuridad, y la manera de ir calzado, para no hacer ruido en el interior del estudio, con el parquet encerado y crujiente.

Decidí muy pronto que me pondría mi traje marrón oscuro, más discreto que los otros, con una camisa negra y una corbata verde hoja que heredé de mi padre. La tonalidad opaca de todas esas prendas me harían casi invisible en la noche, sin perder además mi distinción. Lo del calzado fue peor, pero lo resolví con mi ingenio característico: a mis zapatos negros les enrollaría dos gamuzas de limpiar el polvo, lo que los convertiría en dos plataformas algodonosas que evitarían cualquier ruido sospechoso. Los detalles, finalmente, estaban resueltos. Como era de esperar, no se me había escapado nada.

Las nimiedades últimas que quedaban por resolver eran cómo entrar en el portal y, luego, cómo entrar en el estudio, careciendo de llaves de ambas puertas. Lo del portal era más complicado pero confiaba en mi buena suerte; la puerta del estudio, si era necesario, la apalancaría sin hacer ruido. Ambas cosas, convencido de mi buena estrella, las dejé a la improvisación.

Llegó el día D. La calle estaba desierta y sólo un automóvil pasaba, de vez en cuando, a gran velocidad. Desde el parque del Retiro hasta el portal no me crucé con nadie, y un coche de policía, que patrullaba despacio por el lado contrario del bulevar, me inspiró tranquilidad en la soledad de la noche. Hacía años que no salía a esas horas de casa y me sorprendí sin sueño, agitado por la misión que me había encomendado y, curiosamente, sereno a pesar de la

responsabilidad. No hacía frío: tan sólo una brisa suave, más bien templada, me golpeaba el rostro con mimo, acariciándome y limpiándome algunas gotas minúsculas de sudor que supuraba mi frente. Caminé confiado hasta el portal, a paso firme, y al detenerme ante él miré el reloj: eran las 2.05, por lo que tendría que esperar diez minutos hasta la hora H, tal y como había fijado.

Detenerme ante el portal tanto tiempo hubiese podido resultar sospechoso si algún vecino se asomaba al balcón o el coche de la policía repetía su ronda por allí. Así es que di un paseo en ambas direcciones para hacer tiempo. No acostumbro a fumar, pero en aquellos momentos de espera tensa encendí un cigarrillo y aspiré lentamente el humo hasta consumirlo del todo. Exhalando el humo me miré reflejado en un escaparate y recordé, por un instante, a Glenn Ford. Me sentí el novio de Gilda.

Se hizo la hora. Volví a mirar el reloj y las manecillas se clavaron sobre la numeración prefijada. Entonces, sin dudar, me planté ante el portal y empujé el pomo de la puerta. Tal y como había previsto, la puerta estaba cerrada.

Puse en práctica el recurso número uno: di una patada a la puerta, pero permaneció inmóvil. Había fallado. Entonces puse en marcha el recurso número dos: con el destornillador que llevaba intenté apalancar el portón. Inútil. Por más que lo intenté, aquello no cedía. No quedaba más remedio que usar el recurso número tres, el último: al azar pulsé un timbre del cuadro del portero automático y esperé a que alguien respondiera.

Una voz de mujer, somnolienta y áspera, preguntó irritada:

- ¿Quién?

Aflauté mi voz cuanto pude.

- Perdona. Soy el maestro Rodríguez, el del bajo izquierda. Se me ha olvidado la llave. ¿Puede abrirme el portal, por favor?

- Sí, claro -respondió. Y mientras sonaba el timbre eléctrico que abría el portal, se oyó una voz de hombre al fondo, por el interfono.

- ¿Quién era?

- Nada. El marica ese del bailarín. Que se ha vuelto a olvidar la llave.

Entré en el portal. Eran las 02.17 y el plan funcionaba a la perfección. En unos segundos me planté ante la puerta del estudio. Siguiendo el proyecto preestablecido, metí el destornillador entre el marco y la puerta e intenté forzarla, pero con tan mala suerte que se me escapó la herramienta y se me clavó aquí, en la palma de la mano. La puerta retumbó al soltar de repente la presión de la palanca y yo di un grito de dolor que no pude contener. Con ambos ruidos el maestro se despertó, se llegó hasta la puerta y dijo en voz alta:

- ¿Quién está ahí?

- Soy yo, maestro -respondí mientras me agarraba fuertemente la mano con la otra, para que no siguiera saliendo sangre.

El maestro abrió y, al verme, tan apuesto, con mi traje marrón, mi camisa negra y mi corbata verde hoja, que luego me repetiría alabando la armonía de mi

vestimenta y el gusto que la inspiraba, se agarró al quicio de la puerta y me suplicó, angustiado, que le llevara un vaso de agua. ¡Para aguas estaba yo! Y como no le hice ni caso, se desmayó del todo. A pesar del dolor que me corría desde la mano hasta el hombro, me porté como un soldado, corrí al cajón de las fichas y, sin fijarme en nada, sólo en la fotografía, la arranqué de donde estaba pegada y me la guardé en el bolsillo. Después salí de allí, cerré la puerta, abandoné el portal y me fui a la casa de socorro a que me dieran dos puntos de sutura y me vendaran la mano.

La operación había acabado a las 02.21, un minuto más tarde de lo previsto, pero el éxito había sido total. Días después, repuesto de la herida y con la fotografía de Natalia sobre mi mesa de trabajo, recibí una llamada del maestro que me conmovió.

- ¿Señor Orejuela, es usted?
- Sí, dígame.
- Soy el maestro Rodríguez. Quería...
- Encantado de oírle, maestro. ¿Cómo se encuentra?
- No lo sé, gracias. Quería hacerle una pregunta.
- Usted dirá.
- Por casualidad, sólo por casualidad... Lo digo sin que se ofenda, claro, sólo por casualidad... ¿Usted ha venido a verme últimamente?
- Pues... no. Pero si usted quiere...
- No, no, claro, qué tontería... Figúrese que la otra noche soñé... Pero en fin, no voy a contárselo... Usted estará muy ocupado...
- Dígame si quiere, maestro. Sabe el aprecio que le tengo...
- No, déjelo.
- ¿Quiere que vaya a visitarle?
- ¡No! Quiero decir que no, que no se moleste...
- Pero si no es ninguna molestia.
- Ya lo sé, pero gracias, no. En estos días estoy muy ocupado. Más adelante, tal vez...
- Como usted quiera. pero, se encuentra bien, ¿verdad?
- Sí. Algo de nervios, tal vez. Pero bien, gracias.
- Si necesita algo, maestro, ya sabe que...
- No, muchas gracias. Claro que, pensándolo bien... Tal vez una pregunta: ¿tiene usted una corbata de color verde oscuro, así como... verde hoja?
- No, ¿por qué? ¿Necesita una?
- No, por preguntar... Una tontería. En fin, muchas gracias y perdone la molestia.
- Ninguna, profesor. Encantado de saludarle. Iré a verle un día.
- Cuando quiera. El año que viene, por ejemplo. O el otro. Ya le llamaré y le invitaré. Buenas tardes.

- Buenas tardes.

Tardó un rato en dar con el lugar apropiado para colgar el teléfono. Tanto que me dio tiempo a oírle dar un chillido histérico y ponerse a llorar. El maestro, desde luego, no anda bien de los nervios. Pobrecito. Su llamada fue conmovedora, pero lo mío era un alto secreto militar y no podía traicionar a la patria.

El objetivo de conseguir la fotografía estaba cumplido, pero con la precipitación me había quedado sin saber el resto de los datos que me interesaban. Seguía en la ignorancia con respecto al nombre de aquel ser maravilloso reproducido a todo color sobre el papel y, detalle menor al fin, su fecha de nacimiento, lo que con una simple resta me hubiese proporcionado la edad de Natalia. No sabía el nombre ni la edad, pero conocía su cara y la podría ver siempre que quisiese. Puse la foto sobre mi mesa de trabajo y allí la contemplé extasiado durante horas y horas.

Es guapa, condenadamente guapa. Mira como si fuera a preguntar siempre con ingenuidad. Su boca, en una semisonrisa insinuada y reprimida (la Gioconda a su lado parece estar haciendo pucheros) está un poco torcida, como avergonzada de la perfección de sus labios y, con esa mueca, pretendiera afearlos por modestia. Su nariz tiende a la redondez, pero no pierde una esbeltez que crucifica la cara para recordar que son rasgos inmejorables. El pelo, recogido atrás en un invisible moño, se rebela y se revuelve despeinado en minúsculos cabellos que se desbordan por la frente como hilos de agua de una catarata inexistente. En conjunto, la cara parece redonda, pero no lo es. Más bien parece una virgen de Murillo retocada y lavada después para quitar maquillajes innecesarios. Podría resultar sosa si no estuviera cargada de malicia: resultaría ingenua si por sus ojos no se derramaran litros de picardía. Demasiado guapa para ser real. Y sin embargo lo es.

Estaba cansado del esfuerzo psíquico que había representado mi operación militar y decidí, en un momento, viajar, alejarme de la ciudad y recorrer el mundo, no sé si para poder olvidar o para, por lo menos, distanciarme y poder contemplar mi situación con una mayor perspectiva. Tomé la decisión de viajar por Ávila, Segovia y Soria en un periplo aventurero hacia rumbos desconocidos, sin recordar que a mí los viajes no me gustan y me resultan agotadores y poco convenientes para la salud. Tanto es así que ni tiempo tuve de levantarme del sillón cuando, sin mediar pensamiento alguno, deseché la idea de plano.

Unos días después, incapaz de resistirlo, volví al parque para verla pasar. Llegué muy pronto porque la tarde invitaba a pasear y salí temprano de casa. Cuando iba a sentarme en mi banco, usted abuelo, había llegado antes y lo ocupaba descaradamente. Por fortuna no está usted grueso y dejaba espacio para mí. Me senté y busqué con rapidez la forma de espantarlo de aquí.

La tarde, ¿lo recuerda?, era luminosa, como de junio, seguramente porque estábamos en junio. El cielo de Madrid, que asombra y enloquece a los forasteros con su sensibilidad, estaba más hermoso que nunca. Habría que definir un *azul Madrid* como color diferenciado de la portentosa gama de los azules. El parque, bajo esa luz, estaba de un verde distraído, y la tierra no era de su color sino dorada como un ruedo recién regado. No abundaban los niños; estarían aún en el colegio. Los viejos, como de costumbre, se habían sentado por filas en los bancos, en hileras de tres o cuatro, arrimaditos como para darse calor, o como bolos para que de una tirada pudiese hacerse pleno con ellos. Para dar facilidades, supongo. Resignados. Pero un bobo se había desmadrado de las hileras negras de fichas de dominó vistas por detrás. Un viejo no se había resignado y se negaba a dar facilidades al jugador con puntería. Un solo viejo y me había tocado a mí. Ese viejo era usted.

Tampoco era cuestión de explicarle que esperaba a un fantasma llamado, supuestamente, Natalia; ni que me gustaba estar solo; ni el valor de la intimidad. No era cuestión, ya digo, de entablar un pulso dialéctico sobre bases tan poco firmes. Así es que tomé por el camino del medio.

¿Recuerda? Empecé haciéndome pelotillas con los mocos y a lanzarlas al aire, como se juega a las chapas, con los dedos pulgar y corazón. Las lanzaba hacia arriba sin cuidado de dónde podían caer. Usted, al principio, me miró un momento, pero volvió a apoyar su barbilla en el bastón, que sujetaba firme con las manos en la empuñadura, y siguió mirando al frente. Yo me hacía pelotillas cada vez más hermosas, redondas y duras, lanzándolas después al buen tuntún. Al cabo de un rato me miró, recién lanzada la última, y sin apartar su barbilla del puño del bastón, me dijo:

- ¿Por qué es usted tan guarro, hijo?

Me lo dijo con voz firme pero resignada, que quizá denotaba un fondo de desagrado pero mucho de comprensión. La pregunta fue tan apacible que no pude encolerizarme. Me limité a decir:

- Higiene, abuelo, higiene.

¿Lo recuerda? Y seguí horadando mis fosas nasales en busca de tesoros esquilados ya. Usted hizo un inapreciable gesto de encogimiento de hombros y siguió mirando al frente, quizás esperando ver pasar ante sí alguna novedad, o alguna moza evocadora de tiempos distantes en el espacio y en el tiempo. Se me habían acabado las pelotillas y usted continuaba allí, abuelo, imperturbable y ausente. Entonces ensayé mi casi olvidada táctica de los corrimientos intestinales, las flatulencias y los gases. El primero me costó más trabajo: los demás le siguieron con paciencia pero con contundencia. Al cabo de un rato, recuerdo, usted dijo como para sí:

- Huele a campo, a vacas, a pueblo. Buen olor, rediez.

- Si usted lo dice...

- ¿Decía hijo?

- Nada, abuelo, nada.

Estaba claro que no había quien lo moviera de aquí. Necesitaba tanto quedarme solo, pensando en Natalia y preparándome para su llegada que quería espantarle, pero mis tácticas habituales habían fallado. Lo peor de todo fue que, con tanto corrimiento de interiores, me entró una fuerte necesidad que me obligó a salir corriendo en busca del bar más cercano. A duras penas pude contenerme en el semáforo, apretando las nalgas y resistiendo el sudor frío que me empapaba todo el cuerpo. Con la luz verde crucé corriendo y, con la necesidad a punto de escaparse por donde era más lógico, entré corriendo en una tasca y, viendo al tabernero, hombre robusto y con aspecto de fajador, vociferé:

- ¿En dónde puedo cagar?

- Al final de la barra hay una puerta donde pone "caballeros". No le importe, entre.

Y continuó secando los vasos con su mandil de rayas verdes sin inmutarse un ápice.

Llegué con el tiempo justo. Desahogado, volví al parque después de darle las gracias al tabernero, que siguió imperturbable. Contemplé con satisfacción que mi banco estaba vacío. ¿Quizás usted se había marchado pensando que yo me había ido ya y no le quedaba nadie más que le hiciese compañía? Sea como fuese, mi trono estaba solitario y allí podía sentarme a esperar a mi princesa.

Aunque en aquel momento ya dudaba de ella. No de ella propiamente dicho, sino de que estuviese enamorado de ella. Dudaba, por tanto, de la realidad de mi amor. Algo se había enfriado de repente. Por un momento reviví el recuerdo de Natalia como un pasaje lejano, como una historia que había sucedido hacía mucho tiempo y que ya no me pertenecía, al menos de forma tan presente como pertenecen las enfermedades o como pertenecen los muertos. Durante unos minutos, la inesperada lejanía me desconcertó. Estaba seguro de

que no estaba enamorado de Natalia, de la misma manera (y con igual intensidad) que estaba convencido de que la quería como a nadie había imaginado querer nunca. Era sin duda un descubrimiento, sorprendente, más sorprendente aún de lo que suelen ser los descubrimientos, hechos que se producen tras ser buscados aunque aparezcan a veces inoportunamente, o de manera imprevista, y lo que sorprenda sea su presencia pero no su hallazgo. Un descubrimiento no es lo mismo que un invento, aunque ambos tienen en común que son recién nacidos cuando salen a la luz. Aquel descubrimiento –desde luego no perseguido- me causó más que sorpresa: me produjo perplejidad. Me parecía inconcebible que no me sintiera enamorado de Natalia y, sin embargo, era así. Tampoco sé muy bien lo que sentía. De pronto fue como si me hubiera quitado veinte años de encima, o una pena muy grande, o un pecado. Liviano, ágil, optimista. Creo que mis pies no rozaban el suelo.

Y en esto llegó Natalia. Caminaba a su estilo, era ella, tenía su belleza y su perfección..., pero no iluminaba. Era un ser humano terriblemente agraciado que se acercaba a mí sonriendo con los ojos, pero sin ninguna mueca en los labios.

- Hola. ¿Cómo estás?
- Muy bien, gracias. A clase, ¿eh?
- Claro.

Se había detenido frente a mí y su presencia no me causaba turbación. Me puse lentamente de pie y afirmé sin rodeos:

- Te acompaño hasta el estudio.

Ella no dijo nada. Pareció aceptar la compañía con agradecimiento, pero sin euforia. Tampoco hubo en ella gesto alguno que denotara fastidio. Naturalidad.

- ¿Sigues bailando tan bien?
- No, qué tontería. Si estoy aprendiendo. Además, el baile no me gusta.
- Yo creía que sí.
- Bueno, me gusta, pero no es lo que más me gusta.

Caminamos en silencio algunos metros, nos detuvimos ante el semáforo y cruzamos la calle sin hablar. Al llegar a la esquina me acordé del portero y preferí no acercarme más.

- Bueno, te dejo aquí. Yo voy a seguir dando un paseo.
- Vale, adiós –contestó ella sin mostrar interés alguno.

Se dio la vuelta y caminó tres pasos. Instintivamente deseé pedirle algo.

- ¿Señorita?
- ¿Sí? –preguntó girándose un poco.
- No... nada. Que baila usted muy bien.

Entonces sonrió levemente y siguió su camino. En efecto: no estaba enamorado de ella. Tan sólo deseaba poseerla. De haberme atrevido la hubiese

pedido que se quedase conmigo, que se viniera a casa. Pero no me iba a atrever nunca y la dejé ir.

Viéndola marchar comprendí que era la mujer más guapa del mundo y que sentía por ella la infinita ternura que se puede sentir por una paloma herida o por una paloma enjaulada. Se me iba de las manos como una paloma liberada de su jaula, con la tristeza de saber que no la volvería a ver y con el cariño de haberla cuidado, mimado y liberado.

Entonces me di cuenta de que quería poseer a Natalia, no tanto para que no me olvidara, como había pensado, como para poder comportarme con ella tal y como deseaba, que es tal y como soy. Nadie es permanentemente simpático, cortés, atento, distinguido y elegante. En cambio todo pretendiente aparenta serlo hasta que se consigue la respuesta apetecida. Las mujeres parecen no recapacitar sobre ello, o hacen como que no lo comprenden. Sobre todo porque ellas hacen exactamente lo mismo y no tienen tiempo para reparar en lo evidente. El amor no es que sea ciego: es que no mira al otro porque se pasa el tiempo mirándose a sí mismo. Y luego, claro, cuando se mira, ya se ve demasiado.

Si cuando se ve demasiado es después de la boda, la cosa tiene peor arreglo. Este pensamiento revoloteaba por mi mente con tanta persistencia que no me di cuenta de que, en mi paseo, me había acercado demasiado al portal del estudio de baile. Levanté la vista y allí, desplomado sobre la pared, el portero parecía sostener con su hombro todo el edificio. Me sonrió de una manera tan abierta que no me atreví a responderle de igual modo porque no sabía qué significaba su mueca. Tampoco me pareció honorable darme la vuelta y salir corriendo por lo que, haciendo de tripas corazón, me dispuse a pasar por delante de él. Al llegar a su altura, y sin apearse de su sonrisa grotesca, me dijo:

- ¿Qué, hoy no me ofrece un pitillito?

- No, porque nunca me lo acepta. -Y añadí:- Además, no me apetece comer tabaco, ahora.

El maldito portero explotó en una carcajada grosera que continuaba a mis espaldas mientras me alejaba. Algún día le daría una lección que no olvidaría.

Tenía por delante un par de problemas que resolver. Uno era, lógicamente, mi relación con Natalia, no del todo fluida para ser sinceros, ni menos aún clarificada, teniendo en cuenta que por aquellos días dudaba de mis sentimientos y no sabía encuadrarlos con precisión en el esquema general de mis emociones. El segundo problema lo constituía el portero, sabandija sin educación ni vergüenza que me había humillado y al que le debía un severo castigo, sin misericordia alguna.

Mi relación con Natalia podía prolongarse indefinidamente en el tiempo, por lo que no corría prisa resolverla sin la adecuada meditación. En cambio, la respuesta al portero era perentoria porque, si no acababa con su impertinencia, tendría que dar un rodeo cada vez que por necesidad o placer tuviese que pasar por las cercanías de sus dominios. Tenía que planificar algún golpe bajo contra su indignidad y arrogancia.

Descartado el método de las ostras envenenadas, porque no se merecía el precio de una docena, pensé en dar un chivatazo a la policía acusándole de ser miembro destacado de una organización terrorista. Luego recapacité que, tal vez, le observarían, pero con tanta discreción que ni siquiera él se enteraría, por lo que no le iban a molestar. Supuse que sería del Atlético de Madrid, como todos los porteros, pero no se me ocurrió nada relacionado con el fútbol. Una carta-bomba era excesivo y un navajazo demasiado violento. Una broma, una inmensa broma: eso es lo que le haría.

El jueves, a las siete de la tarde, le llamé por teléfono.

- ¿Es usted el portero de la calle Ibiza 4 bis –pregunté enérgico.
- Sí señor.
- ¡Que se ponga mi hija! –grité.
- ¿Qué hija?
- ¡La mía! ¡Quién va a ser!
- No sé de qué me está hablando, pero aquí no hay ninguna hija de nadie.
- No me venga con cuentos –amenacé-. ¡Que se ponga mi hija!
- Usted s'a confundido.
- ¡Yo no me confundo, degenerado!
- Oiga, sin faltar.
- ¿Sin faltar? ¡Es usted un degenerado y un imbécil!

- ¿Imbécil yo? ¡Eso no me lo dices usted a la cara!
- A la cara y en donde haga falta. ¡Que se ponga mi hija!
- Usted está sonao.
- ¿Sonao? ¿Ha dicho usted sonado? –grité más fuerte-. ¡Usted es un mierda! ¡Ahora mismo voy para allá y le parto la cara!
- ¡Venga! ¡A ver si se atreve!
- ¡Ahora mismo!

Colgué el teléfono y marqué el del coronel. Lo descolgó él en persona.

- No me pregunte nada; soy un amigo –le dije-. Su hija está en la cama con el portero del estudio de baile.

- ¿Quién habla?

- No importa. Usted sabrá lo que hace, pero su hija está en la casa del portero. Se lo dice un buen amigo.

Colgué el auricular. Después me senté plácidamente a disfrutar mi victoria, una victoria que, y no lo digo por presumir, fue total. El coronel se pasó tres semanas arrestado, una menos de las que se pasó el portero en el Hospital Provincial reponiéndose de un tiro en la pierna.

El único aspecto en el que falló mi plan fue en que el portero nunca se imaginó quién fue el causante del incidente. Cuando conocí los resultados de mi broma, un tiempo después, no me atreví a delatarme porque el hospital, en vez de rebajar los humos del portero, se los había encrespado un poco más.

- ¿Qué, tomando la fresca? –le dije, viéndole sentado en una silla, con la pierna aún protegida con un aparatoso vendaje, a la puerta del inmueble.

Era finales de junio. Había decidido ir a buscar a Natalia a la salida de su clase de danza y me había adelantado un poco. El portero, cuando me vio, no hizo ningún gesto. Así, vendado, no resultaba peligroso, y yo quería oír por su boca el relato de los hechos. Empezaba a atardecer, mediadas las ocho de la tarde, y las aceras eran de fuego. Allí en el portal, protegido por la sombra, parecía respirarse mejor. Cuando le hice la pregunta, me miró con los párpados a medio caer y con la colilla apagada en los labios. Se limitó a rebuznar:

- Yo no tomo nada, señor mío.

- ¿Ni siquiera un pitillito? –sonreí malévolamente.

Escupió en el suelo, pero no le sirvió de nada. La saliva casi no llegó y la que lo hizo se evaporó en un instante.

- ¿Qué le ha pasado, hombre? –pregunté con cordialidad-. ¿Un accidente?

- ¿Por qué no se larga? –me lo dijo como si le apasionara mi conversación y mi presencia.

- Porque estoy esperando a una persona. Y la calle es de todos.

Volvió a entornar los ojos y repitió su ademán de escupir. Yo insistí:

- ¿Le ha caído algo encima?

- Sí, el gordo.

No soy nada susceptible y se lo advertí. Me miró con infinita desgana.

- Cuéntemelo, hombre. Total, qué más le da.

- ¿Si se lo cuento, me dejará en paz?

- Claro. ¿Un pitillito?

- Mire, que quede claro de una vez por todas: primero, yo sólo fumo rubio y usted fuma esa piltrafa; segundo, cuando quiero fumar gasto del mío; y tercero, de usted no quiero absolutamente nada. ¿Entendido?

- De acuerdo. Pero cuéntemelo.

- Pues un loco de esos que abundan mucho, sobre todo por aquí –me miró de manera insultante- que se empeñó en que su hija estaba en mi casa. Discutimos y me pegó un tiro.

- ¿Y no le mató? –la pregunta, lo reconozco, no era muy inteligente. Él también lo comprendió, lo que era sorprendente, dada su capacidad mental, y demostró su antipatía profunda, su asco, con un gesto inconfundible de la boca.

- ¿Y qué pasó?

- Pues una ambulancia y un jeep militar. La primera para mí y el segundo para él. Pero ya está en la calle. Militares...

Y se quedó pensativo, un poco triste. Yo, aunque me alegraba de lo ocurrido, respeté su silencio y me alejé dando un paseo, haciendo tiempo, hasta las nueve, para que saliera Natalia.

Hacía mucho calor. Entré en un bar y pedí una limonada. A las nueve menos cinco estaba de regreso en el portal ofreciéndole un pitillo por cortesía. Cuando me vio llegar, el portero se echó las manos a la cara y se puso a llorar. Después, pidió a gritos que le metieran en casa y una gorda de negro, vieja y desgredada, se le llevó a rastras pidiéndole tranquilidad y prometiéndole que le daría sus pastillas.

A las nueve y cuarto, Natalia aún no había salido. Media hora después comprendí que no iba a salir porque no había entrado. Con todo lo ocurrido, probablemente ya estaría de vacaciones con el coronel. Tendría que llamar al maestro para comprobarlo.

Fue el día de San Juan. Me pareció bueno, o al menos tan bueno como otro cualquiera, para volverme de espaldas, cruzar mis ojos con todos los que marchaban como borregos hacia un redil desconocido y empezar a navegar solo contra la fuerza de la corriente que, obstinada y suicida, se empeñaba en disolverse y morir, ahogándose, en las inmensidades del mar. Podría no ser el momento más oportuno, pero no encontré ningún inconveniente para comenzar un nuevo camino. Además había transcurrido suficiente tiempo como para pensar que las cosas fueran a cambiar. Todo lo contrario: el día presagiaba que la soga que une los días se iba a romper y que en cuestión de segundos tendría que decidir asirme a uno de los cabos sueltos, el de ayer ya conocido y desalentador, o al del mañana, desconocido e incierto pero, por eso mismo, levemente esperanzador.

-Maestro, soy yo –le dije con cariño, para no sobresaltarle, en cuanto me contestó al teléfono. Oí una especie de suspiro prolongado, luego un silencio, después un golpe seco como el que produce un hombre al desplomarse sobre una silla de madera de cocina y finalmente una suave voz, entrecortada, que susurró:

- Qué quiere, señor Orejuela.
- Quería verle. Hacerle una visita tal vez. Charlar un poco.
- No sé si este año puedo –me contestó-. Tal vez el que viene...
- Por favor –le supliqué-, sólo unos minutos.

Hubo un prolongado silencio al otro lado del teléfono. Pensé que se había cortado la comunicación pero, cuando iba a preguntarle de nuevo, oí su voz, más apagada todavía.

- ¿Cómo va a venir vestido?
- ¿Cómo dice?
- Sí, su vestuario, ¿o debería decir disfraz? No, perdone usted: me refería a su indumentaria.

- No lo sé, ¿por qué?
- Necesito saberlo.
- Pues... sencillito, como siempre.

Se oyó un ruido similar al que se produce en las películas cuando alguien es estrangulado. Me asusté:

- ¡Maestro! ¿Está usted bien?

- Sí, hijo -su voz era realmente penosa. Aun así pudo volver a decirme:- Necesito saberlo. Si no me anuncia su indumentaria, no puedo recibirle.

- Está bien. Me pondré... un pantalón blanco... y una camisa muy bonita que tengo color butano con el bolsillo verde. De manga corta. ¿Quiere que me ponga corbata?

- No, así está bien. Gracias. Puede venir esta tarde. –Y añadió:- Pero sólo tengo unos minutos, ¿eh? A las seis en punto.

- De acuerdo, maestro. Allí estaré.

Empecé a arreglarme nada más terminar de comer. Limpié con esmero mi dentadura en un vaso con agua y bicarbonato, sacándola brillo después con una bayeta que guardo para las grandes ocasiones. Di blanco de España a mis zapatos de rejilla. Me empapé el pelo, lo peiné hacia un lado para ocultar las entradas y remaché su perfección con fijador. Me cambié de calzoncillos y estrené un par de calcetines blancos de nylon. Me enfundé los pantalones, me abotoné la camisa, que dejé por fuera del pantalón para que no se arrugara, y salí a la calle, pasadas las cuatro, para acercarme dando un paseo hasta el estudio del maestro. En el espejo del vestíbulo me admiré un instante y me guiñé un ojo. Estaba perfecto.

En la calle caía una solanera como sólo sabe caer en Madrid. No pasaba un alma. Los coches, los escasos que a esa hora circulaban, no se detenían a la altura de los semáforos, sino a la distancia necesaria para estar protegidos por la sombra. Yo, pasito a paso, caminé evitando el sol hasta llegar a mi destino.

Tardé más de una hora. La camisa se me había pegado a la espalda y, desde el sobaco hasta la cintura, una gran mancha de humedad se me había formado por el sudor. A las seis menos cuarto, un poco pasadas, entraba en un portal tan desierto como las calles. Me sorprendió no ver al portero, ni en ese momento ni en los diez minutos siguientes que esperé hasta que se hiciera la hora fijada para la cita. A la que sí vi fue a una embarazada que no me miró y a la que yo eché una ojeada, de arriba abajo, con desprecio y una pizca de conmiseración.

A las seis en punto toqué el timbre de la puerta. Unos segundos después, el maestro la abrió aferrándose a su quicio y con un enorme vaso de agua en las manos. Suspiró levemente y me invitó a pasar.

- Al estudio, señor Orejuela. Allí estaremos más cómodos.

- ¿Aprueba mi vestimenta? –le pregunté por cortesía.

- Sí. Muy... personal.

El silencio, la calma y la escasa iluminación que se colaba por las rendijas de las persianas bajadas daban al estudio una serenidad placentera. Nos sentamos el uno frente al otro y guardamos unos respetuosos segundos de silencio, probablemente para sentir con mayor intensidad lo bien que se estaba allí. El maestro me miraba sin atreverse a abrir la boca. Yo, relajado en el

taburete, inicié la conversación. Cualquier tema banal serviría para ir entrando en materia.

- No he visto al portero. ¿Está de vacaciones?
- No. Está de baja. Un accidente –aclaró.
- ¿Un accidente? -me hice de nuevas-. ¿Le ha ocurrido algo?
- Una discusión. El coronel Martínez y él tuvieron una desagradable

discusión. El portero sufrió una pequeña herida en una pierna.

- No sabía nada –disimulé-. ¿Hace mucho de eso?
- Casi un mes.
- ¿Y aún está mal? Pues parece grave.
- No, no. De la herida se recuperó. Ahora está ingresado.
- Una recaída, claro.
- No, problemas de nervios. Creo que está en un psiquiátrico.
- Es que las secuelas son muy malas. Pobre hombre.
- No, no –rectificó el maestro-. Psicosis. Obsesiones. Se lo llevaban mientras gritaba algo de un gordo y de unos pitillitos. Ya se sabe: desequilibrios nerviosos.

No pude contener una risita que el maestro no llegó a entender. O quizá sí, porque añadió:

- A lo mejor me está guardando una plaza a mí.

Bebió un gran sorbo de agua y entonces me fijé que, en efecto, el maestro no estaba bien. Un tic le martilleaba un ojo, dándole picotazos que no podía evitar, y sudaba mientras la palidez de su cara se acrecentaba. Reflexioné hasta concluir que el calor no le sentaba bien.

- ¿Cómo fue lo del accidente? –quise saber.

- Pues lo cierto es que no estoy muy seguro. Estaba en clase con mi alumna y oímos un ruido, algo parecido a un disparo. Salí al portal por si se trataba de un atraco y allí estaba el coronel, con la pistola en la mano, y el portero en el suelo, con la pierna llena de sangre. El coronel, fuera de sí, preguntaba por su hija a gritos y no se tranquilizó hasta que yo le dije que estaba aquí, dando su clase. No sé lo que le pudo ocurrir, lo que se le pasaría por la cabeza, pero todo acabó en una desgracia. Una desgracia para todos, señor Orejuela: para el coronel, para el portero... y para mí. En fin, yo llamé a una ambulancia y el coronel llamó a Capitanía. De lo demás, no sé nada.

- ¡Vaya por Dios! –suspiré-. ¡Qué complicada es la vida!

Volvió a beber agua. Después bajó la cabeza y se quedó mirando el suelo, como si no lo hubiera visto nunca. A mí me pareció el momento oportuno para enlazar la conversación con el asunto que me interesaba.

- ¿Y qué tal el embarazo de su alumna? –dije, dejándolo caer.
- ¿Qué embarazo? –levantó los ojos con cierta curiosidad.
- ¿No está embarazada? –insistí.
- ¿Lo está? –replicó él.

- Sí, claro –afirmé.
- ¿Y desde cuándo? -el maestro parecía no entender nada.
- No lo sé. ¿Usted lo sabe?
- No. Al menos la semana pasada no lo estaba.
- ¿Que no qué? ¿Cómo lo sabe? -ahora era yo el que no entendía.
- Porque la semana pasada, que fue su última clase, tenía la... estaba en su ciclo. Ya me entiende. ¿De dónde se ha sacado usted...?

Se me bloquearon los esquemas. Ella no estaba embarazada y yo la había repudiado. Mi precipitación me había roto la vida. Aun así, insistí:

- ¿Está seguro?
- ¿Y por qué está usted tan seguro de lo contrario?

Tenía razón. El maestro tenía razón. Perdí el habla. En realidad, en aquel momento no estaba seguro de que alguien me lo hubiera dicho. De lo que sí estaba seguro era de que el maestro, momentos antes, había dicho algo de la última clase.

El maestro seguía mirando el suelo. Estuve tentado de preguntarle si había perdido algo, pero no hizo falta porque, como adivinando mis pensamientos, el maestro susurró:

- Y yo he perdido a mi única alumna.
Quise averiguar en dónde estaba la chica. Le pregunté:

- ¿Ha dicho su última clase?

- Sí. Eso he dicho. Se ha marchado con el coronel, lejos, muy lejos... Al extranjero.

- De vacaciones, claro.

- No, para siempre. El asunto del portero le ha perjudicado mucho al coronel. Si había averiguaciones...

- ¿Y se ha llevado a su hija?

- Precisamente lo ha hecho por ella. Precisamente –musitó.

- ¿Y por qué por ella?

- Señor Orejuela –apenas me miró al hablarme-: usted no entiende nada. Parece más idiota de lo que es. La señorita no es su hija.

- ¿Qué?

- Que entró con él como criada cuando tenía dieciocho años, hace cuatro. Vino de un pueblo a conquistar Madrid y a quien conquistó fue al coronel. Ahora convive con él. Dice que es su hija para evitar escándalos, pero es... ya sabe.

- ¿El qué? -no quería oír la respuesta pero la escuché.

- ¡Su novia! ¿Qué vive usted en las nubes, señor mío! ¿No se ha dado cuenta de que no la deja ir con nadie? ¿No sabe usted que su única libertad, los jueves, consiste en venir aquí a dar la clase? Comprendo que le resulte una pareja un poco desproporcionada, pero... Así es la vida. El amor...

Reconozco que perdí el sentido de la realidad, que la turbación se apoderó de mí y no fui consciente de mis actos. Me puse a llorar, a llorar sin consuelo, sin medida, con gimoteos, hipos y cuajo. Lloré tanto y tan a gusto que el maestro se quedó tan perplejo que me consoló cuanto pudo, me acarició la cabeza, me ofreció su pañuelo y hasta pude compartir su vaso de agua.

Más sereno, un buen rato después, le conté mi historia porque me preguntó qué ocurría, y la siguió con tanta atención que terminamos llorando los dos, abrazados como huérfanos de la vida, que en realidad es lo que somos todos pero, el maestro y yo, más que nadie.

- Maestro –le dije antes de irme-: quisiera que me hiciera un gran favor.
- Si puede ser.
- Me gustaría... saber... cómo se llama ella.
- ¿Mi alumna? ¿Aún no lo sabe?
- No. Nunca lo supe. ¿Cómo se llama?
- Natalia.

Cuando salí a la calle, anocheceía sobre Madrid. Me sentí aliviado en mi pena pero caminaba como un anciano, renqueante y sin rumbo, sin horizontes. Estaba seguro de que sólo me quedaba esperar a que la muerte viniera a buscarme. Y, sin embargo, respiré hondo, apreté el paso y caminé con firmeza, cargándome de energía, hasta casa, en donde me esperaba una lata de leche condensada y una caja de kilo de galletas María. Sólo me detuve un instante en un puesto de helados para comprarme un polo de ralladura de limón, que son los que más me gustan.

- En fin, abuelo, casi es de noche y voy a tener que irme. ¿Quiere oler un poco a campo?

- No, hijo. Hoy no.